

EL SAGRADO CORAZON
DE JESUS

FOR

MONSEÑOR DE SEGUR



Traducido libremente

POR UN DEVOTO DEL MISMO



CON APROBACION ECLESIASTICA



MEXICO

CASA EDITORIAL DE MANUEL GALINDO Y BEZARES

Calle de la Puerta Falsa de Santo Domingo núm. 12.

—
1888

INTRODUCCION

Esta obrita tiene por objeto popularizar el conocimiento, y por consiguiente el amor y el culto del adorabilísimo y sacratísimo Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. No se me oculta lo difícil que es poner al alcance de todos las verdades del orden místico, ó en otros términos, la dificultad de iniciar á los entendimientos sencillos y á los niños en lo más íntimo de nuestros sacrosantos misterios; pero es tan conveniente conseguirlo, que no vacilo en emprender esta obra en lo que respecta al sagrado Corazón de Jesús, confiado en el auxilio de la santísima Virgen, que tan predilectamente ama á los humildes y sencillos de corazón.

Si me cabe la dicha de lograr mi objeto, este librito podrá servir en gran manera á tantos y tantos sacerdotes, celosos misioneros, fervientes Religiosas, buenas y piadosas madres de familia que procuran por todos los medios hacer conocer, servir y amar de veras en torno suyo al Dios de su corazón y al Corazón de su Dios.

Vivimos en tiempos en que la piedad necesita más que nunca ser ilustrada y robustecida, y en que la doctrina es necesaria para sostener el amor. Habien-

do Nuestro Señor presentado su divino Corazón para que en él encuentren un refugio las almas en las pruebas de estos últimos tiempos, me parece que este librito entra en sus misericordiosos designios, y sólo con este título me atrevo á contar con la bendición de Aquél por cuyo amor lo emprendo.

Varios de sus capítulos me han sido inspirados por una excelente obra del gran siervo de Dios, el venerable P. Eudes, uno de los sacerdotes de mayor celo apostólico en el siglo XVII. Abrasado de amor á los sagrados Corazones de Jesús y María, dice de ellos cosas maravillosas en su tratado del *Corazón admirable de la Madre de Dios*. A él tendrás que agradecerse, lector amigo, si estas breves páginas te producen algún bien, como deseo.



MODO DE SANTIFICAR EL MES

DEL

SAGRADO CORAZON

Laudable costumbre, que quisiéramos ver extendida y religiosamente practicada, es la de consagrar un mes entero á alguna de las principales devociones aprobadas por la Iglesia, pues de los medios de honrar cualquier misterio, sea de nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima Virgen ó de algún Santo, es este indudablemente el más sencillo, más práctico y al alcance de todos. Ese corto ejercicio repetido todos los días durante un mes, esa piadosa lectura que nos presenta la misma verdad bajo todos sus aspectos, impregna poco á poco al alma de la gracia de Dios hasta llegar á sus profundidades; es como una lluvia suave y no interrumpida que penetra la tierra mejor que los fuertes aguaceros de una tempestad, abundantes, pero pasajeros.

Vemos, por ejemplo, que la admirable institución del mes de María ha contribuido eficazmente á propagar por todo el mundo el culto y amor á la santísima Virgen; y no faltan parroquias y familias que

deben á tan santa y poética devoción su renovación completa.

Además del mes de Mayo, la piedad ha consagrado Enero á honrar los misterios de la santa Infancia de Jesús; Marzo á honrar de un modo especial á San José; Julio á venerar los misterios de la preciosa Sangre; Noviembre á ejercer la caridad con las benditas almas del purgatorio; Junio, en fin, á honrar al adorabilísimo Corazón de Jesús.

Así, pues, te recomiendo encarecidamente, piadoso lector, que no dejes de celebrar todos los años el mes del sagrado Corazón con la misma exactitud y devoción que el hermoso mes de María. La gracia del divino Corazón de Jesús es tan santificante, que de ella reportarás frutos copiosos de salvación. Si no puedes asistir á la Iglesia, celébralo en casa con tu familia; y si tampoco pudieres ésto, celébralo solo en particular. Pero, por poco que puedas, procura celebrarlo en común; pues la oración así hecha tiene mayor eficacia, obliga más, proporciona mútua edificación, y hace que se recoja el fruto de la promesa que Jesucristo hizo á sus Discípulos: «Donde quiera que dos ó tres estén reunidos en mi nombre, Yo estaré en medio de ellos.»¹

Para celebrar dignamente en casa el mes del sagrado Corazón, será bueno arregles un altarcito acomodo-

1 Matth. XVIII, 20.

dando en él un crucifijo, ó mejor una imagen del sagrado Corazón, y adornándolo con flores y luces. No desdeñes estos pequeños detalles, pues influyen poderosamente en la piedad, que necesita por lo común auxilios exteriores para dedicarse á las cosas de Dios. Deja, si puedes, encendida todo el mes una lamparilla delante la santa imagen, y no omitas un solo día el ejercicio acostumbrado, para cuya práctica puedes valerte de este librito.

Puesto de rodillas, y después de recogerte por algunos momentos, pensando que Dios te ve, haz la señal de la cruz, y reza la letanía del sagrado Corazón de Jesús que encontrarás al fin. Luego lee el capítulo correspondiente á cada día,¹ y dedica algunos minutos á penetrarte bien de lo que hayas leído, á excitar en tu corazón sentimientos de adoración, de amor, de arrepentimiento, y á tomar algún buen propósito. Para terminar este ejercicio podrás rezar la hermosa letanía del inmaculado Corazón de María, el Acto de desagravios y el de consagración, que hallarás también al final.

Además de esto, harías muy bien en comulgar durante este mes con más frecuencia que de costumbre y con todo el fervor posible. No olvides que el vier-

¹ Damos al mes del sagrado Corazón "treinta y tres días" en honra de los treinta y tres años que vivió en la tierra nuestro Salvador. La Santa Sede ha bendecido este pensamiento, concediendo indulgencias á los que lo practiquen en dicha forma.

nes es un día especialmente consagrado al culto de tan amoroso Corazón, según el encargo expreso del mismo Jesucristo á su gran sierva Margarita María Alacoque. Acércate, pues, á la sagrada Mesa todos los viernes del mes para honrar especialmente al sagrado Corazón de Jesús y los misterios de su amor.

Haciéndolo así, satisfacerás los deseos de nuestro amado Pontífice Pío IX, que tanta gloria ha dado al divino Corazón, y que no ha mucho, escribiendo á un obispo, le decía: «Nada deseamos tanto como ver á los fieles honrar, bajo el símbolo de su santísimo Corazón, la caridad de Jesucristo en su Pasión y en la institución de la Eucaristía; deleitarse continuamente en tan gratos recuerdos, y renovar continuamente su memoria.»

A ese amorosísimo Corazón acudamos con confianza; Corazón siempre inflamado de amor por nosotros, aunque tan mal correspondido; Corazón que encierra todos los tesoros de la misericordia divina; que encuentra sus mayores delicias en estar entre los hijos de los hombres; el más poderoso de todos los corazones, de los cuales dispone á su gusto, y cuyos más secretos resortes mueve; altar en el cual se ofrece el único sacrificio de los cristianos, en el cual deben nacer y vivificarse nuestros votos si queremos que lleguen hasta Dios, y á cuyas plantas aprenderemos la ciencia de las ciencias, la única necesaria, la ciencia del verdadero amor, de la verdadera felicidad.

EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

I

Como Nuestro Señor Jesucristo reveló milagrosamente el misterio de su sagrado Corazón por medio de la beata **Margarita María Alacoque**.

Esta santa Religiosa, que vivió en el siglo XVII, fué objeto de frecuentes y extraordinarias manifestaciones del adorabilísimo Corazón de Jesús. Pertenecía á una honrada familia de la magistratura, de Borgoña. Después de una juventud inocentísima y probada por todo género de trabajos, entró en 1671 en el monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial á la edad de veintitres años, y en él murió santamente en 1690.

Cuatro siglos antes Santa Gertrudis, abadesa benedictina de Heldelfs en Alemania, nos anunciaba la devoción al sagrado Corazón de Jesús como el gran remedio opuesto por Nuestro Señor á la decrepitud del mundo; pero Dios al parecer tenía predestinada á la beata **Margarita María** para ser el apóstol del culto al sagrado Corazón, y á ella efectivamente se debió, de un modo especial, con la aprobación de la Santa Sede, su propagación en la Iglesia. «A Mar-

garita María (dice en efecto Pio IX en el decreto de beatificación) se dignó elegir el Señor para establecer y difundir entre los hombres un culto tan piadoso, saludable y legítimo.» Y la eligió por medio de admirables y milagrosas revelaciones que la Iglesia ha aprobado y que respiran el más puro amor de Dios.

Corría el año 1673. Hacía solamente dos que Margarita había abrazado el estado religioso, y era ya de una santidad consumada, brillando por su humildad, su caridad y toda suerte de virtudes. Un día, orando delante del Santísimo Sacramento, gozosa porque sus muchos quehaceres le permitían dedicar más tiempo que de costumbre á tan santa ocupación, se sintió tan poderosamente poseida de la presencia de Dios, que perdió el sentimiento de sí misma y de todo lo que la rodeaba. «Me abandoné, dice, á ese divino Espíritu, entregando mi corazón á la fuerza de su amor.

«Mi soberano dueño me hizo reposar largo tiempo sobre su divino pecho, donde me descubrió las maravillas de su amor y los secretos inefables de su sagrado Corazón. Me abrió por primera vez aquel divino Corazón de una manera tan real y sensible, que no me dejó lugar á ninguna duda tocante á la verdad de esta gracia.

« Jesús me dijo: —«Mi divino Corazón está tan lleno de amor á los hombres, y á tí en particular, hija mía, que no pudiendo ya contener las llamas de su ardiente caridad, es preciso que las derrame por tu medio y que se manifieste á ellos para enrique-

«cerlos con los tesoros que encierra. Te descubro el
 «precio de estos tesoros, que contienen las gracias
 «de santificación y salvación necesarias para sacar al
 «mundo del abismo de la perdición. A pesar de tu
 «indignidad é ignorancia, te he escogido para el cum-
 «plimiento de este gran designio, para que sea más
 «manifiesto que soy yo quien lo hago todo.»

«Dicho esto, el Señor me pidió mi corazón. Yo le
 supliqué que lo tomara, y así lo hizo; y, poniéndolo
 junto á su Corazón adorable, me lo mostró como un
 átomo que se consumía en aquel horno encendido.
 Luego retirándolo de allí, como una ardiente llama en
 forma de corazón, volvió á ponerlo en su primer si-
 tio, diciéndome: —«Hé aquí, amada mía, una precio-
 «sa prenda de mi amor; he encerrado en tu costado
 «una centellica de las más vivas llamas de este amor,
 «para que te sirva de corazón y te consuma hasta
 «el último momento de tu vida. Sus ardores no se
 «extinguirían jamás. Y para dejarte una señal de
 «que la gracia que acabo de hacerte no es una ilu-
 «sión, y que debe ser el fundamento de las demás
 «que seguirán, aunque haya cerrado la llaga de tu
 «costado, sin embargo siempre sentirás allí dolor.
 «Hasta hoy sólo te has llamado sierva mía; desde ahora
 «te doy el nombre de Discípula muy amada de mi
 «sagrado Corazón!»

«Tan señalado favor, añade, la beata Margarita,
 duró muchísimo tiempo. Yo no sabía si estaba en el
 cielo ó en la tierra. Durante muchos días permanecí

como embriagada, y de tal manera encendida y tan fuera de mí, que no podía pronunciar una sola palabra. No podía dormir, porque esta llaga, cuyo dolor me es precioso, me causaba tan vivos ardores que me consumía y me hacía arder viva. Sentíame tan llena de Dios, que no podía expresarlo á mi Superior como hubiera querido, á pesar de la pena y confusión que siento en decir semejantes favores.

«Desde aquel día, cada primer viernes de mes, el sagrado Corazón de mi Jesús se me representaba como un sol brillante cuyos ardorosos rayos caían á plomo sobre mi corazón; y entonces me sentía abrasada de un fuego tan vivo que me parecía iba á reducirme á cenizas.

«En aquellos momentos particularmente era cuando mi divino Maestro me instruía y descubría los secretos de su adorable Corazón.»

¡También nosotros, Jesús, Señor y Salvador nuestro, á pesar de nuestra indignidad y de nuestras miserias, ó más bien á causa de las mismas, queremos estar expuestos á los benéficos rayos de vuestro Santísimo Corazón; queremos que esas llamas divinas consuman nuestra tibieza, y que nos purifiquen de todos nuestros pecados!

¡Oh Jesús, rocío del cielo, llama de amor y manantial de la gracia! abrasad, purificad y poseed todo mi corazón! ¡Oh divino Amor! creced y reinad en mí; multiplicaos y reinad en toda la tierra como en el Paraíso de los Bienaventurados!

II

Segunda revelación del sagrado Corazón á la beata
Margarita María

«Un día, escribe esta santa Religiosa, estando expuesto el Santísimo Sacramento, me sentí retirada á mi interior por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias. Jesús, mi dulce Dueño, vino á mí resplandeciente de gloria con sus cinco llagas que brillaban como soles. De aquella santa humanidad, irradiaban llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que parecía un horno, y que, abierto á mis miradas, me descubrió su amabilísimo Corazón, que era la fuente viva de aquellas llamas.

«Dióme á conocer al mismo tiempo las maravillas inefables de su puro amor, y hasta qué exceso había llevado este amor hacia los hombres. Lamentó su ingratitud, y me dijo que de todos los sufrimientos de su Pasión este le había sido el más sensible. —«Si me «correspondiesen, añadió, cuanto hice por ellos sería «poco á mi amor. Pero no tienen para mí más que «frialdad, y á mis amorosas ansias responden sólo «con el desdén. Dame tú al menos, mi hija amada, «el consuelo de suplir á su ingratitud cuanto te sea «posible.»

«Y como yo le manifestase mi insuficiencia, me

contestó: —«Toma, ahí tienes con que suplir á todo
« lo que te falta.»— Y al mismo tiempo, abriéndose
su divino Corazón, salió de él tan ardiente llama, que
pensé iba á consumirme: penetróme toda, y no pudién-
dola ya sufrir, le pedí que se apiadase de mi debili-
dad. —«Yo seré tu fuerza, me dijo entonces bonda-
« dosamente; nada temas. Pero presta atención á mi
« voz, y disponte á cumplir mis designios.

«Primeramente, me recibirás en la santa Comu-
« nión cuantas veces te lo permita la obediencia, no
« obstante cualquiera mortificación y humillación que
« de esto te proviniere: estas son prendas de mi amor.

«En segundo lugar, comulgarás además todos los
« primeros viernes de cada mes.

«En tercer lugar, todas las noches del jueves al
« viernes te haré participante de aquella tristeza mor-
« tal que sentí en el jardín de las Olivas; y esta par-
« ticipación de mi tristeza te reducirá á una especie
« de agonía más insoportable que la muerte. Me
« acompañarás en la humilde oración que presenté
« entonces á mi Padre en medio de todas mis angus-
« tias; y para esto te levantarás entre once y doce de
« la noche, y permanecerás postrada conmigo duran-
« te una hora con el rostro en tierra, tanto para apa-
« ciguar la cólera divina pidiendo misericordia por los
« pecadores, como para honrar y endulzar en algún
« modo la amargura que sentí por el abandono de
« mis Apóstoles, lo que me obligó á reconvenirles

« porque no habían podido velar conmigo una hora.
« Durante esta hora harás lo que te enseñaré.»

« Y Jesús añadió: — « Mas escucha, hija mía, no creas
« ligeramente á todo espíritu, ni te fies de él. Sata-
« nás, furioso contra tí, busca cómo engañarte. Por
« esto no hagas nada sin la aprobación de tus supe-
« riores, á fin de que, encontrándote apoyada en la
« obediencia, no te pueda dañar, pues no tiene poder
« sobre los obedientes.»

« Mientras duró esta celeste visión no sabía dónde
me encontraba. Cuando hubo terminado, estaba to-
da fuera de mí, encendida y temblorosa; no podía
sostenerme ni hablar.»

Después de esta sagrada aparición, era tan vivo
el dolor que continuamente sentía la beata Margari-
ta, tan violento el fuego del amor que la abrasaba,
que no pudiendo soportarlo, cayó enferma, y estu-
vo á punto de morir. « El fuego que me devoraba,
dice, me produjo una calentura fuerte y tenaz; pero
en el exceso de mi alegría en sufrir, no podía que-
jarme, y nada de esto manifesté hasta que me falta-
ron las fuerzas. La calentura duró más de dos meses.
Jamás sentí tanto consuelo, porque todo mi cuerpo
sufría extremos dolores, y esto aliviaba un poco la
ardiente sed que tenía de sufrir, no alimentándose
este fuego divino más que del madero de la cruz, es
decir, de toda clase de sufrimientos, desprecios, hu-
millaciones y dolores. Todos creían próximo el fin
de mi vida.»

En vez de morir, la beata Margarita sanó súbita y sobrenaturalmente, habiéndole pedido sus superiores esta señal de la realidad de la visión, que había tenido que participarles en virtud de santa obediencia. Nuestro Señor le devolvió así milagrosamente la salud ó más bien la vida por medio de la Santísima Virgen. La Madre de Dios se dignó aparecérsesele; la bendijo, la consoló largamente, y apenas concluyó la visión, sor Margarita Maria pudo levantarse, salir de la enfermería y volver á los ejercicios de religiosa. Toda la Comunidad vió, llena de estupor, andar libremente á la que pocas horas antes parecía no quedarle un soplo de vida. Así la revelación del misterio del sagrado Corazón recibió desde su origen el sello divino de la certeza, el sello del milagro.

¡Con qué fe tan profunda y con qué amor debemos, pues, honrar, invocar y adorar al divino Corazón de Jesús!

¡Oh dulce Jesús mío! encended en mi corazón ese ardiente fuego en que se consume el vuestro; que un celo ilustrado lo abraze, y que el espíritu que dirigió vuestras obras, dirija también las mías. Que mi alma, oculta en el retiro de vuestro Corazón, viva muriendo á sí misma, y que olvidando las locas alegrías del mundo, se una para siempre á Vos.

III

Tercera revelación del Corazón de Jesús

Una nueva gracia, más importante aún que las precedentes, recibió la beata Margarita del sagrado Corazón. Era durante la octava de Corpus, y estaba en adoración en la capilla del monasterio. Sentíase movida extraordinariamente á devolver á su Salvador amor por amor. Arrebatada y fuera de sí, vió á Jesús que le descubría su divino Corazón, y le decía: «Mira este Corazón, que tanto ha amado á los hombres, hasta el extremo de anonadarse y consumirse para testificarles su amor. En pago de este sacrificio sólo recibo de la mayor parte de ellos ingratiitudes, á causa de los desprecios, las irreverencias, los sacrilegios y la frialdad con que me tratan en este Sacramento de amor.

«Pero lo que me es aún más sensible, es que me traten así corazones que me están consagrados.

«Por esto te pido que el primer viernes, después de la octava del Santísimo Sacramento, se consagre á celebrar una fiesta particular para honrar mi Corazón, desagraviándole públicamente, comulgando en dicho día para reparar los indignos tratamientos que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares. Yo te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias

de su divino amor sobre los que le tributen este honor y trabajaren para que del mismo modo le honren los demás.

—«Pero dulce Señor mío, le replicó Margarita toda confusa, ¿á quién os dirigís? ¿á una criatura tan ruín, á una pecadora tan miserable, que su indignidad será capaz de impedir el cumplimiento de vuestros designios?»

—«¡Y qué! le respondió el divino Maestro, ¿no sabes que me sirvo de los débiles para confundir á los fuertes, y que ordinariamente hago brillar mi poder con más esplendor sobre los pequeños y pobres de espíritu, para que nada se atribuyan á sí propios?»

—«Pues entonces, dijo la beata Margarita, dadme como pueda hacer lo que me mandais.» Y Jesús añadió: «Dirígete á mi siervo (era éste el P. de la Colombière, director de sor Margarita María, y religioso muy ejemplar de la Compañía de Jesús), y dile de mi parte que haga todo lo posible para establecer esta devoción y dar esta alegría á mi Corazón.»

Instruido de esta orden del divino Maestro, el santo religioso obedeció con fervor. El viernes después de la octava de Corpus (21 de Junio de 1675), se consagró enteramente como víctima de adoración y de reparación al Corazón adorable de Jesús. Persuadió á varias personas piadosas á hacer otro tanto, y á practicar fielmente las reglas trazadas por Nuestro Señor á sor Margarita María tocante á la frecuente Comunión, y especialmente la Comunión reparado-

ra del primer viernes de cada mes, como también la del primer viernes que sigue á la octava de Corpus. Los efectos de esta santa práctica fueron maravillosos.

Séanlo también en adelante para nosotros y en nosotros. Si, es preciso que para entrar en los misericordiosos designios de nuestro Salvador, sigamos también humilde y amorosamente los consejos que Él mismo se dignó dar á su bienaventurada Sierva.

Ante todo reanimemos nuestra fe y nuestro celo respecto á la divina Eucaristía, y pongamos mucho cuidado en evitar esas negligencias é irreverencias de que se queja Nuestro Señor. Permanezcamos en su presencia con profundísimo respeto siempre que esté expuesto en los altares, cuando oigamos la santa Misa ó entremos en cualquier iglesia donde Él resida; adorémosle con amor humilde, y postrados á sus piés démosle, de lo íntimo de nuestro corazón, pública satisfacción de nuestras culpas, como expresamente lo tiene pedido.

Además de esto, comulguemos en adelante con más frecuencia y con mejores disposiciones que hasta aquí. «Me recibirás en la santa Comunión cuantas veces te lo permita la obediencia.» A nosotros, no menos que á la beata Margarita, van dirigidas estas palabras de Jesús. Su sacratísimo Corazón nos llama á todos á la sagrada Mesa. ¡Oh! ¿cuándo llegará el día en que todos escuchen esta voz y acudan á es-

te llamamiento? En los designios de Jesús, como dice el Concilio de Trento repitiendo las palabras de Santo Tomás, San Agustín y San Ambrosio, «el Pan eucarístico es nuestro pan cotidiano; se le recibe todos los días como remedio de la enfermedad de cada día. Recibámosle, pues, todos los días, á fin de que todos los días nos aproveche. Pero vivamos de suerte que merezcamos recibirle diariamente.» Esta es la gran regla práctica de la Comunión; este el deseo de la Iglesia; este el clamor del Corazón de Jesús. Mostremos á nuestro Padre espiritual un alma tan francamente buena, tan sinceramente animada de buenos deseos y de celo por el servicio de Jesucristo, que pueda decirnos estas consoladoras palabras: «Vé, hijo mío, vé con toda confianza, y recibe, si es posible, cada día al Dios de tu corazón.» ¡Cuánto cambiaría la faz del mundo si muchas almas entrasen resueltamente en este camino de bendición, de amor, de fervor, de salud!

Finalmente, según el precepto de nuestro dulce Dueño, consagrémonos de una manera especial á la adoración reparadora el primer viernes de cada mes, y hagamos en él con espíritu de penitencia y humildad la Comunión que Jesús pide á todos los «discípulos de su sagrado Corazón.»

Sí, Jesús dulcísimo, celador de las almas, que encontráis vuestras delicias en estar entre los hijos de los hombres; verdadero Pan de vida, nuestras almas esperan saciarse con Vos. No las despidais ham-

brientas, porque caerán desfallecidas en mitad de su camino. Venid á nuestro espíritu, y alumbradlo con vuestros resplandores; penetrad en nuestro corazón, y abrasadlo en el fuego de vuestro santo amor.

IV

De otras dos bellas visiones del sagrado Corazón que tuvo la beata **Margarita María Alacoque**

Estaba un día sor Margarita arrodillada en un patio del monasterio, próximo á la capilla del Santísimo Sacramento, ocupada en la labor que le habían encomendado, junto á un avellano que todavía se enseña hoy en Paray-le-Monial.

«Sentíme del todo recogida interior y exteriormente (dice ella misma en la memoria en que por obediencia iba notando los favores sobrenaturales que recibía), y ví el Corazón de mi adorable Jesús más resplandeciente que el sol. Parecía como envuelto en llamas; y estas llamas eran las de su amor. Estaba rodeado de Serafines que con admirable concierto cantaban: —«¡El amor triunfa!.....» ¡El amor se regocija en Dios!»

Aquellos bienaventurados espíritus me invitaban á unirme á ellos en su cántico de alabanzas al Corazón de Jesucristo; mas yo no me atrevía. Reprendiéronme por esto, y me dijeron que habían venido

para tributar conmigo á este sagrado Corazón un homenaje perpétuo de amor, adoración y alabanza; que para esto ocuparían mi lugar delante del Santísimo Sacramento, á fin de que por su medio pudiera amarle y adorarle sin interrupción; que participarían del amor paciente en mi persona, así como yo participaría en la suya del amor triunfante. Al mismo tiempo me pareció que escribían en letras de oro esta asociación en el sagrado Corazón, con los caracteres indelebles del amor.

«Esto duró unas dos ó tres horas, y toda mi vida he sentido sus efectos, tanto por el auxilio que he recibido de esta misteriosa asociación, como por la suavidad que había producido y produce todavía en mí.

«En consecuencia quedé llena de confusión. No obstante, al rogar á estos santos Ángeles, sólo les llamaba mis divinos asociados. Esta gracia me dió tan gran deseo de la pureza de intención, y me hizo concebir tan alta idea de la que es preciso tener para conversar con Dios, que todas las cosas me parecían impuras en comparación del fervor de los Serafines.»

¡Ay! ¡que no esteis delante del sagrado Tabernáculo por nosotros como estábais por aquella dichosa criatura, oh abrasados Serafines, purísimos y perfectísimos adoradores del Corazón de nuestro Dios! Mas ¡qué digo! ¡Allí estais; de allí no os separais un momento! Día y noche adorais por nosotros y con nosotros, en el cielo y en el Santísimo Sacramento, á

Nuestro Señor Jesucristo, vuestro Rey y nuestro Rey, vuestro Amor y nuestro Amor, vuestra Luz y nuestra Luz. Lo que vosotros haceis invisiblemente, lo hacemos nosotros visiblemente; lo que haceis en la bienaventuranza del cielo, lo hacemos ¡ay! ó al menos debemos hacerlo; en medio de los combates y miserias de la tierra. ¡Ah! ¡suplid la frialdad é imperfección de nuestras adoraciones! Aunque no os ligue un pacto especial con ninguno de nosotros como á vuestra bienaventurada «Asociada,» no por eso deja de reinar entre vosotros y nosotros, entre la Iglesia del cielo y la de la tierra, una íntima é indisoluble unión. ¡Venid, pues, venid á ayudarnos, bienaventurados Serafines, Querubines, Ángeles, Arcángeles de los nueve coros celestiales! ¡Venid, adoremos á Jesús! ¡Adorémosle juntos en el misterio en que triunfan su amor y su sacrificio; y con un mismo corazón adoremos, amemos, exaltemos á su sagrado Corazón! *Venite, adoremus!*

La beata Margarita María tuvo también la dicha de contemplar en otra visión no menos esplendorosa al Corazón divino. El 27 de Diciembre de 1686, día de San Juan Evangelista, en el momento en que acababa de comulgar, quiso Nuestro Señor revelarle una vez más los misterios de su santo amor.

«Se me representó, dice, el Corazón de Jesús, como en un trono todo de fuego y llamas que despedía por todos lados, más resplandeciente que el sol, y trasparente como un cristal. En él se descubría vi-

siblemente la llaga que recibió en la cruz. Tenía al rededor una corona de espinas, y encima una cruz, que parecía plantada en él.

«Mi divino Maestro me dió á conocer que aquellos instrumentos de su Pasión, significaban que el amor inmenso de su Corazón hacia los hombres había sido el origen de todos los padecimientos y humillaciones que quiso sufrir por nosotros; que desde el primer instante de su Encarnación tuvo presentes todos aquellos tormentos, y que desde aquel primer momento quedó plantada, por decirlo así, la cruz en su Corazón; que para manifestarnos su amor aceptó desde entonces todos los dolores que su santa humanidad debía sufrir durante el curso de su vida mortal, como también todos los ultrajes á que su amor á los hombres había de exponerle hasta el fin de los siglos en el augusto Sacramento de nuestros altares.

«Y Jesús añadió: ---«Tengo una sed ardiente de ser honrado y amado de los hombres en el Santísimo Sacramento; y, sin embargo, no encuentro casi ninguno que se esfuerce, como deseo, en mitigar mi sed, correspondiendo de algún modo á mi amor.»

La beata Margarita María nos dice que le atravesó el alma esta amorosa queja de su Salvador. ¡Ojalá traspase también la nuestra! ¡Ojalá que, á la manera que un viento irresistible conmueve los grandes árboles así también conmueva, sacuda, despierte á todos los sacerdotes, ministros de la sagrada Euca-

ristía, dispensadores de los santos Misterios, y les haga comprender lo que muchos no comprenden bastante, á saber, el ardiente, el insaciable deseo que tiene Jesús de que todos sus hijos se acerquen á la santa Mesa y rodeen los altares para recibir en ellos la adorable Comunión! A este fin el Salvador les confía ese vehemente deseo de su Corazón, y lo abandona plenamente á su amor, á su celo y á su fidelidad.

¡ Bienaventurado el sacerdote cuyo único cuidado consiste en hacer conocer á las almas á Jesús en la Eucaristía; en exitarlas «á comulgar santa y frecuentemente, *sancte ac frequenter*, como dice la Iglesia,¹ y aún cada día si es posible! ¡ Bienaventurado y mil veces bendito el siervo verdaderamente prudente y fiel que corresponde á los deseos de su buen Señor, dando con santa misericordia el Pan de vida á los hijos de Dios! La piedad y el fervor florecerán en su derredor: alimentados con Jesús, los niños conservarán fácilmente su inocencia; los jóvenes, la belleza virginal de sus almas; las familias, la santidad grave y dulce del hogar doméstico; las santas vocaciones, las buenas obras, el celo por la fe, la caridad con los desgraciados, se desarrollarán como por encanto; en una palabra, este bendito sacerdote verá multiplicarse en torno suyo cuanto hay de bello y bueno acá bajo, como una prenda de su corona eterna.

1 Rituale Rom., «De Eucharistia.»

¡Ah! pidamos al Corazón de Jesús que dé sin cesar á su Iglesia sacerdotes ardientemente consagrados á los celestiales intereses del Santísimo Sacramento; sacerdotes cuyo supremo gozo sea dar Jesús á las almas, á todas las almas, á fin de que Jesús viva y reine verdaderamente en ellas. No se olvide nunca que este es el deseo más ardiente de su sagrado Corazón.

V

Magníficas y consoladoras promesas de Nuestro Señor á los devotos de su Corazón

En la hermosa visión que acabamos de referir, en la que Nuestro Señor hizo contemplar á sor Margarita María su sagrado Corazón rodeado de luz vivísima, sobre un trono misterioso y resplandeciente, hizole en favor de los que se consagrasen á su culto promesas tan consoladoras como edificantes. Grabémoslas en nuestras almas, y meditémoslas con amor y gratitud.

Dijo Jesús á la beata Margarita María: «El gran deseo que tengo de ser amado perfectamente por los hombres, me ha inducido á manifestarles mi Corazón, y darles en estos últimos tiempos este último esfuerzo de mi amor, proponiéndoles un objeto y un medio tan á propósito para obligarles á amarme, y amarme sólidamente.»—Como veis, pues, el sagrado

Corazón se nos da como un remedio extremo en los peligros extremos; los peligros de los últimos tiempos. «Habrá entonces, dice el Evangelio, una gran tribulación cual no la ha habido desde el principio del mundo... Se conmoverán las virtudes del cielo... Muchos se dejarán seducir. Y si el Señor no abreviase aquellos días, nadie se salvaría; mas por los escogidos serán abreviados.»¹ Ahora bien, ¿cuál es, cuál será para nosotros el gran medio de preservación y de salud? Jesús mismo se digna manifestárnoslo: es su adorable Corazón, «último esfuerzo de su amor en estos últimos tiempos.» ¿Y cómo nos salvará el culto amoroso de su divino Corazón? Excitándonos «á amarle y amarle sólidamente.» Puede afirmarse sin temor que «los elegidos,» los verdaderos cristianos de los últimos tiempos de la Iglesia, serán los fieles del sagrado Corazón de Jesús.

El Salvador dijo además: «Dándoles mi Corazón, les abro todos los tesoros de amor, de gracia, de santificación y de salvación que este Corazón encierra, á fin de que todos los que quieran rendirle y procurarle todo el amor y honor que les fuere posible, sean enriquecidos con profusión de los tesoros de que este divino Corazón es fuente, y fuente fecunda é inagotable. Yo escribiré sus nombres en mi Corazón y no permitiré jamás que sean borrados de él.» «To-

1 Matth. XXIV, 21, 22, 29.—Marc. XIII, 6, 20.

dos los que quieran,» dice nuestro Salvador, ¿y quién no querrá? «Todos los tesoros de amor, de gracia, de misericordia, de santificación y de salvación;» ¡qué promesas! ¡qué bondad! ¡Oh! ¿quién será tan enemigo de sí mismo que no abra su corazón á la voz de Jesucristo?

Respondiendo de antemano á las críticas de los jansenistas, de los que todo lo censuran, y aun de ciertos cristianos mal aconsejados, dijo después Nuestro Señor á la beata Margarita María: «Siento singular complacencia en ver los sentimientos interiores de mi Corazón y de mi amor, honrados bajo la figura de este Corazón de carne, tal como te lo he mostrado, y cuya imagen quiero que se exponga públicamente para que conmueva el corazón insensible de los hombres. Derramaré con abundancia en el corazón de los que le honren los tesoros de gracias de que está lleno mi Corazón; y en todo lugar donde se exponga su imagen para ser así singularmente honrada, atraerá sobre él toda suerte de bendiciones.» —Tengamos, pues, en nuestras casas, y llevemos en nuestros pechos alguna piadosa imagen del sacratísimo Corazón de Jesús, digan lo que quieran los mundanos. ¿No vale cien veces más obedecer y agradecer á Jesús que á los hombres?

En fin, la dichosa confidenta de los misterios del sagrado Corazón resume del siguiente modo, en una carta que escribió pocos años antes de su muerte, las maravillosas ventajas de la devoción al Corazón de Jesús:

«No sé que haya en la vida espiritual ningún ejercicio de devoción más á propósito para elevar en poco tiempo un alma á la más alta santidad, y hacerla gustar las verdaderas dulzuras del servicio de Dios.

«Sí, lo digo con seguridad: si se supiese cuán agradable es á Jesucristo esta devoción, no habría cristiano alguno, por poco amor que tuviese á este amable Salvador, que no la practicase inmediatamente.

«Los seglares encontrarán por este medio todos los socorros necesarios á su estado, es decir, la paz en su familia, el alivio en sus trabajos, y las bendiciones del cielo en todas sus empresas. En este Corazón adorable encontrarán un lugar de refugio durante su vida y principalmente en la hora de su muerte. ¡Ah! ¡cuán dulce es morir después de haber tenido una constante devoción el sagrado Corazón de Aquél que nos ha de juzgar!»

En cuanto á los religiosos y sacerdotes, hé aquí las magníficas promesas que les conciernen de un modo especial: «Mi divino Salvador me ha hecho entender que los que trabajan en la salvación de las almas tendrán el arte de mover los corazones más endurecidos, y trabajarán con maravilloso éxito, si están animados de una tierna devoción á su divino Corazón.

«Abracen los religiosos y religiosas esta devoción santificante; pues de ella sacarán tantos auxilios, que no será necesario otro medio para restablecer en las comunidades menos observantes el primer fervor y la más exacta regularidad, y para llevar á la mayor

perfección las comunidades que viven ya en la regularidad más exacta.»

Aplíquese cada cual á sí propio lo que dice al terminar la carta la beata Margarita: «Nadie habría en el mundo que no sintiese todo género de auxilios del cielo, si tuviese á Jesucristo un amor agradecido, tal como el que se le testimonia con la devoción á su sagrado Corazón.»

Os saludo, ¡ Oh adorable Corazón de Jesús, santuario delicioso de las almas puras, horno ardiente del divino amor! Vos seréis el lugar de mi refugio y mi asilo siempre. Vos seréis el único deseo de mi corazón, luminoso astro de mi espíritu, océano de delicias inefables: yo sólo quiero vivir y morir en Vos. Poseed, benigno Jesús, mi corazón; perdonad mi ingratitud, y concededme que en mi último suspiro sea víctima de vuestro divino amor.

VI

Que los esfuerzos del infierno no han podido impedir el establecimiento y propagación del culto del sagrado Corazón de Jesús.

Cuanto más excelente y provechoso para las almas fuese el culto del sagrado Corazón, más debía temerle el demonio é impedir su establecimiento por cuantos medios le fuera posible. Para su intento sirvióse principalmente de una nueva secta nacida del

calvinismo, y que pronto, bajo el nombre de *jansenismo*, tomó en Francia proporciones desoladoras.

So pretexto de penitencia y austeridad, y de un retorno más perfecto á las primitivas tradiciones del Cristianismo, los jansenistas batian en brecha con todas sus fuerzas cuanto hay consolador y misericordioso en la Religión: la Comunión frecuente, la confianza en la misericordia divina, el amor y el culto de la Santísima Virgen, la magnificencia del culto divino. Aquellos herejes, de corazón de hielo, sin amor de Dios ni de los hombres, no podían ver con buenos ojos una devoción toda impregnada de amor, cual es la del sagrado Corazón. En una série de abominables intrigas, de libelos difamatorios y de persecuciones más ó menos abiertas, hicieron esfuerzos desesperados para ahogar en su cuna la devoción naciente del sagrado Corazón de Jesús. En su primer ensayo la representaron como supersticiosa, absurda, ridícula, impía; después intentaron sublevar contra ella el clero, los fieles y aún algunos doctores en Teología; trataron también de engañar á los obispos; esforzándose en irritar contra ella al rey Luis XIV, lo cual lograron momentáneamente. Las iras de los herejes recayeron principalmente sobre la benemérita Compañía de Jesús, que en su celo ardiente y continuo por la salvación de las almas, había abrazado con amor muy digno de ella la devoción del Sagrado Corazón. La pobre sor Margarita María fué objeto de burla; y sus luminosas revelaciones, no obstan-

te el examen y aprobación de la autoridad competente; aquellas revelaciones que Nuestro Señor había confirmado con milagros, fueron tildadas de delirios.

Ya antes la cólera del demonio y de los jansenistas se había concentrado sobre un santo misionero que la Providencia había suscitado para preparar los caminos á la beata Margarita María, y á la revelación propiamente dicha de los misterios del Corazón de Jesús. Era este el P. Eudes, discípulo del cardinal de Berulle y del P. Condren, y amigo de San Vicente de Paul, del venerable Olier y de lo más eminente en ciencia y virtud que tenía el clero en aquel siglo. Hacía más de cincuenta años que aquel admirable religioso, á quien el reverendo Olier llamaba «maravilla de su siglo,» llenaba la Francia entera con sus predicaciones apostólicas, y propagaba á su paso con fervor verdaderamente inspirado el amor y el culto de los sagrados Corazones de Jesús y María. Esta era su devoción predilecta, que comunicaba, no solamente á los pueblos, sino también al clero y á las Congregaciones religiosas. Con aprobación y bajo los auspicios del Episcopado, fundó una Congregación de misioneros (los padres *Eudistas*), especialmente dedicada á este culto de amor; fundó seminarios, capillas públicas, numerosas y florecientes cofradías que fueron aprobadas oficialmente por la Santa Sede, y esto cabalmente en la misma época que comenzaba Jesús á revelarse milagrosamente á la bea-

ta Margarita en el silencio del monasterio de Paray-le-Monial.

Con justa razón, por lo tanto, puede y debe llamarse también el P. Eudes «apóstol del sagrado Corazón de Jesús.» Desde 1645 tuvo la dicha de ver que se le rendía culto solemne en los seminarios de su Congregación y en muchas casas religiosas; y en 1671 varios obispos franceses aprobaron y autorizaron en sus diócesis, siempre á instancias del P. Eudes, tan admirable devoción, permitiendo se celebrase públicamente en honor del sagrado Corazón una fiesta con Misa y Oficio propios, que compuso aquel piadoso misionero, y que han sido aprobados en dos distintas ocasiones por la Santa Sede. En 1674, al tiempo que Nuestro Señor se revelaba de un modo tan esplendente á la beata Margarita María Alacoque, Clemente X daba por medio de seis Breves apostólicos la suprema sanción de la Santa Sede á la legitimidad del culto del sagrado Corazón.

El infierno se desencadenó más furioso que nunca contra el P. Eudes, aprovechando la actitud verdaderamente sacerdotal que había tomado el santo misionero en las primeras contiendas con el galicanismo, que, como es sabido, habían nacido de las intrigas jansenistas. El generoso defensor de los derechos del amor á Jesucristo y de la autoridad de su Vicario, tuvo la gloria de sufrir el destierro y la persecución. Murió á la edad de más de ochenta años en olor de santidad.

Como la palabra de Dios no puede faltar, no tardaron en verse cumplidas las promesas hechas á la venerable Alacoque, y el culto del sagrado Corazón se propagó maravillosamente por todas partes, produciendo abundantes frutos de gracia y conversión. Otorgados ya varios Breves de indulgencias por diversos Papas, y erigidas con autoridad de la Santa Sede muchísimas Congregaciones para honrar con particular culto al sagrado Corazón de Jesús, Clemente XIII concedió en 1765 Oficio y Misa propios del sagrado Corazón; elevándolos en seguida á la categoría de primera clase en el rito. Pio VI, en su memorable bula dogmática *Auctorem fidei*, condenó los errores é impugnaciones del jansenismo contra la devoción al Corazón divino de nuestro adorable Salvador.¹ Pio VII, por un rescripto de 10 de Marzo de 1802, concedió indulgencias á los que se asociasen á esta devoción. Pio IX extendió en 1856 á la Iglesia universal la fiesta del sagrado Corazón, que ya se

1 Aquellos herejes, que no habían podido impedir que la devoción al sagrado Corazón de Jesús echase hondas raíces en las almas piadosas, trabajaron por infundir en otras muchas, muy buenas por otra parte, lamentables preocupaciones sobre tan santa devoción, que aún hoy día subsisten en algunos. Para desvanecerlas creemos utilísimas las consideraciones contenidas en un excelente librito que en nuestros días ha publicado el Rdo. Padre Antonio Gació, de la Compañía de Jesús, con el título "Declaración y Meditaciones de los Oficios del sagrado Corazón de Jesús," §§ 1º y 2º —Barcelona, Tipografía Católica, 1876.

celebraba por privilegio casi en todas las diócesis; y por Breve de 19 de Agosto de 1864 llevó al honor de los altares á la beata Margarita María Alacoque. Finalmente, por siempre memorable será el año 1875, en que Pio IX, movido de su devoción al sacratísimo Corazón y de las multiplicadas súplicas del Episcopado y de algunos millones de fieles¹ dispuso que todos los hijos de la Iglesia católica se consagrasen solemnemente al sagrado Corazón de Jesús, dando á este objeto la sagrada Congregación de Ritos un decreto acompañado del acto de consagración, que lleva el sello de la aprobación del Jefe supremo de la Iglesia. El 16 de Junio del mismo año el cielo y la tierra contemplaron un solemne y magnífico espectáculo: el de todos los fieles del mundo entero, bajo el

1 El P. Chevalier, fundador y primer superior de la Congregación de misioneros del sagrado Corazón de Jesús en Issoudun, presentó á Su Santidad una súplica suscrita en pocos meses por tres millones de católicos de todo el orbe, pidiendo la consagración de la Iglesia y del mundo al sagrado Corazón de Jesús, formando treinta volúmenes ricamente encuadernados, uno de los cuales contenía cartas de ciento sesenta obispos que prohibían aquella petición. Esta ofrenda, que llenaba los deseos expresados algunos meses antes por Su Santidad al manifestar al mismo P. Chevalier "que se tendría por dichoso de consagrar el mundo católico al sagrado Corazón de Jesús si los fieles lo pedían," fué recibida por el Papa con indecible júbilo, contestando al sentido discurso que aquel le dirigió, en los siguientes términos: "¡Tres millones! es todo un ejército! Pues bien, voy á ponerme á su frente, é irémos á conquistar el mundo."

cayado de sus Pastores, ofreciéndose en los mismos términos, y en unión y por mediación del Soberano Pontífice, todos unidos en holocausto de perfecta y eterna consagración, al santísimo Corazón de Jesús. Así en el decurso de doscientos años, á la par de los ataques de los enemigos, ha seguido ganando terreno el mismo culto tan rudamente atacado, hasta el punto de llegar á ser considerada hoy la devoción al sagrado Corazón de Jesús, como la devoción providencial de los tiempos modernos.

También yo, amabilísimo Salvador mío, quiero consagrarme enteramente á vuestro adorable Corazón. Infundidme el espíritu de vuestra Iglesia, que es vuestro santo Espíritu, vuestro Espíritu de amor. En Él, á su luz divina, quiero aprender á conoceros, á adoraros, á serviros, á ganaros corazones, á consolaros de tantas ingratitudes, á desagraviaros de tantos ultrajes. Vivid en mi entendimiento por la fe, y por el amor en mi corazón, y dadme vida de amor. Reinad Vos, Señor, ahora y siempre en nuestras familias, en nuestros gobiernos, en nuestra ciencia, en nuestras artes, en nuestros ejércitos, en nuestros talleres, en nuestras costumbres, en nuestros cuerpos y en nuestras almas, en todo lo nuestro, siendo *todo para todos*, y todos únicamente de Vos, con Vos y para Vos en el tiempo y en la eternidad.

VII

Que la revelación del sagrado Corazón hecha en el siglo XVII no era cosa inaudita en la Iglesia.

Los jansenistas acusaban de «novedad,» de «cosa nunca oída,» el culto del sagrado Corazón. Craso error.

Como ya hemos dicho, cuatro siglos antes de las revelaciones de Jesucristo á la venerable Alacoque, Santa Gertrudis había recibido de Nuestro Señor, acerca del sagrado Corazón, revelaciones no menos espléndidas que las de Paray-le-Monial. Jesús mismo le ordenó que las pusiese por escrito. «No saldrás de este mundo,—díjole un día en que su humildad la hacía vacilar,—no saldrás de este mundo que no hayas acabado de escribir. Quiero que tus escritos sean para los últimos tiempos una prenda de mi divina bondad. Por medio de ellos haré gran bien en muchas almas. Mientras escribieres, tendré tu corazón junto al mío, y verteré en él gota á gota lo que debas decir.» Y el admirable libro de Santa Gertrudis la ha constituido en muy íntima evangelista del sagrado Corazón de Jesús.

Tenía la Santa particularísima devoción al apóstol San Juan, y asistiendo á Maitines un día de su fiesta, se le apareció el Discípulo amado de Jesús, rodeado de una gloria incomparable. «Amorosísimo

bate, no pueden ser jueces en su propia causa. La Iglesia, representada por la Santa Sede, es el único tribunal competente que puede decidir tan grave cuestion; solamente este tribunal está revestido de un poder superior al temporal; él solo es independiente y desinteresado, mas que cualquiera otro, por su carácter religioso, y solo él ofrece garantías de moralidad, justicia, sabiduría y ciencia necesarias para funcion tan augusta y delicada.

Por otra parte, este es el orden establecido por Dios, no para el interes personal de la Iglesia, sino para el interes general de las sociedades, de los Soberanos y de las naciones. El juicio en estas altas cuestiones de justicia social, estriba, como en los casos particulares de conciencia, en la palabra inmutable de Jesucristo, cuando dice al Jefe de su Iglesia: "Todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en el cielo." Esta es la teoría verdadera y católica sobre la soberanía del pueblo, y sobre los cambios de gobierno.

Hay un abismo entre esta doctrina y la soberanía del pueblo, tal cual la entiende la Revolucion y la entendieron los constituyentes de 89. Segun estos, el pueblo saca la soberanía de sí mismo, y no la recibe de Dios; nada quiere saber de Dios, pretendiendo separarse de El. Además, y como consecuencia de este primer error, desecha la Iglesia, privándose de este modo del único poder moderador que Dios instituyó para protegerle contra el despotismo y la anarquía. Desde que los Reyes y los pueblos han rechazado esta dirección maternal de la Iglesia, los vemos efectivamente obligados á decidir á cañonazos sus casos de conciencia, por el sangriento derecho del mas fuerte; y las sociedades políticas, á pesar de sus pretensiones á progreso marchan rápidamente hácia la decadencia pagana. En vez del orden, fruto de la obediencia, ya no hay en el mundo mas que despotismo ó anarquía, frutos de la rebelion; la nocion de la verdadera soberanía, por decirlo así, ya no existe sobre la tierra.

"Todo esto puede ser muy verdad en teoría, pero ¿y en práctica?" No es culpa de la teoría, si esta es difícil de practicar, la culpa está en la debilidad y la corrupcion humana. Con este principio sucede como con todos los principios de conducta: la teoría, la regla, es clara, verdadera, perfecta. Su aplicacion *perfecta* es imposible, porque la perfeccion no es de este mundo, pero cuanto mas se acerca la práctica á la teoría, tanto mas cerca se está de la verdad, del orden y del bien.

Hace ya muchísimo tiempo que los Estados temporales desdeñan la teoría, y se conducen segun sus caprichos; olvidan y rechazan mas y mas la dirección divina de la Iglesia; y como el

hijo pródigo, se alejan cada dia mas de la casa paterna. Por esto tambien el mundo, estraviado léjos de Dios, se encuentra en revolucion permanente, á pesar de los esfuerzos prodigiosos que se hacen para llegar al órden, y contener el mal. Si la sociedad quiere nó perecer, habrá de volver, tarde ó temprano, al principio católico, al único verdadero principio de la soberanía. Leibnitz, hombre de génio, aunque prótestante, deseaba de todas veras la vuelta de las sociedades á la alta direccion moral de la Santa Sede y de la Iglesia: "Seria de opinion, escribia, de establecer en la misma Roma un tribunal para juzgar las diferencias y altercados entre los príncipes, y hacer al Papa su presidente." Este tribunal existe, existe en derecho divino é inmutable, aunque se le desconozca. Lo repito, no hay salvacion mas que por este medio. "La Revolucion no cesará, decia M. de Bonald, sino cuando los derechos de Dios habrán reemplazado á los derechos del hombre."

Deseemos, pues, con la mayor ánsia, como católicos y como buenos ciudadanos, la conformidad de la práctica á la teoría y hasta nueva órden, apliquemos la teoría del modo menos imperfecto que podamos.

"Pero ¿no abre este sistema la puerta á mil y mil inconvenientes?" Es muy posible; pero entre dos males necesarios, debemos escoger el menor.

En caso de un conflicto entre el soberano y la nacion, ¿qué sucede en el dia? ¿Por quien quedará la victoria? ¿Será acaso por el derecho, la justicia, la verdad? Si, siempre que la fuerza bruta se encuentre de su lado: nó, si, segun lo que sucede por lo comun, esta favorece al partido del mal. En ambos casos es la guerra civil erigida en principio, sangrienta y feroz, en la que el éxito todo lo justifica, y que arruina y apura todas las fuerzas vivas del Estado. Nada de todo esto se vería en el sistema católico, en el cual todo se arreglaría pacíficamente. Los dos partidos ventilarian su causa ante el tribunal augusto de la Santa Sede, y se someterían á su decision. No habria sangre derramada, ni guerra civil, ni Erario público arruinado, etc. ¿No es esto muy hermoso y muy de desear?

Concedo de buena gana que, vista la corrupcion humana, habria quizá algunas intrigas, algunas miserias al rededor de este tribunal sagrado; pero los inconvenientes que traería este sistema serian muy poca cosa en comparacion de sus beneficios; y la alta influencia de la Religion sería, ella sola, una garantía poderosa contra los abusos. "¿No reúne la Iglesia, dice Bossuet, no reúne todos los títulos, por donde se puede esperar el triunfo de la Justicia?" Por otra parte, este tribunal solo decidiría segun

«Por el segundo latido, no ceso de manifestar á mi Padre cuánto me felicito por haber dado mi sangre para rescatar á tantos justos, en cuyos corazones gusto delicias sin cuento. Invito á la Corte celestial á admirar conmigo la vida de esas almas perfectas, y á dar gracias á Dios por todos los bienes que les ha dado, ya, ó que les prepara. Finalmente, este latido de mi Corazón es el trato habitual y familiar que tengo con los justos, ya para testificarles deliciosamente mi amor, ya para reprenderles por sus faltas y hacerles progresar de día en día y de hora en hora.

«Así como ninguna ocupación exterior, ni distracción alguna de la vista ni del oído interrumpen los latidos del corazón humano; así tampoco el gobierno providencial del universo podrá hasta el fin de los siglos detener, interrumpir ó retardar un instante estos dos latidos de mi Corazón.»

Otro día, teniendo su Corazón en las manos, Jesús lo presentó á Santa Gertrudis, y le dijo: «Mira mi dulcísimo Corazón, armonioso instrumento cuyos acordes embelesan á la Santísima Trinidad! Yo te lo doy, y estará á tus órdenes como un servidor fiel y solícito para suplir tus ineptitudes. Haz según mi Corazón te dictare, y tus obras encantarán la mirada y el oído de Dios.»

De este modo Gertrudis vivió, hasta su último suspiro, una vida de amor, de ternura, de sacrificios en el sagrado Corazón de su Dios. En su agonía, el 17 de Noviembre de 1292, la Hermana á quien, la San-

ta Abadesa había dictado su libro, vió cómo Nuestro Señor se acercaba á la moribunda, con el rostro radiante de alegría, teniendo á su derecha la beatísima Virgen María, y á su izquierda el Discípulo amado, San Juan. En derredor de ellos se agrupaba una multitud de Ángeles, Vírgenes y Santos.

Junto al lecho de la Santa moribunda, leían el Evangelio de la Pasión; y al llegar á éstas palabras: «É inclinando la cabeza, entregó su espíritu,» Jesús se inclinó hacia Gertrudis, entreabrió con ambas manos su propio Corazón, y derramó sus llamas en aquella alma bienaventurada.

Momentos antes de espirar, Jesús le dijo con amor: «Al fin ha llegado el momento de dar á tu alma el ósculo que debe unirla conmigo; al fin mi Corazón podrá presentarte á mi Padre celestial!»

Y al punto el alma bienaventurada de Gertrudis, rompiendo el lazo que la unía á su cuerpo, se elevó resplandeciente hacia Jesús y penetró en el santuario de su dulcísimo Corazón.

Este mismo misterio de amor, de misericordia y de santificación era el que Jesús debía revelar cuatrocientos años más tarde para ser en los últimos tiempos la prenda de su divina bondad.

Adorémosle y bendigámosle con todo nuestro corazón; elevemos á Él nuestro espíritu, y digámosle con Santa Gertrudis:

«Aquí me teneis cerca de Vos, ó Dios mío, que sois un fuego consumidor; haced que por la fuerza,

por la violencia, por la abundancia de vuestro ardor me abrase la llama de vuestro amor, y que, no siendo más que un grano de polvo, se sienta mi alma completamente devorada, consumida y perdida en Vos.

«Dadme, Señor mío Jesucristo, la gracia de amarme con todo mi corazón, de unirme á Vos con toda mi alma, de emplearme en vuestro amor y en vuestro servicio con todas mis fuerzas, de vivir según vuestro Corazón; y haced que en la hora de mi muerte, dándome Vos mismo las disposiciones necesarias, pueda entrar sin mancha en vuestro nupcial festín.

«¡Oh amor de Jesús! absorbedme á la manera que la plenitud de una mar profunda absorbe una pequeña gota de agua. Otorgadme la gracia de abandonarme á Vos y de confundirme con Vos de tal manera, que jamás vuelva á encontrarme sino en Vos, ¡oh Jesús, mi dulce amor, bien de mi vida! Así sea.»

VIII

Cómo en la propagación del culto del sagrado Corazón le corresponde á España una parte muy principal.¹

Tradicional es en España la devoción al sagrado Corazón de Jesús, como lo atestiguan, además de innumerables hechos que registran las crónicas de es-

¹ En medio del lamentable olvido en que se tiene un asunto que tanto debiera interesarnos como católicos y como españoles,

ta nación, ¹ nombres tan preclarísimos en santidad y ciencia como los de Vicente Ferrer, Pedro de Alcántara, Rosa de Lima, Teresa de Jesús, María de Agreda, Juan de la Cruz, Luis de Granada, Juan de Jesús María, Bernardino de Villegas, Alfonso de Orozco, Tomás de Villanueva, Francisco Suarez, Juan Bau-

merece justo tributo de alabanza quien como el Rdo. P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús, consagra su talento y su pluma á ilustrar en esta parte la historia de nuestro país. De sus importantes trabajos sobre la materia nos hemos servido principalmente para reunir estos desaliñados apuntes. A mayor abundamiento, véase la Colección del "Mensajero del sagrado Corazón" que bajo la entendida dirección del Ilustre Sr. D. José Morgades y Gili, canónigo Penitenciario, se publica hace algunos años en Barcelona.

1 Ya en 1456 la ciudad de Valencia celebraba una "liza poética" en honor del "Cor de Dèu." Un valenciano, nacido en la «Torre de Canals» junto á Játiva, era entonces Papa con el nombre de Calixto III. Gracias á la cruzada que promovió en Hungría por medio de su legado San Juan de Capistrano, logró el inclito Calixto reportar la victoria de Belgrado, que abatió los humos del feroz conquistador de Constantinopla y preservó el Occidente católico de la irrupción de los turcos, tanto más terribles cuanto que podían darse la mano con los moros que ocupaban todo el Septentrión del Africa y las provincias meridionales de España. En memoria de tamaño triunfo, ocurrido en 6 de Agosto de 1456, extendió Calixto III á toda la Iglesia universal la fiesta de la Transfiguración del Señor. La generosa Valencia se fijaría sobre todo en el rasgo de la omnipotente misericordia del Salvador que brilló en aquella victoria; y de aquí naturalmente brotaría la idea del referido certamen.

tista Agnesio, Miguel de los Santos,¹ y otros, y otros que por diversos medios tanta gloria han dado al sagrado Corazón y tanto han contribuido á extender su amoroso culto. Refiriéndonos tan sólo á los escritos ascéticos del P. Baltasar Alvarez de Paz, ¿quién ignora que fueron fuente de amor al Corazón de Jesús, en la que bebieron San Francisco de Sales, el P. Eudes, el P. de la Colombière y demás grandes atletas de esta devoción en el siglo XVII?

La por mil títulos ilustre y esclarecida Compañía de Jesús, á quien por revelación expresa del sagrado Corazón hecha á la venerable Alacoque en 2 de Julio de 1689 estaban particular y eminentemente confiadas la propagación y defensa de su culto, en el solo intervalo de 1733 á 1742 llevaba fundadas en España casi doscientas congregaciones; varias de las célebres reducciones del Paraguay florecían bajo el nombre y divisa del sagrado Corazón, y los evangélicos obreros de España y Portugal, abarcando bajo las alas de su apostólico celo más de la tercera parte del orbe, cumplían con extraordinario éxito su misión, inflamados de aquel Corazón que dijo: «Fuego (*de mi amor*) vine á meter en la tierra, y ¿qué más quiero sino que se abraze?»²

1 Este insigne catalán nació en Vich á fines del siglo XVI, y murió en Valladolid en 10 de Abril de 1624. Como Santa Lutgardis, mereció en un deliquio de seráfico ardor trocar su corazón por el de Jesús, como reza el Breviario.

2 Luc. XII, 49.

Y debiendo allegarse á esto, como coronamiento y clave de la inmensa cúpula labrada por la devoción de los pueblos, la solidez inquebrantable de aquella *Piedra* de la que dijo el Salvador que «las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella,»¹ este sostén ó fallo dado por la Sede apostólica vino también solicitado en 1738 y 1745 por dos Concilios provinciales tarraconenses; por el rey D. Fernando VI en 1747,² y desde 1753 á 1764 por un gran número de Prelados y Cabildos de España y sus vastas colonias ultramarinas.

Y bien se comprende que no podía ser la última ni la menos diligente en adoptar y propagar tan providencial devoción la nación católica por excelencia, honrada y favorecida en algunos de sus hijos, ya en tiempos anteriores á la venerable Alacoque, por manifestaciones especialísimas del divino Corazón.

Una de estas almas privilegiadas fué Doña Sancha Carrillo, «doncella más celestial que humana, fama y asombro de su siglo, flor de la nobleza y hermosura de Andalucía, lustre y honra de la nobilísima casa de Córdoba y Guadalcazar, y espejo clarísimo de toda

1 Matth. XVI, 18.

2 Veinte años antes D. Felipe V había escrito una carta á Benedicto XIII, uniendo su voz al universal concierto de súplicas, y pidiéndole «con las mayores veras y empeño» se dignase conceder para todos sus reinos y dominios la Misa y Oficio propios del sagrado Corazón.

virtud y santidad.»¹ Jesucristo, á quien escogió por único esposo de su alma, favorecióla con los más preciados dones de oración, de profesía, y con otras mercedes singularísimas; mas nunca estos favores rayaron tan alto como en su lecho de muerte. En el misterio de la Cruz «le fué mostrado *el Corazón de su Redentor*, ardiendo en llamas de amor á los hombres, tan fuertes, tan excesivas, que aún quien allí entra y las mira, no puede alcanzar cuán grandes son. Y aun para decir aquello que alcanza es muda la lengua, porque excede á todo lo que se puede pensar. Veía que no hay ojos que puedan mirar la hermosura de aquel *Sol abrasado de la caridad de Jesucristo*,² ni entendimiento para imaginar como es aquel fuego tan poderoso en el alma, que salía fuera de ella y abrasaba su sacratísimo cuerpo destrozado y llagado por todas partes de puro amor, tan igual y extendido para con todos, que del *centro de su regalado pecho* salían vivos rayos de amor, que iban á parar á cada uno de los hombres, pasados, presentes, y por venir, ofreciendo su vida por el rescate de ellos. Mostrósele aquel amorosísimo Corazón atravesado con el cuchillo de dos filos, de ver á Dios ofendido y á los hombres perdidos por el pecado; lo que entraña-

1 «Vida y maravillosas virtudes de Doña Sancha Carrillo,» por el P. Martín de Roa, de la Compañía de Jesús.—Sevilla, 1615.

2 «Abrasado sol de la caridad de Jesucristo» es su Corazón vivo é informado por su alma ardiente.

blemente le lastimaba por el inestimable amor que á Dios tenía y á los hombres por Él, deseando la satisfacción de la honra divina y la redención del linaje humano, aunque fuese tan á su costa.¹

Ante esta visión, la santa doncella prorrumpió en amorosas imprecaciones, conjurando á todos los hombres á que acudiesen por remedio de todas sus necesidades al sacratísimo Corazón de Jesús; y con estas ansias del bien de sus hermanos y de la gloria divina, aquella alma bienaventurada, con milagrosa paz y sosiego de corazón, con gran dulzura y suavidad de espíritu, fué á unirse con su divino Esposo en 13 de Agosto de 1537, á la edad de veinticuatro años y medio, «tan bien empleados como logrados en Dios.»

Amantísima del sagrado Corazón fué también Doña Ana Ponce de León, condesa de Féria. Nació en Marchena, viernes 3 de Mayo de 1527, y falleció en el convento de Santa Clara de Montilla en 26 de Abril de 1601. Quince años, no más, contaba cuando dió su mano al conde de Féria, gran privado del emperador Carlos V. En su nuevo estado recibió muchas gracias del divino Corazón, en especial una muy singular; y fué que estando ella en muy devota oración se le apareció su Divina Majestad, y *le mostró el Corazón herido*, y con semblante amoroso y alegre le dijo: Que de su amor era aquella herida, y en retorno la quería toda para sí. Merced y beneficio tan

1 El P. Martín de Roa, en su libro citado.

soberano, que en aquel punto le pareció que se había renovado toda interiormente, y trocado como en otra mujer con tan inefable suavidad en el alma, tan humilde alegría en el corazón y un fuego tan vivo del amor divino, con un olvido tan grande de todo lo de la tierra, que ni acertaba ni se hallaba á pensar en otra cosa que en Dios, y tras Él sólo se le iba el alma y la vida.¹

¿Qué mucho, pues, que joven, viuda y dueña enteramente de sus acciones diese al mundo un espectáculo que no tardó en seguir la santa fundadora de las monjas de la Visitación, Juana Francisca Fremiot de Chantal? Su firme resolución de tomar el hábito y profesar en el monasterio de Santa Clara de Montilla; causó en el mundo asombro tan general, como el ejemplo de abnegación, casi coetáneo, dado por San Francisco de Borja. Este gran Santo, cada vez que pisaba el umbral de aquel monasterio, solía decir que sentía en sí un respeto y veneración más que humana por la Condesa que vivía en él.

A la Condesa de Féria y á Doña Sancha Carrillo, tan amantes y favorecidas del sagrado Corazón, no fué inferior la venerable virgen Doña Marina Escobar, natural de Valladolid. Fundadora de las Recoletas de Santa Brígida, nació esta gran Sierva de Dios en 8 de Febrero de 1554, y falleció á la edad de se-

1 "Vida de Doña Ana Ponce de León," por el P. Martín de Roa.—Sevilla, 1615.

tenta y tres años. Suyo es el relato de la revelación siguiente:

«Y estando diciendo estas y otras cosas fervorosas, ví que Cristo nuestro Señor *abrió su sagrado pecho y me mostró su santísimo Corazón*, encendido y hecho un fuego de amor á sus criaturas, con una luz muy clara para que viese allí el amor con que nos amó y nos ama. Como si dijera: *¡Mira! este amor y este Corazón tengo para con vosotros!*¹ Y luego me comunicó una centellica de aquel amor suyo, con la cual encendió mi alma, mucho más de lo que estaba, en su divino amor; y quedé con mayor luz y claridad de la persona de Cristo nuestro Señor. Y así le decía: Señor mío, quien no te conoce, no conoce cosa buena. Porque la experiencia me enseña que este Señor es gran maestro, **muy** sábio y poderoso, que sabe y puede de los males sacar bienes, de las tinieblas luz; y que es muy largo y magnífico en cumplir sus promesas, pues habiendo dicho que á medida de los desconsuelos serán los consuelos, veo yo ser mucho mayores los consuelos y bienes que me ha comunicado, que no la tribulación y pena en que me permitió que hubiese estado.²

1 Expresión notabilísima, con que debería ilustrarse la célebre revelación hecha á la beata Margarita María Alacoque.

2 «Vida maravillosa de la venerable virgen Doña Marina Escobar,» por el P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús.—Madrid, 1666.

Para dirigir almas tan adictas á su amorosísimo Corazón, como fueron la venerable Marina Escobar, la Condesa de Féria y Doña Sancha Carrillo, escogió el Señor á tres grandes maestros de espíritu, el P. Juan de Avila, Fr. Luis de Granada y el P. Luis de la Puente, á quienes tan gran parte cupo en el fomento de la piedad española y aún europea, y en cuyas obras se encierran ricos tesoros de profunda sabiduría y divinal aliento sobre la naturaleza, utilidad y excelencia del culto que debemos al sagrado Corazón.

No terminaron aquí tan soberanas manifestaciones de su amor á esta tierra clásica del Catolicismo. Una vez más había de cumplirse, pero de un modo extraordinario, la revelación de Nuestro Señor á la beata Margarita María, de que había elegido especialmente á la Compañía de Jesús como propio instrumento para la propagación del culto y amor á su Corazón divino.¹

A mediados del siglo XVIII vivía en el colegio de San Ambrosio de Valladolid un joven de alma angelical, que por sus virtudes era considerado como un vivo retrato de San Luis Gonzaga. Su amor á Dios era verdaderamente seráfico; su oración elevadísima hasta la contemplación más sublime; su obediencia, ciega; su humildad, profunda; su paciencia, invicta;

1 Véase el libro "Títulos de la Compañía de Jesús para con el divino Corazón."—Barcelona, Tipografía Católica, 1875.

ardientes sus ansias de padecimientos y trabajos; en una palabra, su vida era uno de aquellos prodigios que la divina gracia produce de vez en cuando en el mundo para alumbrarle y encenderle.

Tal era el V. P. Bernardo de Hoyos, de la Compañía de Jesús.¹ En la tarde del 3 de Mayo de 1733 fué cuando empezó á conocer la devoción al Sagrado Corazón. Había tomado el libro *De cultu Cordis Jesu*, cuando á los pocos instantes de lectura «sentí en mi espíritu (escribe el mismo Bernardo) un movimiento extraordinario, fuerte, suave, y nada arrebatado ni impetuoso, con el cual me fuí al instante delante del Santísimo Sacramento á ofrecerme al Corazón de Jesús para cooperar cuanto pudiese, á lo menos con la oración, á la extensión de su culto.» Al día siguiente, adorando la sagrada Hostia en el santo sacrificio de la misa, oyó una voz interior, clara y distinta, que le dijo: «Quiero extender por tu medio el culto de mi Corazón sacrosanto, para comunicar á muchos mis dones por medio de mi Corazón.»

1 Nació de nobles padres en Torrelobaton, provincia de Palencia, en 21 de Agosto de 1711, y entró en la Compañía en el Noviciado de Villagarcía de Campos en 11 de Julio de 1726. Escribió su vida el P. Juan de Loyola, de la misma Compañía, en su magnífico libro "El Corazón sagrado de Jesús descubierto á nuestra España en la breve noticia de su dulcísimo culto." ¡Lástima que esta obra permanezca en completo olvido, hasta el punto de que son muy contados los ejemplares que de ella se conservan !

Al día inmediato le hizo Jesús en la oración un favor semejante al que comunicó á la bienaventurada Alacoque, mostrándole su Corazón abrasado en llamas de amor divino, y condoliéndose de lo poco que los hombres le amaban. Renovó el Señor la elección que había hecho de él para extender el culto de su Corazón, y le mandó que comunicase este designio con sus superiores, y que procediendo con prudencia santa y amante celo, lo remitiese todo á su Divina Providencia.

En el domingo inmediato á la fiesta de San Miguel, sintió presente, como solía, después de haber comulgado, á este celestial Príncipe, que le confirmó las promesas que le había hecho el Señor, y le ofreció su asistencia en las dificultades que se opondrían á la extensión del culto del Corazón de Jesús. «Después se me mostró, dice el P. Bernardo en una de sus cartas, por una admirable visión imaginaria, el divino Corazón de Jesús arrojando llamas de amor, de suerte que parecía un incendio de fuego abrasador de otra especie que este material.» Para encender más el Señor á su Siervo en los deseos de propagar el culto del divino Corazón, introdujo y en cierto modo encerró el corazón de Bernardo en su deífico Corazón, mostrándole los tesoros y riquezas depositadas en aquel Sagrario de la Santísima Trinidad, y el ardiente deseo que tenía de comunicarse á los hombres.

Siguiéronse á esta maravillosa visión inexplicables

luces, gozos y delicias. Repitióse la misma visión el día de la Ascensión gloriosa del Señor á los cielos, viendo distintamente la herida de la lanza, la cruz en la parte superior, y la corona de espinas con que estaba rodeado el sagrado Corazón, convidando á su Siervo el amantísimo Jesús á que entrara dentro de Él. Hizolo así con humildad profunda, y, anegado en celestiales gozos, pedía á la Santísima Trinidad la fiesta del Corazón de Jesús, especialmente para España. Oyó al instante una voz que le dijo: «Reinará en España, y con mayor veneración que en otras partes.»

«El día de Todos los Santos, escribe el P. Hoyos en otra carta, me sentía por un modo singular junto al Corazón de Jesús y como recostado á la puerta de la herida. Encendióse mi espíritu en un fuego manso, pero tan ardiente, que pereciera entre sus llamas si el Señor no me fortaleciera; y quedando toda el alma en aquel paso de sepultura interior, se explicaba con el Eterno Padre en un lenguaje de fuego, presentándole el Corazón soberano de su Unigénito, y pidiendo con las mayores veras concediese ya á su Iglesia este favor, que en ella se solemnizase públicamente el culto de este Corazón divino. A este tiempo se me mostró por visión intelectual cómo todos los Bienaventurados se admiraban, gozaban y complacían en las excelencias de este cielo animado (el Corazón de Jesús), de suerte, que después de la visión beatífica no había en la Gloria cosa que más

arrebatase los afectos que este Corazón divino, ni les comunicase mayor gloria accidental que su presencia. Entendí también que toda la celestial Corte, postrada ante el Trono de la Santísima Trinidad, pedía lo mismo que yo suplicaba, diciendo que ya era tiempo se descubriesen á la Esposa las riquezas y finezas de su divino Esposo. Aquí, por un modo muy alto, conocí que el Padre Eterno expedía el decreto en que se condescendía con los deseos de toda aquella soberana Corte.»

Con tan extraordinarios favores se abrasaba el corazón del P. Hoyos en el amor más ardiente al de Jesús, y deseaba abrasar todo el mundo en los mismos sagrados ardores. Para conseguirlo no perdonó piedra por mover:¹ y cuando á los dos años y medio de haber recibido del cielo el encargo de propagar en España el culto del sagrado Corazón, falleció víctima del fuego del divino amor que le consumía, esta devoción había hecho tan rápidos progresos, que no quedaba provincia, reino, ni ciudad de esta nación que no la hubiese recibido con empeño.²

1 Sólo su correspondencia, ó la colección de sus cartas relativas al Divino Corazón, podría llenar un grueso volumen.

2 El P. Hoyos falleció en el colegio de San Ignacio, en Valladolid, el 29 de Noviembre de 1735, cuando sólo contaba 24 años. Hemos consignado solamente algunos de los celestiales favores que recibió del sagrado Corazón, pues de otro modo nos habríamos hecho interminables.

Pidamos á Jesús que reine siempre en España y haga de nuestra patria la hija predilecta de su Corazón; que destierre de su seno la impiedad, la blasfemia, el libertinaje y la indiferencia; que consolide y vivifique aquella fe ardiente, generosa y fecunda que le mereció el glorioso título de Católica. Y pues el Señor ha prometido derramar con abundancia sus bendiciones sobre aquellos que honrarían su Corazón adorable, tengamos firme esperanza en el feliz porvenir de nuestra patria, que tanto se esmera en practicar y propagar la devoción y el culto al sagrado Corazón de Jesús.

IX

Fines admirables de la Providencia en la revelación del sagrado Corazón

Dios todo lo hace oportunamente. Su sabiduría ha brillado al par de su misericordia, dando á la Iglesia el divino tesoro del Corazón de Jesús en tiempos en que ésta más había de necesitarlo. El mismo Salvador lo dijo primero á Santa Gertrudis, y después á la beata Margarita María: «Mi divino Corazón está destinado para los últimos tiempos.»

No hay que dudarlo: todas las señales indicadas por el Hijo de Dios en el Evangelio de San Mateo, (cap. XXIV) se reúnen, se acumulan, por decirlo así,

con espantosa evidencia: la fe disminuye y se apaga en muchos; el Evangelio ha sido ya predicado casi en todas partes; las sociedades cristianas han apostatado todas; guerras horribles, luchas de pueblo contra pueblo, de nación contra nación, hacen temblar al mundo; brotan milagros de todas partes; un conjunto extraordinario de profecías, muchas de ellas indudablemente auténticas, se une á un secreto instinto de las almas santas; finalmente, los tres misterios que parece deben servir de refugio á la Iglesia de Dios en las supremas tribulaciones, el misterio de la infalibilidad del Papa, el de la inmaculada Concepción de María, el del sagrado Corazón de Jesús, domina la tempestad universal levantada contra todo lo que es católico, dando á los verdaderos fieles fijeza en la fe y en la obediencia, la gracia de la inocencia necesaria para el triunfo, y el don de una caridad, de una misericordia y de una reparación absolutamente divinas. Todo nos indica la proximidad más ó menos inmediata de esos «últimos tiempos» predichos por el Dios del sagrado Corazón.

En los tiempos precedentes, para cada nuevo mal el Salvador sacaba al punto un remedio saludable «del tesoro de su Corazón;» pero en nuestro tiempo, en que todas las negaciones y todos los males antiguos vienen concentrándose, uniéndose estrachamente bajo la bandera de la Revolución y del anticristianismo, Jesús se digna abrirnos y darnos todo entero ese mismo Corazón, ese precioso tesoro, con

todo lo que contiene. Es el último esfuerzo de su amor; el remedio supremo y universal.

Si, el sagrado Corazón es lo que *necesita* la Iglesia en estos tiempos extraordinarios. A grandes males, grandes remedios; á un mal extremo hay que aplicarle el remedio más eficaz. La Europa cristiana está gangrenada hasta el corazón; para evitar, pues, la muerte, es preciso que los fieles vayan á buscar la vida en su fuente, penetrando en el Corazón del Rey de los cielos. Cuanto más penetremos, con más verdad podrá decirse: «No hay salvación fuera del Corazón de Jesús.»

Vislúmbranse los fines admirables de la Providencia al retardar la manifestación del sagrado Corazón hasta fines del siglo XVII, hasta aquella época en que Satanás iba á suscitar á Voltaire, á Rousseau, la francmasonería, el ateísmo filosófico, la Revolución propiamente dicha, es decir, la gran rebelión de la sociedad contra la Iglesia, del hombre contra el Hijo del hombre, de la tierra contra el cielo.

Al terminar el siglo XVII la herejía quiso destruir en la teoría y en la práctica el Sacramento del amor, y por consiguiente el amor mismo, el amor santo y confiado que nace de la Comunión. A los fariseos de los últimos tiempos Jesús opone la revelación de su Corazón adorable, rebosando dulzura y humildad, fuente inagotable de ternura, de caridad, de misericordia, de verdadera santidad y de verdadero amor.

La impiedad en el siglo XVIII levanta un grito sa-

tánico, grito de guerra contra Jesucristo: ¡*Aplastemos al infame!* y con sus sofismas, con su propaganda infernal y universal, perturban las inteligencias. ¿Qué hará Jesucristo? Él, que ha hecho al hombre y que le conoce, va derecho á su corazón y se le manifiesta bajo su forma más poderosa, más íntima, más seductora: como *soberano Amor*. Le entrega su Corazón divino; y por el corazón le arranca á las mortales seducciones del entendimiento. En efecto, nada más fuerte que el amor; y por la revelación de su sagrado Corazón Jesús se hará amar. ¡Admirable ardid de guerra!

Hay más!: aquellas grandes blasfemias van á dar por fruto grandes crímenes; la secta anticristiana va á conmover la Iglesia hasta sus cimientos; una persecución salvaje va á destruir las antiguas instituciones católicas de Europa; hace rodar por el cadalso la cabeza de Luis XVI, cierra los templos, degüella sacerdotes y obispos, destruye las Ordenes religiosas, hace subir una prostituta en los altares, conduce al Papa al destierro (Pío VI) y le hace morir en él; inaugura una sociedad nueva sin fe, sin Dios, sin Jesucristo; propaga por todo el mundo esa gran blasfemia que se llama la separación de la Iglesia y el Estado; extingue en millones y millones de almas la vida de la gracia.

A esos crímenes que provocan necesariamente las represalias de la Justicia divina, á esos sacrilegios públicos y hasta entonces inauditos, Nuestro Señor

Jesucristo opone una expiación cuya santidad sobrepuja y sobrepujará siempre á la perversidad humana; revela, inaugura el culto público de su sagrado Corazón, y este culto mil veces bendito, esencialmente expiatorio y reparador, va á propagarse de tal suerte, que «allí donde abundó el delito, sobreabundará la gracia» siempre. Inspire Satanás cuanto quiera á los demonios en carne humana que desde hace más de cien años hacen resonar el mundo con sus blasfemias, insultan y pisotean la santísima y adorabilísima Eucaristía; incíteles á blasfemar de la Santísima Virgen, á asesinar sacerdotes, á cometer toda clase de crímenes: todo en vano: la Iglesia tiene de hoy en adelante un medio de reparación más poderoso que todas las maquinaciones del infierno: tiene el sacratísimo Corazón de Jesús, el Corazón del mismo Dios.

Por estas y otras muchas razones que sería demasiado largo exponer aquí, la misericordiosísima Providencia se manifestó de un modo admirable revelando el culto del sagrado Corazón al fin del siglo XVII.

Añádase á esto que cuando la santísima Virgen se apareció el 19 de Septiembre de 1846 en la montaña de la Saleta, á fin de salvar, si era posible, la sociedad, declaró, entre otras cosas, que la propagación del culto del sagrado Corazón sería uno de los medios de que Dios se serviría para combatir el anticristianismo y santificar á los fieles, á sus escogidos

de los últimos tiempos. Esta revelación ha contribuido mucho á propagar por todas partes el amor y el culto del sagrado Corazón.

Entremos en esta corriente de fe, que es el camino de salvación. Escuchemos la voz de la Iglesia; escuchemos las advertencias de la santísima Virgen; creamos, aceptemos con amor la palabra de Nuestro Señor. Sí, el sagrado Corazón es el misterio de estos últimos tiempos. Pero á fin de penetrarnos más de las inefables excelencias del sagrado Corazón, y por consiguiente de la excelencia del culto y de la devoción que se le tributan en la Iglesia, contemplemos de más cerca con los ojos de la fe, y con la felicidad y alegría del divino amor, ese Corazón amantísimo y mil veces adorable de Nuestro Señor Jesucristo.

Corazón santo,
Tú reinarás,
Tú nuestro encanto
Siempre serás.

X

De la inefable y divina excelencia del sacratísimo
Corazón de Jesús

El mundo se compone de dos especies de criaturas: almas y cuerpos. Fuera de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador del universo, no existe

más que el mundo de las almas y el mundo de los cuerpos.

Así pues; el mundo de los espíritus fué criado por Dios según un tipo, un modelo perfecto, que es como su centro; y este tipo, este ejemplar, es el alma santísima que el Hijo eterno de Dios se dignó unir á sí cuando se hizo hombre en la plenitud de los tiempos. A imagen y semejanza de esta alma sagrada, Dios, para quien todo es presente, creó desde el principio todos los Angeles, y también las almas de nuestros primeros padres. Y á imagen y semejanza del alma de su Hijo ha creado y continúa creando el alma humana.

Lo mismo sucede con el mundo de los cuerpos, el mundo material: el cuerpo adorable que el Hijo de Dios debía tomar un día en el seno de la Virgen, ha sido el tipo, el modelo según el cual Dios creó primeramente el mundo, y después al hombre, rey del mundo. Sí, el cuerpo de Adán fué formado en el paraíso terrenal según el modelo del cuerpo perfectísimo que el Hijo de Dios debía unir un día á su alma y á su persona divina.

Así la humanidad de Jesucristo es, en el plan de la creación, como el centro y la razón de ser de todas las criaturas, principalmente de los Angeles y de los hombres.

Es enteramente imposible referir las excelencias de esa humanidad hecha humanidad del Hijo de Dios; de esa alma y ese cuerpo de tal modo unidos á la

persona eterna de este mismo Hijo de Dios, que, sin confundirse en lo más mínimo con su divinidad, forman con ella una sola y única persona divina, eterna, infinita. No; jamás, ni en este mundo ni en el otro, podremos comprender plenamente el misterio *infinito* de Jesucriste; jamás podremos adorarle tan perfectamente como se merece; jamás le admiraremos, le amaremos y bendeciremos tanto como merece ser bendito, amado y admirado.

¡La humanidad de Dios! ¡Un alma y un cuerpo creados, convertidos en alma y cuerpo del mismo Dios, y por consiguiente, *adorables, divinos.....!* ¡Qué abismo de grandeza! ¡qué misterio!

Pues bien, en esa humanidad adorable y toda divina hay algo todavía más digno de adoración, si es permitido hablar así; en ese abismo de santidad y de majestad hay algo más santo, más sublime, más excelente: hay el Corazón de Nuestro Señor, Creador y Redentor Jesucristo. Sí, en la humanidad adorabilísima de nuestro Dios debemos colocar sobre todo su sacratísimo Corazón.

En Jesucristo, como en nosotros, el *corazón* es efectivamente el órgano más noble y más delicado, es como el resumen y, por decirlo así, el centro vivo, la médula de todo el cuerpo. El alma, que anima al cuerpo y ejerce sus diversas facultades por los diferentes órganos del mismo, ejerce por el *corazón* la más sublime de todas; la facultad de *amar*. El alma piensa por medio del cerebro y en unión con el ce-

rebro; siente por los nervios, que se extienden en todos nuestros sentidos; pero por medio del corazón, sólo por el corazón, es como ama. De aquí la excelencia supereminente del corazón; de aquí también el lenguaje universalmente usado entre los hombres y empleado por el mismo Espíritu Santo en las divinas Escrituras, en que se presenta el corazón como el compendio de la persona. Tener buen corazón es ser bueno; tener mal corazón es ser malo. Tener corazón es ser generoso, desprendido; no tener corazón es ser egoísta, malvado. El corazón es el hombre entero, considerado en lo que hay en él de más excelente.

Así, pues, repito, lo mismo sucede en ese Hombre único, divino, que es Dios, Jesucristo. El *Corazón* de Jesucristo es, si así puede decirse, lo que hay más adorable en su adorable humanidad, lo más divino é inefable en su divinísimo é inefabilísimo cuerpo. Su Corazón es el órgano vivo de su amor; y su amor es el amor infinito de Dios encarnado.

¡Oh santa humanidad de mi Salvador! ¡Oh santísimo Corazón de mi adorable Jesús! ¡Os amo y me postro en vuestra presencia con el rostro en tierra.

XI

Que el Corazón de Jesús es el foco vivo del amor universal

En 1670, el venerable Obispo de Evreux, al aprobar para su diócesis el culto del sagrado Corazón y el Oficio compuesto á este efecto por el P. Eudes, se expresaba así: «Siendo el Corazón adorable de Jesucristo un horno de amor á su Padre y de caridad por nosotros, siendo además la fuente de una infinidad de gracias respecto de todo el género humano, tienen todos los hombres, especialmente los cristianos, estrechísima obligación de honrarle, alabarle y glorificarle de todas las maneras posibles.»

En el mismo año decía el Obispo de Coutances: «Siendo el Corazón adorable de nuestro Redentor el objeto de la dilección y complacencia del Padre de las misericordias, y estando recíprocamente todo abrasado de santo amor hacia este Dios de consolación, como también está todo inflamado de caridad hacia nosotros, todo ardiendo de celo por nuestra salvación, todo lleno de misericordia por los pecadores, todo lleno de compasión por los miserables; y siendo el principio de todas las glorias y felicidades del cielo, de todas las gracias y bendiciones de la tierra, y una fuente inagotable de toda suerte de favores para los que le honran; deben todos los cris-

tianos esforzarse en tributarle todas las veneraciones y adoraciones que sea posible.»

Nada más cierto que esta doctrina.

El Espíritu Santo es el Amor mismo; el Amor eterno, sustancial y viviente. Por tanto Él reposa plenamente en el alma santa de Jesús: es como la luz que está toda condesada en el sol, y desde donde se esparce por el mundo. Mas no amando el alma del Hijo de Dios sino por medio del Corazón, al cual está unida, resulta que el Corazón sagrado de Jesús es el foco visible del amor divino en medio del mundo. «Es, como dice San Bernardino de Sena, el horno ardentísimo de la caridad que inflama y abraza al universo.»¹ Y el fuego de este horno es el Espíritu Santo, es el eterno Amor.

El Espíritu de amor reposa y vive en el Corazón de Jesucristo, como una paloma en su nido. Arde con vivas llamas en este Corazón inefable, desde el cual se derraman en el corazón de todo lo que es capaz de amar.

El Corazón de Jesús es ante todo el foco del amor de Dios. Nuestro Señor ama á su Padre con amor absolutamente divino, puesto que Él es Dios lo mismo que su Padre, y ama á Dios con el alma y el Corazón de un Dios. Todo este océano de amor sin fon-

¹ Fornax ardentissimæ charitatis, ad inflammandum et incendendum orbem terrarum. «(Sermon. de Passione Domini, part. II, tit. 1.)»

do y sin límites pasa por el Corazón del Hijo de María, y de allí va á perderse eternamente en el seno del padre. Como un torrente irresistible, primero llena y después arrastra en pos de sí á todas las criaturas, Angeles y hombres, que quieren amar á Dios. Todo el amor de Dios, que hace palpitar el Corazón de la santísima Virgen, el corazón de los Serafines, Querubines, Arcángeles y Angeles; todo el amor que ha santificado á los Patriarcas, Profetas, Santos y fieles del Antiguo Testamento; todo el amor de los Apóstoles, Mártires y fieles de la Ley de gracia, todo este amor emana del sagrado Corazón de Jesús, como de una fuente inagotable, infinita. En el mundo de las almas el Corazón de Jesucristo es el sol del amor de Dios.

¡Oh Salvador mío! á Vos me entrego para unirme al amor eterno, inmenso é infinito que tenéis á vuestro Padre. ¡Oh Padre adorable! Por la Encarnación, la gracia y la Eucaristía me habéis dado á vuestro Hijo muy amado; mío es, su sagrado Corazón me pertenece. Os ofrezco, pues, todo el amor eterno, inmenso é infinito de vuestro Hijo Jesús, como un amor que es mío. Y del mismo modo que Jesús nos dice: «Os amo como mi Padre me ama,»¹ puedo yo también deciros, oh mi divino Padre: «Os amo como vuestro Hijo os ama.»

¹ Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. «(Joan. XV, 9.)»

¡Oh! ¡qué gracia la de ser miembro de Jesucristo, y así poder amar por su Corazón, amar con su Corazón!

El divino Corazón de Jesús es igualmente la fuente del amor de la santísima Virgen. Después de su Padre celestial, nada ama tanto Jesús como á su santa Madre; ó más bien, como verdadero hijo suyo, la ama con el mismo amor con que ama á su Padre, no separándoles jamás en sus divinas ternezas. Y aquí también es por su Corazón, por medio de su Corazón, como el Verbo encarnado ama á la santísima Virgen, y comunica este filial amor á todos los corazones que se le sujetan. El amor que tenemos á la Virgen María, el amor con que la amaremos en el cielo por toda la eternidad, dimana, pues, como de su origen, del Corazón de Jesús.

Y lo mismo sucede con todo amor puro y legítimo, en el cielo y en la tierra: proviene de la Fuente única, de la Fuente viva del amor; del amantísimo y adorabilísimo Corazón de nuestro Salvador. Con demasiada frecuencia ¡ay! abusamos de este tesoro y apartamos de su verdadero objeto el amor que nos tiene nuestro Dios; pero, en sí mismo, este amor no por eso deja de ser un don purísimo, y profanarle es un verdadero sacrilegio.

De este modo, el Corazón que un tiempo palpita en la tierra y que palpita eternamente en el cielo en el sagrado pecho de Jesús, es el foco adorable y adorado del amor de Dios y del amor de las cria-

turas. ¡Oh! ¡cuánto debemos amarle! ¡Cómo debemos precipitarnos y perdernos amorosamente en este abismo de amor!

Pero, Salvador mío, soy pobre y miserable, y no puedo lanzar, como convendría, mi corazón sobre vuestro Corazón. Haced por mí, Jesús misericordioso, algo de lo que habéis hecho por algunos de vuestros escogidos; dignaos recibir mi débil corazón, y abismarlo, como el de vuestra sierva Margarita María, en el vuestro que está ardiendo de amor. Abrasadlo, derritid el hielo de su egoísmo natural, y no me lo devolvais sin que esté transformado en una llama de amor, que en adelante me haga amar todas las cosas como Vos y en Vos.

XII

Cómo la santísima Trinidad vive y reina en el Corazón de Jesús

El sagrado Corazón de Jesús es el santuario vivo de la santísima Trinidad, que en él vive y reina en toda su plenitud: prueba verdaderamente divina de su inefable excelencia.

El Padre eterno reside en este Corazón admirable, como en el corazón de su amadísimo Hijo, en quien tiene todas sus complacencias.

El Padre engendra eternamente á su Hijo; le co-

munica eternamente su vida eterna; así, pues, vive y reina con él en el tiempo, en su santa humanidad, con esta misma vida enteramente divina que le da en la eternidad. El Corazón de Jesús es, en efecto, como consecuencia de la unión hipostática, el Corazón mismo del Hijo eterno del Padre. ¡Qué infinita grandeza! ¡Cuánto debe amar el Padre celestial al divino Corazón de Jesús!

Oh buen Jesús, grabad Vos mismo la imagen de vuestro dulcísimo y humildísimo Corazón en nuestros pobres corazones. Haced que estos tampoco vivan sino vida de amor hacia vuestro padre celestial, que por Vos y en Vos se ha hecho nuestro verdadero Padre.

El Verbo eterno vive y reina en este Corazón real, que le está unido con la unión más íntima que puede concebirse, es decir, con la unión hipostática. En virtud de esta unión, este Corazón, Corazón de carne, Corazón creado, es el verdadero Corazón del Verbo eterno, y es digno de la misma adoración que se debe al Verbo, que se debe á Dios.

¡Qué reinado el del Hijo de Dios en su sagrado Corazón! En el hombre el corazón es el principio de la vida, el asiento del amor, del odio, de la alegría, de la tristeza, de la cólera, del temor y de todas las demás pasiones del alma. En el Corazón de Jesucristo estas pasiones no tenían ciertamente el carácter desordenado que tienen en nosotros, pues estaban siempre y absolutamente sumisas á su san-

tísima voluntad; pero existían plenamente en él, y estaban maravillosamente sujetas á la divina voluntad del Verbo eterno. ¡Cuán hermoso reino!

¡Oh Jesús! ¿No sois Vos con pleno derecho Rey de mi corazón? Vivid en él, y reinad así sobre mis pasiones. ¡Ay! no están ellas en mí, como en Vos, sujetas á vuestra santa voluntad. Unidlas á las vuestras perfectísimas, y no permitais que sigan jamás otra conducta que la vuestra, ni obren por otro fin que por vuestra gloria.

La tercera Persona de la augusta Trinidad, el Espíritu Santo, inseparable del Hijo y del Padre, vive y reina igualmente en el Corazón de Jesús de un modo inefable. Este Espíritu de amor concentra en él los tesoros infinitos de la ciencia y sabiduría de Dios; le llena en sumo grado de todos sus dones, según estas divinas palabras de la Escritura: «Y reposará en él el Espíritu del Señor; Espíritu de sabiduría y de entendimiento, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará del Espíritu de temor del Señor.»¹ El Espíritu Santo fecundiza el Corazón de Jesús y le hace producir, como á una tierra divina, los frutos tan deliciosos y suaves que nos enumera el apóstol san Pablo: «Los frutos del Espíritu Santo son: caridad, gozo, paz, pa-

1 Et requiescet super eum Spiritus Domini: Spiritus sapientiæ et intellectus, Spiritus consilii et fortitudinis, Spiritus scientiæ et pietatis, et replebit eum Spiritus timoris Domini. «(Isai. XI, 2.)»

ciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad.»¹

Inseparables unas de otras, y no siendo más que un solo Dios, las tres divinas Personas viven, pues, y reinan juntas en el Corazón del Salvador como en el trono más sublime de su amor, el primer cielo de su gloria, el Paraíso de sus más gratas delicias. En él derraman, por decirlo así, á porfía, con sobreabundancia, y profusión inenarrables, luces incomprendibles, inmensos océanos de gracias, torrentes de fuego y llamas infinitamente abrasadoras, y todas las efusiones de su eterno amor.

¡Oh santísima Trinidad, Dios mío! alabanzas infinitas os sean dadas siempre por todos los milagros de amor que obráis en el Corazón de mi amado Jesús. Os ofrezco el mío con el de todos mis hermanos, suplicándoos humildemente que entreis en completa posesión de ellos, que destruyáis en ellos todo lo que os desagrade, y que establezcáis en ellos soberanamente el reino de vuestro divino amor.

¡Oh santísima Trinidad, vida eterna de los corazones! reinad en mi corazón por siempre jamás.

1 Fructus autem Spiritus est: charitas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas, longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas. "(Galat. V; 22.)"

XIII

Que el Corazón de Jesús es Templo, Altar é Incensario
del divino amor

El amor increado y eterno, es decir, el Espíritu Santo, es quien se ha edificado este magnífico *Templo*, formándole de la sangre virginal de la Madre de amor.

Este Templo vivo ha sido consagrado y santificado por «el Pontífice santo, inocente, inmaculado, sublimado sobre los cielos; por el gran Pontífice que ha penetrado en los cielos, por Jesucristo Hijo de Dios.»¹ Ha sido consagrado por la unción de la divinidad. Está dedicado al Amor eterno. Es infinitamente más santo, más digno y más venerable que todos los templos, materiales y espirituales, que ha habido y habrá en el cielo y en la tierra.

En este Corazón, en este Templo augusto Dios recibe adoraciones, alabanzas y glorias dignas de su infinita grandeza. En este templo el soberano Predicador, que es el Verbo, es decir la palabra de Dios en persona, nos predica continuamente. En este Templo celestial y más santo que los cielos el Sacer-

¹ Pontifex sanctus, innocens, impolutus...., et excelsior caelis factus.—Habentis ergo pontificem magnum, qui penetravit caelos, Jesum Filium Dei. («Heb.» VII, 26 IV, 14.)

dote eterno ofrece á la majestad divina, en nombre de toda la creación, el sacrificio de adoración eterna, de eternas acciones de gracias, de amor eterno.

Este es el santuario, el centro de la santidad, que no conoce la profanación; y está adornado de todas las virtudes evangélicas y de todas las perfecciones de la divina esencia, como de otras tantas ricas esculturas y pinturas vivas. ¡Oh santa humanidad de Jesús! ¡Oh Corazón deífico, centro glorioso de esta humanidad tres veces santa!

¡Bendito séais, Dios mío, por haberos edificado á Vos mismo este maravilloso Templo y haberos dignado franquearme su entrada! Me atrevo á unirme á vuestro Jesús y mi Jesús para tributaros en el Templo de su Corazón las adoraciones, acciones de gracias y todos los demás homenajes debidos á vuestra soberana majestad.

Mas el Corazón de Jesús es, no solamente el Templo, sino también el *Altar* del divino amor. Sobre este Altar de oro puro arde día y noche el fuego sagrado de este mismo amor. Sobre este mismo Altar el Sumo Sacerdote Jesús ofrece continuamente toda suerte de sacrificios á la Santísima Trinidad. En primer lugar se ofrece y sacrifica á sí mismo como víctima de amor, como la más santa y preciosa víctima que hubo ni puede haber jamás. Sacrifica enteramente su alma y su cuerpo, su sangre y su vida, con todos sus pensamientos, palabras, acciones y todo lo que ha sufrido en la tierra. Y este sacrificio lo

ofrece perpétuamente sobre el Altar vivo de su Corazón, y lo ofrece con amor inmenso, infinito.

En segundo lugar, ofrece en sacrificio de adoración y de alabanzas todo lo que su Padre le ha dado, es decir, el cielo y la tierra, los Ángeles, los hombres, las criaturas todas, animadas é inanimadas; ofrécelas á la Majestad divina como otras tantas víctimas destinadas á dar gloria á Dios.

Ofrece también y sacrifica á la santidad de Dios las criaturas rebeldes que por el pecado huyen del amor: los malos cristianos, los impíos, los herejes, los réprobos, hasta los demonios. Sacrifica con la espada de la divina justicia á todos aquellos que se sus-traen á la dulce y libre inmolación del amor. Nadie le escapa; elegidos, ni condenados; Ángeles, ni demonios; ni la tierra, ni el cielo, ni el infierno.

Así es como Jesucristo, Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, se ofrece á sí mismo y ofrece todas las cosas con alegría enteramente divina¹ á la gloria de su Padre, sobre el Altar de su sagrado Corazón, el más amable y á la vez el más formidable de todos los altares.

¡Oh Jesús! ¡Jesús, amor mío! ¡Jesús, misericordia mía y mi dulce Dueño! ponedme, sin mirar mi indignidad, en el número de las víctimas de vuestro amor. Consumidme todo, como holocausto de este amor, en

1 *Lætus obtuli universa.* ("I Paralip.," XXIX, 17.)

el fuego divino que arde incesantemente sobre el Altar sagrado de vuestro Corazón.

Por último, el sagrado Corazón de Jesús es también el *Incensario* del divino amor; este Incensario de oro de que habla el Apocalipsis (cap. VIII), y que San Agustín explica del adorable Corazón de Jesús: «Vino un Angel á colocarse delante del altar, teniendo en su mano un incensario de oro; y le llenó de incienso, para ofrecer las oraciones de todos los Santos sobre el altar de oro que está delante del trono de Dios.»¹ Todas estas palabras están llenas de Jesús: ese Angel que ofrece á la majestad de Dios el incienso de las oraciones de los Santos en su incensario, es Jesús, el Angel de la nueva y eterna Alianza, que ofrece á su Padre las oraciones de todos sus siervos, uniéndolas á su divina oración. El incensario de oro puro es también Jesús, es el Corazón de Jesús: las áscuas ensendidas del amor llenan este Corazón sagrado, y quemando el incienso de la oración de los Santos, la hacen subir, como vapor embalsamado, hasta el trono del Señor. Ese altar de oro es Jesús, siempre Jesús. Finalmente, el trono de Dios es también Nuestro Señor, cuya santa humanidad es el verdadero trono donde reside la majestad de Dios.

¹ Angelus stetit ante altare, habens thuribulum aureum: et data sunt illi incensa multa, ut daret de orationibus Sanctorum omnium super altare aureum, quod est ante thronum Dei. («Apoc.» v, 3.)

En el incensario del Corazón Santísimo de Jesucristo son depositadas, para ser ofrecidas á Dios, para ser santificadas y deificadas, todas las adoraciones, alabanzas, súplicas, oraciones, afectos y aspiraciones de todos los Santos y Ángeles. Procuremos corresponder fielmente á este designio de la Providencia, poniendo en nuestro celestial Incensario todas nuestras oraciones, nuestros deseos, nuestras devociones, y todos los piadosos afectos de nuestro corazón. Coloquemos en él también nuestro corazón con todo lo que hacemos y todo lo que somos, suplicando al Rey de los corazones que purifique y santifique todas estas cosas, para ofrecerlas en seguida á su Padre como incienso purísimo, en olor de suavidad.¹

Sí, el Corazón de nuestro Salvador es el Templo, el Altar y el Incensario, al mismo tiempo que el Sacerdote y la Víctima, del divino amor. ¡Y todo esto por nosotros! ¡por nosotros, pobres y miserables, ejerce estas divinas funciones!

¡Oh amor! ¡oh exceso de amor! ¡Oh Salvador mío! ¡cuán admirables son vuestras bondades para conmigo! ¡Oh qué veneración y qué alabanzas debo tributar á vuestro sagrado Corazón!

¡Oh dulcísimo Corazón de mi Jesús! Haced que

¹ Offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.
(«Eclli.» XLV.)

sea yo todo corazón y todo amor por Vos; y que todos los corazones del cielo y de la tierra sean inmolados en alabanza y gloria vuestra!

XIV

Cómo el Corazón de Jesús es el principio de la vida del Hombre-Dios, de la vida de la Madre de Dios, y de la vida de los hijos de Dios.

Hay otra razón para admirar y adorar profundamente al Corazón de Jesús: tal es la de que Él mismo es el principio de su vida, y por consiguiente el principio de la vida de su Madre y de todos los fieles.

Jesús es la vida. Él mismo lo dijo: «Yo soy la Vida: *Ego sum Vita.*»¹ Su Corazón, que es la parte más excelente de Él mismo, es por consiguiente lo más excelente, lo más vivo que hay en Aquél que es la Vida. Este Corazón divino puede ser considerado con relación al cuerpo de Jesús y con relación á su alma; siendo para uno y otra como el principio de la vida.

Es considerado como principio de la vida del cuerpo de Nuestro Señor, porque de él, como de una fuente vivificante, se derrama por todos los miembros la sangre divina que es absolutamente neces-

1 Joan. XI, XIV.

ria para la vida de este adorable cuerpo. El Espíritu Santo lo ha dicho: «La vida de la carne está en la sangre.»¹ El calor de la vida reside en la sangre y la sangre parte del corazón.

El Corazón espiritual de Jesús, es decir, su alma santísima, unida á su corazón de carne y considerada en lo que tiene de más sublime, la inteligencia y el amor, es igualmente la base y el principio de la vida de Jesús; de esta vida que por razón de la unión hipostática de la naturaleza humana con la naturaleza divina en la persona del Verbo, puede con toda propiedad llamarse vida divina, vida de un Dios. De este Corazón deífico parten, para difundirse en el alma de Jesús, todos los torrentes de la luz divina y del divino amor.

El sagrado Corazón es, pues, en Jesús el principio de su vida: todos los pensamientos y afectos que el Hijo de Dios tuvo en este mundo por nuestra salvación, todas las palabras que dijo, todas las obras que hizo, todos los dolores que se dignó sufrir, la santidad y el amor incomprensibles con que hizo y sufrió todas estas cosas, en una palabra, todo en Él procedía de su divino Corazón, como los arroyos de su fuente.

Al sagrado Corazón de Jesús somos, pues, deudores de todo; del Corazón de Jesús proviene nuestra

¹ Anima enim omnis carnis in sanguine est. («Levit.» XVII, 11, 14.)

salvación. ¿Qué haremos para daros las debidas gracias, oh buen Jesús? Os ofreceremos ese Corazón adorable que Vos os habéis dignado hacer nuestro. Sí, os lo ofrezco con confianza en unión del amor infinito que le ha inspirado tantas cosas admirables para mi redención.

El Corazón de Jesús es además el principio de la vida de la Madre de Dios; pues así como el virginal Corazón de esta Madre admirable era el principio de la vida corporal y natural de su Hijo mientras le llevaba en su casto seno, así también el Corazón de este adorable Hijo era á su vez el principio de la vida espiritual y sobrenatural de su Santísima Madre. El Corazón deífico del Hijo de María era, pues, el principio de todos los piadosos pensamientos y afectos de su bienaventurada Madre, de todas sus santas palabras, de todas sus buenas acciones, de todas sus virtudes, y de la santidad maravillosa con que sufría tantas penas y dolores, cooperando con su Hijo en la obra de nuestra redención.

¡Oh Jesús, Salvador mio! alabado sea eternamente vuestro divino Corazón! En acción de gracias por lo que vuestra Santísima Madre y Madre nuestra se dignó hacer por nosotros, os ofrezco lo que más amais en el mundo después de vuestro Padre: el Corazón inmaculado de María, todo abrasado de amor á Vos.

En tercer lugar, el Corazón de Jesús es el principio de la vida espiritual y sobrenatural de todos los

hijos de Dios. Esta vida sobrenatural es como una expansión, una difusión de la vida enteramente divina que Jesús comunica á su Madre.

Siendo el Corazón de Jesús el principio de la vida de la cabeza, es también el principio de la vida de los miembros. Y siendo el principio de la vida de la Madre, es por lo mismo el principio de la vida de los hijos.

Semejante á aquella fuente misteriosa que brotaba en medio del Paraíso terrenal para derramarse desde allí por toda la tierra y fecundizarla, así el Corazón de Jesús está en medio de la Iglesia como la fuente universal de santidad, de la que brotan las aguas vivas del Espíritu Santo, aguas que saltan en nosotros hasta la vida eterna.

El Corazón de Jesús es el principio, el origen de todos los buenos pensamientos que han formado y formarán hasta el fin de los siglos y hasta en la eternidad las almas de todos los cristianos; el principio y origen de todas las santas palabras que han salido y saldrán de su boca; de todas las obras de piedad que han hecho y harán sus manos; de todas las virtudes que han practicado y practicarán; y, en fin, de todos los méritos que han adquirido y puedan adquirir trabajando, sufriendo, muriendo por Jesucristo.

¡Haced, Salvador mío, que todas estas cosas se conviertan en alabanzas eternas á vuestro Santísimo Corazón! Y pues me habéis dado este mismo Corazón para que sea el principio de mi vida, haced, si

es de vuestro agrado, que sea el único principio de todos mis sentimientos y afectos; que con su ardentísima caridad vivifique y mueva, como con una sangre mística, todas las potencias de mi alma, de suerte que no yo, sino él y sólo él viva en mí. Haced finalmente que sea vuestro Corazón alma de mi alma, espíritu de mi espíritu, corazón de mi corazón.

¡Oh Corazón de Jesucristo, principio de todo bien! ¡gloria á Vos en el cielo y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad!

XV

Que el adorable Corazón de Jesús es un horno de amor á la Santísima Virgen

He indicado ya, é insistiré en lo mismo, que, después de su Padre celestial, á nadie ha amado ni ama tanto Jesús como á su bondadosísima, santísima y dulcísima Madre.

Las gracias inefables de que ha colmado el Hijo de Dios á su bienaventurada Madre, muestran evidentemente que siente por Ella un amor sin medida y sin límites. Ámala incomparablemente más que á todos sus Ángeles y Santos, más que á todas las criaturas juntas.

En primer lugar, la bienaventurada Virgen es *la única*¹ á quien el Hijo de Dios ha escogido desde to-

1 Una est columba mea. ("Cant." VI, 8.)

da la eternidad para elevarla sobre toda la creación, para establecerla sobre el trono más sublime de la gloria y de la grandeza, y para confundirle la más prodigiosa de todas las dignidades, la dignidad de Madre de Dios.

Si de la eternidad descendemos á «la plenitud de los tiempos,» vemos que esta sacratísima Virgen es la única, entre los hijos de Adán, á quien Dios, por un privilegio enteramente especial, ha preservado del pecado original, y la ha hecho toda hermosa, toda pura, toda inmaculada, destinándola para aplastar la cabeza de Satán.

Y no solamente el amor del Hijo de Dios la preservó del pecado original, sino que además, desde el primer momento de su concepción inmaculada, la llenó de una gracia tan eminente, que sobrepuja á la gracia del más encumbrado Serafin, á la gracia de Adán inocente, á la gracia del mayor de todos los Santos. Y á consecuencia de este privilegio único, hizo la Santísima Virgen, ya en el primer momento de su vida, un acto de adoración y de amor más perfecto que el del más encendido Serafin.

En su amor filial, Nuestro Señor le concedió todavía más; concedióle á Ella sola amar y adorar á su Dios perfectamente y sin interrupción durante toda su vida; pudiendo decirse que desde el primero hasta el último momento de ella no hizo más que un acto de amor.

A Ella sola fué dado cumplir en un todo el primer

mandamiento divino: «Adorarás y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.»

A Ella sola fué dado engendrar de su propia sustancia á Aquél que de toda eternidad es engendrado de la sustancia del Padre. Ella dió una parte de su sustancia virginal y de su purísima sangre para formar el cuerpo adorable del Hijo de Dios: más aún, cooperó, y cooperó libremente, con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo á la unión de su sustancia con la persona adorable del Hijo de Dios; cooperando así al cumplimiento del misterio de la Encarnación, es decir, al mayor milagro que Dios ha hecho, y aún que pueda hacer jamás. ¡Qué privilegio, qué gloria para la Santísima Virgen!

Todavía más. La purísima sangre y la carne virginal que la Virgen María dió á Jesús en este inefable misterio de amor permanecerán unidas por toda la eternidad, en virtud de la unión hipostática, á la persona del Verbo encarnado, por cuya razón en la humanidad del Hijo de Dios; esta sangre virginal y preciosa carne de María son *adorables*, con la misma adoración que es debida á esta humanidad; y son efectivamente y serán para siempre objeto de las adoraciones de todos los Ángeles y Santos. También nosotros, mientras esperamos el cielo, las adoramos aquí en la tierra bajo el velo de la Eucaristía. ¡Oh amor de Jesús á María! ¡quién te poseyera!

Ella sola, esta Madre admirable, proporcionó la

sustancia de que fué formado el sagrado Corazón del Niño Jesús, y con su sustancia se alimentó y desarrolló durante nueve meses ese Corazón divino: de Ella hemos recibido el sagrado Corazón.

Ella sola es Madre y Virgen á la vez; Ella sola llevó en sus purísimas entrañas durante nueve meses á Aquél á quien el Padre eterno lleva en su seno desde toda eternidad; Ella sola, la dulce Virgen María, amamantó y dió vida á Aquél que es la Vida eterna y que da la vida á todo sér. La leche es como la flor y la esencia de la sangre de la madre: María nutrió con su leche al Niño-Dios y le hizo reposar durante dos ó tres años sobre su pecho como en delicioso lecho de descanso. Verdadera Madre del que es verdadero Dios, se ha visto obedecida por el soberano Señor del universo; y esto la honra infinitamente más de lo que podrían honrarla los homenajes de todos los séres que Dios ha creado y puede crear.

Ella sola vivió continuamente con el adorable Salvador durante los treinta y tres años que pasó en la tierra. ¡Cosa admirable! El Hijo de Dios vino al mundo para salvar á todos los hombres, y, sin embargo, para predicarles é instruirles no les dedicó más que tres años y tres meses de su vida, mientras consagró más de treinta años á su santa Madre para santificarla más y más.

¡Qué torrentes de gracias y bendiciones derramaría incesantemente, durante todo aquel tiempo, en el alma de su amadísima Madre, tan bien dispuesta á

recibir las! ¡ Con qué ardores y llamas celestiales el divino Corazón de Jesús, foco de amor ardentísimo, abrasaría cada vez más el Corazón inmaculado de su dulcísima Madre, especialmente cuando estos dos Corazones estaban tan próximos el uno al otro y tan estrechamente unidos, primero al llevarle en su seno virginal, después cuando le alimentaba con su leche y le tenía en sus brazos reclinado en su santo pecho, y por último cuando habitaba con Él en Nazaret, viviendo familiarmente con Él como una madre con su hijo, bebiendo y comiendo con Él, orando con Él y escuchando las palabras que salían de su augusta boca, semejantes á otras tantas brasas encendidas que inflamaban cada vez más su santísimo Corazón con el fuego sagrado del divino amor!

Para hacer más comprensible, si necesario fuese, la inmensidad del amor de Jesús á su purísima Madre, añadiremos que sólo Ella fué transportada en cuerpo y alma al cielo, en donde está sublimada sobre todos los coros de los Ángeles y Santos á la derecha de su Hijo; Ella sola ha sido coronada Reina de los Ángeles y de los hombres, Emperatriz de cielo y tierra; Ella sola tiene todo poder sobre la Iglesia triunfante, militante y purgante;¹ Ella sola tiene más crédito cerca de su Jesús que todos los moradores del

1 In Jerusalem potestas mea. ("Ecol." XXIV, 15.)

cielo juntos,¹ porque en el cielo conserva con su cualidad de Madre de Dios la autoridad que este augusto título le confirió sobre el Corazón de Jesucristo. Ella es en el cielo, como dice admirablemente San Bernardo, «la omnipotencia suplicante, *omnipotentia supplex.*»

¡Qué prodigios de gracias ha acumulado el Corazón de nuestro Salvador en su Santa Madre! ¿Y quién le ha obligado á esto sino el amor ardentísimo que abrasaba su Corazón filial respecto de su Madre?

Y la ama tanto, porque es su Madre; la ama á Ella sola más que á todas las criaturas juntas porque Ella le tiene más amor que todos los Ángeles y escogidos de cielo y tierra; la ama tan ardientemente, porque ha cooperado con Él en su grande obra de la redención y santificación del mundo.

¡Oh Corazón adorable del Hijo único de María! mi corazón está lleno de gozo viendo cuánto amais á vuestra dulcísima Madre. ¡Oh Jesús, Hijo de Dios y de María! inflamad mi Corazón en el amor que tenéis á vuestra Madre! Vos nos habéis dicho: «Ejemplo os he dado, para que, como yo he hecho, hagais también vosotros,»² Por esto me mandais que ame cuanto pueda á Aquella á quien Vos tanto habéis amado. ¡Oh

1 *Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra.* («S. Petr. Dam.»)

2 *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.* («Joan,» XIII, 15.)

Madre de amor! sí, os amo con todo mi corazón en unión de vuestro Jesús, que es también mi Jesús.

¡Amémosla todos á esta Santísima Madre; amémosla como Jesús, con Jesús y en Jesús! Y en adelante no tengamos más que un corazón con Jesús y María: un corazón que deteste lo que Ellos detestan, es decir, el pecado bajo todas sus formas: un corazón que ame lo que Ellos aman, particularmente la inocencia, la humildad y la abnegación.

¡Oh Madre de bondad! alcanzadnos esta gracia del Corazón amantísimo de vuestro Hijo!

XVI

Lo que fué el Corazón de Jesús para su Santísima Madre durante su Pasión

Siendo Jesús el hijo más perfecto, el mejor hijo que haya existido, sintió con dolor amarguísimo la repercusión de los terribles dolores que su amadísima Madre tuvo que sufrir durante toda su vida, principalmente en los días de su Pasión. Los dolores de Jesús eran los de María, y los dolores de María eran los de Jesús.

Llegado el día de su acerba Pasión, Nuestro Señor, obediente hasta la muerte á su Santa Madre lo mismo que á su Padre celestial, pidió á la Santísima Virgen, en común sentir de los Santos, consentimien-

to para llevar á cabo su sangriento sacrificio, y Ella se lo dió con un amor y un dolor inconcebibles. Jesús le dió á conocer sus futuros sufrimientos, y le pidió que en ellos le acompañara en espíritu y en cuerpo.

Así, pues, María ofreció su Corazón, y Jesús entregó su cuerpo; y de esta suerte la Madre tuvo que sufrir en su Corazón todos los tormentos de su Hijo, y el Hijo tuvo que sufrir á la vez torturas inconcebibles en su cuerpo, y en su sagrado Corazón las del Corazón de su Madre.

Después de su tierna despedida, el Salvador fué á abismarse en el océano inmenso de sus dolores, llevando, como aguda saeta atravesada en su Corazón, el pensamiento y las desolaciones de Aquella á quien Él amaba sobre todas las cosas. Por su parte, la Santísima Virgen, entrando en profunda oración, empezó á acompañarle interiormente y á participar de las angustias de su agonía. María decía con Jesús: «Señor, cúmplase vuestra voluntad y no la mía.»¹

Durante la terrible noche de la Pasión, la Santísima Virgen siguió en espíritu á su querido y adorable Jesús, vendido traidoramente, abandonado, maltratado, cubierto de insultos y ultrajes, abofeteado, escupido. ¡Qué noche! El Corazón de Jesús no dejó un solo instante el Corazón desgarrado de su Madre, y le enviaba incesantemente gracias extraordi-

1 Non mea voluntas, sed tua fiat. («Luc.» XXII, 42.)

narias para que pudiera sufrirlo todo sin morir. Entre otras gracias, le envió San Juan, su discípulo amado, que ya no la dejó, y fué el único entre los Apóstoles que la acompañó hasta el pié de la Cruz y hasta el sepulcro.

Sabiendo que se acercaba el momento en que debía seguir, no sólo con el corazón, sino también personalmente, á la Víctima divina hasta el sangriento altar del sacrificio, salió al clarear el día, acompañada de San Juan, de María Magdalena y de otras santas mujeres. Pronto, confundida entre la turba del pueblo, vió á su Hijo, su Señor, su Dios, y su único Amor; vióle pálido y desfigurado, arrastrado como vil malhechor del palacio de Caifás al de Pilatos, del palacio de Pilatos al de Herodes, y otra vez al de Pilatos, vestido de blanco en señal de loco. Vió á su dulce é inocente Cordero azotado y bañado en sangre en el pretorio; y luego, cubierto con andrajoso manto de púrpura, con irrisorio cetro de caña en sus manos, y coronado de espinas, ser mostrado á un pueblo ebrio de furor, y por último condenado á muerte. En sus oídos resonaba la horrible blasfemia: «¡Crucifícale, crucifícale! No tenemos otro rey que el César!»¹

Y durante todo este tiempo Jesús miraba á su Madre, á veces con los ojos del cuerpo, siempre con los

¹ Crucifige, crucifige eum. Non habemus regem nisi Cæsarem. ("Joan." XIX, 6, 15.)

del Corazón! ¡Qué de angustias en esta mirada! Imitando al inocente Cordero que se dejaba inmolar en silencio, María, como Oveja de Dios, lloraba y sufría en silencio. Sólo el silencio podía convenir á semejantes dolores.

Pónese en marcha el lúgubre cortejo. La Oveja podía seguir á su Cordero por el rastro de su sangre. Con esta sangre divina mezclaba la de su Corazón, es decir, sus lágrimas. Vió á su Amado, á su Jesús, caer bajo el peso de la Cruz. Vióle subir la cuesta del Calvario. Vióle, después de clavado en el terrible madero, elevarse como ensangrentada bandera de salvación y de esperanza, de amor y de justicia, de vida y de muerte, dominando la multitud. El amor la obligó á aproximarse lo más que pudo á su adorable Hijo, y durante aquellas horas interminables sufría con Jesús dolores que jamás podrá el hombre comprender; dolores divinos, en expresión de San Buenaventura. Todo lo que Jesús pendiente de la Cruz sufría en su alma y en su cuerpo, lo sufría la Madre de los Dolores en su Corazón.

Y desde lo alto de la Cruz, á través de las lágrimas y de la sangre que oscurecían sus ojos, el Redentor contemplaba á su Santísima Madre, y daba á sus sufrimientos un mérito que sólo Él medir podía. La sacratísima Oveja y el divino Cordero se miraban en silencio y se comunicaban sus dolores. Y á medida que el sacrificio avanzaba á su término, á medida que la santa Víctima entraba en las angustias de

la muerte, el sufrimiento inenarrable de Jesús, y por consiguiente de María, de María y por consiguiente de Jesús, subían, subían siempre como la marea de los grandes mares. Este sufrimiento llegó á su colmo cuando, consumado todo, el Verbo eterno crucificado exhaló su último grito de horrible angustia y de triunfo, inclinó la cabeza y entregó su espíritu. Jesús espiró mirando á su Madre. María fué la primera que recibió aquella divina mirada en Belén, cuando el Hijo de Dios vino al mundo; justo era que fuese también la última en gozar de ella cuando el misterio de la Redención se consumaba en el Gólgota.

¡Oh! ¡quién pudiese sondear los misterios de amor y de dolor contenidos en aquella última mirada de Jesús moribundo! Esta caía sobre la más pura de todas las criaturas, sobre la Virgen inmaculada, sobre la Hija predilecta del Padre Eterno, sobre la Madre de Dios-Hijo, sobre la Obra maestra y Esposa del Espíritu Santo. Caía sobre la mejor de las madres; sobre la que Jesús amaba más que á todas las criaturas de la tierra y de los cielos; sobre la compañera fidelísima de toda su vida y de todos sus trabajos.

Desde lo alto de la Cruz, el Corazón de Jesús nos dió por Madre á todos y á cada uno la Santísima Virgen en la persona de San Juan. Sí, del fondo de ese Corazón lleno de amor han salido estas dos palabras escritas en caracteres de fuego en el corazón de los verdaderos cristianos: «¡Hé ahí á vuestro Hijo!» y «¡Hé ahí á vuestra Madre!» ¡Recibir por Ma-

dre á la inmaculada Madre de Dios! ¡qué legado! ¡qué donación tan divina! Bien se reconoce en ella al sagrado Corazón de Jesús: sólo Él era capaz de semejante exceso de ternura! ¡Así se venga de los pecadores, dándoles su Madre inmaculada!

¡Oh buen Jesús! inocentísimo Cordero, que tanto sufristeis en vuestra Pasión y que visteis el Corazón virginal de vuestra Madre abismado en un océano de dolores! enseñadme, si os place, á acompañaros como Ella en vuestras aflicciones.

Enseñadme á odiar el pecado y á ser un buen hijo para con vuestra Madre. Pobre corazón mío, tan débil y tan culpable, ¿no te derretirás de dolor viendo que eres la causa de los indecibles dolores de tan Santa Madre y tan dulcísimo Salvador?

¡Oh Jesús crucificado, amor de mi corazón! ¡Oh María, mi consuelo y Madre mía! imprimid en mi alma un gran desprecio de las vanidades y placeres mundanales, y haced que tenga siempre ante mis ojos vuestros sagrados dolores, á los cuales deberé mi salvación y mi eterna felicidad.

XVII

Que el Corazón adorable de Jesús es una hoguera de amor
á las tres Iglesias, triunfante, militante y purgante

El sagrado Corazón de Jesús es el foco de donde parten todos los rayos y todos los ardores que llenan de pureza, de hermosura, de beatitud y de amor á la Iglesia del cielo, á la de la tierra y á la del purgatorio. Las llamas omnipotentes de este divino Corazón abrasan también el infierno, con los demonios y los réprobos; pero no son sino las llamas vengadoras de su amor despreciado, «los ardores eternos,» del eterno amor, que envuelven en la tremenda santidad de la justicia á todos los que han rechazado la suave santidad del amor.

El sagrado Corazón penetra, ilumina y beatifica la Iglesia del cielo. Remontémonos con el pensamiento á las bienaventuradas mansiones donde Jesús nos prepara un lugar. ¿Qué son ese número infinito de Ángeles, de Santos, de Patriarcas, de Profetas, de Apóstoles, de Mártires, de Confesores, de Virgenes de Bienaventurados de toda edad y condición; qué son sino otras tantas llamas de la inmensa hoguera del Corazón del Santo de los Santos?

¿No es la bondad y el amor, no es la gracia de este divino Corazón quien les ha creado á todos, quien les ha iluminado con la luz de la fe, quien les ha

hecho cristianos, quien les ha dado fortaleza para vencer al demonio, al mundo y á la carne, quien les ha adornado con todas las virtudes, quien les ha santificado en este mundo y glorificado en el otro, quien ha encendido en sus corazones fieles el amor que tienen á Dios, quien ha llenado sus bocas de sus divinas alabanzas, ¿El que es la fuente de todo lo que hay en ellos de grande, de santo y de admirable? Si, pues, en el decurso del año celebramos tan magníficas fiestas en honor de estos mismos Santos, si les tributamos un culto tan solemne y legítimo, ¿qué no debemos hacer para honrar, celebrar y glorificar al divino Corazón, principio de la santidad de todos los Santos, de la beatitud de todos los Bienaventurados!

El Corazón de Jesús es el Corazón del Paraíso y el sol de la gloria de ese hermoso cielo viviente á donde, por su misericordia, esperamos llegar un día.

Si de la Iglesia del cielo descendemos á la de la tierra, vemos también en ella las maravillas del Corazón y del amor de Jesucristo, corazón y vida del mundo de la gracia, como es el corazón y la vida del mundo de la gloria.

¿No es el amor de Jesús quien, al constituir su Iglesia militante, ha puesto á cubierto la fe de los cristianos por medio del infalible Papado y de la santa jerarquía de los Pastores? ¿No es él quien ha fundado el sacerdocio y quien nos envía nuestros sacerdotes, es decir, nuestros salvadores, nuestros directores, nuestros guardianes, nuestros padres espirituales,

nuestros verdaderos consoladores? Si poseemos la verdadera fe, si somos cristianos, ¿á quién lo debemos sino al mor divino, al sagrado Corazón de Jesucristo?

Nadie más que Él ha agotado, por decirlo así, en los Sacramentos de la Iglesia todas las maravillas, todas las invenciones de su infinita misericordia. ¡Qué tesoro de amor el Bautismo, donde Jesús, aplicándonos la plenitud de los méritos de su sacrificio, nos purifica y santifica tan gratuitamente, que al recibir este gran Sacramento ni siquiera hemos sabido que le recibíamos! ¿Qué hombre hubiera sido capaz de encontrar en su corazón semejante pensamiento?

¡Qué tesoro de misericordia el inefable sacramento de la Penitencia, donde el amor divino, sin sacrificar nada de su infinita santidad, va todavía mucho más léjos que en el Bautismo, pues derrama el perdón con profusión admirable, y lo perdona todo, y perdona siempre al que de veras se arrepiente! ¡Oh Corazón adorablemente bueno de mi Salvador! ¡oh misericordia verdaderamente divina!

Y ¡qué tesoro de amor puede compararse á la Eucaristía, llamada por esta razón «el Sacramento de amor!» En él únese el cielo á la tierra; y bajo aquel blanco velo reside real y corporalmente en nuestros altares el Rey de los Ángeles y de los Santos, el buen Jesús, el Corazón de Jesús. Está en medio de nosotros, de día y de noche, sin cuidarse de su propia gloria, sin buscar otra cosa que nuestro corazón y nuestra felicidad. No hay madre que pueda olvidar-

se tanto de sí misma por amor de su hijo. Y sin embargo ¿qué es el corazón de una madre sino el sinónimo de la ternura, del amor, de la abnegación? Pues mucho más que esto es para su querida Iglesia el Corazón de Jesús.

¿Y qué diremos de los demás Sacramentos? ¿Qué del Evangelio, de la Escritura, de las mil instituciones de caridad y misericordia, corona de la santa Iglesia en toda la tierra? ¿Qué de las santas indulgencias y de todos los demás tesoros de la gracia?

Todo esto, sí, todo esto no es más que la radiación del amor del sagrado Corazón de Jesús. ¡Oh Señor! qué inestimable gracia la de haber nacido y de vivir en el seno de vuestra Iglesia! Esto es verdaderamente haber nacido y vivir en vuestro divino Corazón, en el seno de vuestro amor.

Por último, también la Iglesia purgante está llena de las sagradas llamas del Corazón de Jesús. Verdad es que en el purgatorio domina la santidad de la justicia; pero también tiene allí el amor su gran parte: pues si no hubiese purgatorio, el paraíso permanecería cerrado para la mayor parte de los hombres. ¿No es en efecto una verdad de fe que «en el reino de los cielos no puede entrar nada manchado?»¹ ¿No es igualmente cierto que, aun entre los fieles habidos por más perfectos, apenas hay quien lleve una vida tan pura, y haga una penitencia tan perfecta, para

1 Non intrabit in eam aliquid coinquinatum. (Apoc. XXI, 27.)

que después de muerto pueda inmediatamente y á pié llano entrar en el cielo? La Iglesia del purgatorio debe, pues, enteramente su existencia y su salvación, así como sus inquebrantables y eternas esperanzas, al misericordioso Corazón de Jesús.

De este Corazón de bondad parten además todos los consuelos que mitigañ las expiaciones de los fieles en el purgatorio. Jesús les envía para consolarles su santa Madre, y excita incesantemente en los corazones de los fieles de la tierra ese celo tan caritativo y ardiente para aliviar primero y libertar después á esas pobres almas, por medio de la santa Misa, de la sagrada Comunión, de las indulgencias, limosnas y demás obras buenas que aconseja la Iglesia.

Tan grande es, pues, el amor infinito de Dios á su Iglesia, en cielo, tierra y purgatorio. Tal es su adorable Corazón, del que salen y al que vuelven, para descansar en él eternamente, todos los que tienen la dicha de conocer al verdadero Dios, de adorarle, de amarle y de servirle.

Alaben sin fin vuestras bondades todas las criaturas, Corazón amabilísimo de Jesús, y canten incesantemente á vuestra gloria un himno de amor y adoración. Conservad vuestra gracia á los justos, purificad á los pecadores, iluminad á los ciegos, tened misericordia de todos los fieles difuntos. Sednos siempre consuelo en nuestras penas, remedio en nuestros males, fuerza y refugio en las tentaciones, nuestra esperanza durante la vida, nuestro asilo en la muerte. Así sea.

XVIII

Que el Corazón de Jesús es una hoguera de amor
para cada uno de nosotros

Lo que Nuestro Señor es para todos sus fieles en general, lo que ha hecho por todos, esto es y hace también para cada uno en particular. Cada uno de nosotros es, por decirlo así, el mundo compendiado de Jesús, el compendio de su Iglesia, de su creación natural y sobrenatural.

Por tanto puedo resumir en dos palabras lo que el Hijo de Dios hace por mí, lo que hace por cada uno de nosotros individualmente, á saber: me saca de un abismo de males, y abre ante mi fidelidad un mundo de bienes y de felicidades sin fin.

Por el pecado original nací en un estado de degradación y de muerte, cuyo horror ni aun puede concebir mi entendimiento: era *hijo de ira*,¹ según la terrible expresión de la Escritura; era enemigo de mi Dios y objeto de su maldición. Estaba excomulgado por la Santísima Trinidad, anatematizado por el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, separado de la compañía de los Ángeles, desterrado de la casa de mi Padre celestial, excluido del Paraíso, privado de ver á Dios. Estaba perdido sin remedio.

1 Eramus natura filii iræ. («Ephes.» II, 3.)

Estaba en pecado, es decir, en el mal de los males, en la causa única de todos los males que desolan la tierra y el infierno, el tiempo y la eternidad. ¡Oh qué sima es el pecado! Sin ser infinito en la criatura que le comete y que no es capaz de lo infinito, es sin embargo en sí mismo un mal verdaderamente infinito, porque viola la santidad de Dios, que es infinita; porque ofende á una majestad, á una bondad, á un poder, á una sabiduría infinitas; y por esto merece en estricta justicia una pena infinita, al menos en cuanto á la duración.

Para expiarle digna y plenamente, es necesaria una víctima de una dignidad infinita, esto es, divina. Aun cuando todos los Ángeles, todos los Serafines y todas las Virtudes de los cielos llegaran á encarnarse, y á sufrir, y á morir; aún cuando todos los Santos, desde el principio hasta el fin del mundo, juntaran sus méritos, sus oraciones, sus penitencias, sus lágrimas, sus buenas obras; aun cuando todos derramaran hasta la última gota de su sangre; aun cuando ¡oh prodigio! la santísima é inmaculada Virgen María ofreciera á Dios los inefables méritos de su vida y de su muerte, el abismo del pecado permanecería siempre abierto, sin que pudiese llenarse el lado por donde es infinito con los esfuerzos de ninguna criatura. El abismo del pecado no es otro, en efecto, que el abismo del infierno.

Luego, si mi Salvador en su infinita misericordia y bondad, sea mil veces bendito, no se hubiese hecho

hombre para venir á salvarme; si no hubiese llorado y sufrido por mí miserable; si su divino sacrificio no me hubiese rescatado de la muerte, y muerte eterna, ninguna criatura, ni en el cielo ni en la tierra, hubiera podido sacarme del abismo del pecado, ni librarme de la muerte y del anatema, ni aun refrigerarme por medio de aquella gota de agua que el rico avariento (tipo del condenado) pide en vano hace tanto tiempo.

No obstante, por una dicha incomprendible, me encuentro fuera de ese abismo de infidelidad; y ¿á quién lo debo? ¿á quién? ¡Oh Jesús! Vos lo sabéis: ¡sólo á Vos! Sí, vuestro amor infinito, vuestro sagrado Corazón, órgano y foco de este amor; la bondad inmensa, la infinita misericordia y el amor incomparable de vuestro Corazón son los que me han salvado! Esas llamas sagradas me han dado la vida y han apagado las llamas de mi horrible infierno.

Y esto lo habéis hecho gratuitamente, y más que gratuitamente, pues me encontraba ante Vos, no sólo desnudo de todo mérito, sino como un réprobo, asqueroso, horrible y hediondo. ¡Qué gracia la vuestra, Dios mío! ¡Qué misterio de amor!

Y lo que Jesucristo ha hecho por mí al admitirme al Bautismo, lo ha renovado sobreabundantemente mil y mil veces, lo renueva incesantemente en el sacramento de la Penitencia, perdonándome siempre; sí, siempre, siempre; perdonándomelo todo, sin cansarme nunca, ¡ah! sin saber vengarse más que con el perdón!

Esto ha hecho por mí el Corazón de mi Jesús. «¿Qué le daré en acción de gracias? Tomaré el cáliz de salud,»¹ y ofreceré á mi celeste Bienhechor un sacrificio digno de Él. Orando un día Santa Teresa delante del Santísimo Sacramento, se encontraba como agobiada por el peso de las misericordias divinas, y experimentaba grande angustia por no poder agradecerlas como convenía. Entonces salió una voz del Tabernáculo, que le dijo: «Manda celebrar una misa; esto basta.» También yo tomaré, para ofrecéroslo en acciones de gracias *infinitas*, la sangre de ese mismo Sacrificio que me ha redimido y salvado. Recibidla, Señor Jesús, como recibisteis en el seno de vuestro Padre el sacrificio de Abel, y no permitais que pierda jamás por mi infidelidad el fruto de vuestra pasión y muerte.

XIX

Que este amor del Redentor resplandece maravillosamente entre todos los bienes de que nos ha colmado su Corazón

La misericordia de Nuestro Señor me ha librado del pecado y del infierno. Pero esto no es más que el lado negativo de lo que su amor infinito se ha dig-

¹ Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam. («Psalm.» CXV.)

nado hacer por mí: el lado positivo, el bien que me ha merecido, es mil veces más precioso todavía. Si me ha librado de *todo mal*, ha sido para darme *todo bien*. Sí, todo bien; porque con su cielo, con su bienaventuranza y su eternidad se me entrega á sí mismo, y como decía á Santa Ángela de Foligno, Él es *el Todo-Bien*.

¿Qué bien hay comparable á la posesión del cielo, es decir, la posesión de la felicidad perfecta y eterna, del perfecto y eterno gozo, del perfecto y eterno amor? El cielo es el seno de Dios en el cual la criatura deificada se encuentra abismada, con Jesucristo, por Jesucristo y en Jesucristo, en el océano de la luz divina y de la eterna bienaventuranza. El cielo es el Amor convertido en nuestra vida, nuestro estado, nuestra atmósfera, nuestro todo. No más temores, no más lóbregues, no más privaciones, no más desfallecimientos, no más separaciones, no más lágrimas, no más sufrimientos; al contrario, sobreabundancia inconmensurable é inmutable de todos los bienes, sea del espíritu, del corazón, ó de los sentidos. Vivir con Jesús y María, con los bienaventurados Serafines, Querubines, Arcángeles y Ángeles, con todos los Santos, con todos los elegidos; ver á Dios cara á cara, poseer á Dios por completo, gozar de Dios, estar lleno de la paz y alegría de Dios; y esto para siempre, sin inquietud, sin posibilidad de perder una sola gotita de aquel océano de felicidad..... ¡Qué perspectiva, Dios mío!

¡Qué dicha ser eternamente compañero de los Ángeles, vivir la vida de los Ángeles, estar revestido de su gloria, gozar de su bienaventuranza; en una palabra, «ser semejante á los Ángeles!»¹

¡Qué dicha ocupar para siempre la categoría de hijos de Dios, ser eternamente miembros glorificados del Unigénito de Dios, coherederos y hermanos suyos!²

¡Qué felicidad ser con Jesús rey de un reino eterno, poseer el mismo reino que el Eterno Padre ha dado á su Hijo, sentarse á su mesa con María y con todos los escogidos!³ ¡Qué gloria estar revestido del celeste manto de luz, del vestido real y glorioso del Rey de reyes!

En el cielo nos sentaremos en un mismo trono con el soberano Monarca de cielos y tierra;⁴ descansaremos con nuestro Salvador en el seno de su Pa-

1 Erunt sicut Angeli Dei in cœlo.... Sunt sicut Angeli in cœlis.... Æquales, enim Angelis, sunt. («Matth.» XXII, 30; «Marc.» XII, 25; «Luc.» XX, 36.)

2 Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei. Si autem filii et hæredes; hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi. («Rom.» VIII, 17.)

3 Et ego dispono vobis sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo. («Luc.» XXII, 29) Charitatem quam dedisti mihi, dedi eis. («Joan.» XVII, 22.)

4 Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo. («Apoc.» III, 21.)

dre;¹ poseeremos todos los bienes de Dios;² seremos, en fin, enteramente transformados en Dios,³ es decir, estaremos llenos y penetrados de todas las perfecciones de Dios, más íntimamente que el hierro metido en la fragua está revestido y penetrado de las cualidades del fuego. En Jesucristo no formaremos más que uno sólo con Dios, no por unidad, sino por unión; lo que Dios es por naturaleza y por esencia, lo seremos nosotros por gracia y por participación.

¡Oh Señor, qué felicidad tan grande é incomparable la del cielo! Y aún todo lo que conozco de él es nada en comparación de la realidad. Vos mismo me lo habéis dicho: «¡Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano puede comprender lo que Dios tiene reservado á los que le aman!»⁴

Y ¿á quién debo yo la inmensidad desconocida de este celestial é incomprensible tesoro? Al amor misericordioso é infinito del Corazón de mi Salvador. Al darse á mí, me ha dado todo lo que hay en la tierra:

1 Pater, quos dedisti mihi, volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum. . . . Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris. ("Joan." XVII, 24; 1, 18.)

2 Amen dico vobis super omnia bona sua constituet eum. ("Matth." XXIV, 47.)

3 Nos vero omnes, revelata facie gloriam Domini speculariter, in eandem imaginera transformamur á claritati in claritate, tamquam á domine spiritu. ("II Cor." III, 18.)

4 Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quæ præparavit Deus iis qui diligunt illum. (I Cor, II, 9.)

su Iglesia, su Vicario, su verdad, sus Sacramentos, su Eucaristía, su Cuerpo y su Sangre, su Madre, su santa cruz, todas sus gracias, todas sus riquezas espirituales; y en el cielo me espera para ser Él mismo mi bienaventuranza y mi recompensa sin medida.

¡Gracias, pues, gracias infinitas al Corazón de mi Dios por sus inefables dones!¹ Sí, todo lo tengo en Jesucristo; y su sagrado Corazón, donde reposo si le soy fiel, es el abismo de todo bien, que me libra del abismo de todo mal.

¡Oh buen Jesús! ¡perdonad á todos los que no os aman! ¡Ah! ¡cuán grande es su número! ¿No es verdad que, aún en los países cristianos, multitud de hombres tratan á este adorable Salvador como si nada le debiesen? ¿No es verdad que le tratan casi como enemigo, olvidándole, blasfemándole, descuidando su servicio, burlándose de sus sacerdotes, de su Vicario, de su santa Iglesia, riéndose de la Confesión, ridiculizando la Eucaristía, llegando algunas veces á ultrajar á su santísima Madre?

Sin embargo, ¿qué más hubiera podido hacer para atestiguarles su amor?² «Si fuese posible, decía un día á Santa Brígida, si fuese posible que yo sufriese los tormentos de mi Pasión tantas veces cuantas al-

1 Gratias Deo super inenarrabili dono ejus. ("II Cor." X, v 15.)

2 Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ, et non feci? ("Isai." V, 4.)

mas hay en el infierno, gustoso los sufriría.» Y en recompensa, la mayor parte de aquellos á quienes ha rescatado y enriquecido con sus dones, vuelven á crucificarle. Si, á crucificarle; pues quien peca mortalmente «crucifica de nuevo en sí mismo al Hijo de Dios....., le pisotea, desprecia la Sangre de la alianza, en la que ha sido lavado y santificado.»¹

¡Dios mio! agradecemos profundamente cualquier demostración de afecto, el más insignificante servicio que se nos preste; ¿qué digo? profesamos cariño á un animal que nos divierte ó nos es útil en algo; y ¿dejaremos de amar á Dios, que es nuestro Criador, nuestro misericordioso Redentor, nuestro fidelísimo amigo, nuestro bondadosísimo hermano, nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestro soberano bien, nuestra vida, nuestro corazón; á este Dios, que es todo corazón y todo amor por nosotros?

«¡Oh hijos de Adán! Redentor tenéis; venid á Él, que bueno y misericordioso es para los que quieren ser redimidos. Fuente de agua viva es; río caudaloso, que procede del trono de Dios, que sin recibir de nadie, á todos da largamente sin que sus corrientes se mengüen: corred, sedientos, á apagar vuestra

1 *Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei.... Quanto magis putatis deteriora mereri supplicia qui Filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit, in quo sanctificatus est et spiritui gratiæ contumeliam fecerit. ("Hebr.," VI, 6; X, 29.)*

sed. Mina es sin término de los tesoros eternos; los que os desentrañais por adquirir riquezas que apenas se dejan ver de los ojos, corred codiciosos, que nunca tantos¹ llevará uno que no resten para repartir á los demás, infinitos. Venid, ciegos, á la luz; afligidos, atormentados, al gozo sin fin; venid, presos á la libertad; desterrados, á vuestra patria; muertos, á la vida. ¿Qué aguardais? venid, que buen Dios tenéis. ¿Qué hacéis atados, como viles bestias, á los pesebres del mundo, royendo paja de vanos gustos sin juço ni sustancia de bien? Romped vuestras ataduras; corred, que buena y rica mesa os espera, abastecida de verdaderos deleites y regalos sin tasa. ¡Oh hijos de Adán! despertad, que la luz se os entra por vuestras puertas; abrid, no os quedéis á oscuras y en tinieblas de muerte.»²

1 Tesoros.

2 Pronunció estas palabras inspiradas la sierva de Dios, Doña Sancha Carrillo, momentos antes de su muerte, según se contiene en su «Vida» escrita por el P. Martín de Roa.

XX

Que el sagrado Corazón de Jesús nos ama como
su Padre le ama á Él

El mismo día de la institución de la Eucaristía, estando todavía en el Cenáculo, Nuestro Señor dirigió á sus Discípulos una palabra admirable, salida como ardiente llama del fondo de su Corazón: «Os amo: *Ego dilexi vos.*»¹ Parémonos aquí un poco, y meditemos bien esta palabra.

¡Oh cuán dulcemente suena en los labios del soberano Señor del universo, del Dios de la eternidad! ¡Cuán buena y consoladora es para el alma verdaderamente cristiana! «Os amo,» dice Jesús.

Si un gran rey se dignase entrar un día en la choza del último de sus vasallos para decirle: «Te amo, y he venido aquí expresamente para decírtelo,» ¡qué gozo no sentiría aquel pobre hombre!

Si un Angel del cielo ó un Santo, si la misma immaculada Virgen María, Reina de todos los Santos, se dignase aparecerse de repente á algún pobre pecador, y decirle públicamente en presencia de todos: «Te amo; tuyo es mi corazón!» ¡qué pasmo, qué transportes no experimentaría aquel pecador!

1 Joan. XIII, 34; XV, 9, 12

Pues bien, ved aquí infinitamente más; ved al Rey de reyes, al Santo de los santos, al soberano Señor del cielo, bajar expresamente acá abajo para decirnos á nosotros, pobres pecadores: «Os amo:» Yo, Criador de todas las cosas; Yo, que gobierno todo el universo; Yo, que poseo todos los tesoros del cielo y de la tierra; Yo, que hago todo lo que quiero, sin que nadie pueda resistir á mi voluntad; Yo os amo! *Ego dilexi vos.*

¡Qué consuelo, dulce Redentor mío! ¿No hubiera sido ya demasiado decirnos: «Pienso algunas veces en vosotros: fijo mi vista en vosotros una vez al año; tengo algunos buenos designios sobre vosotros?» Mas no: queréis asegurarnos que nos amáis, y que vuestro divino Corazón está lleno de ternura por nosotros; por nosotros, que nada somos; por nosotros, gusanos de la tierra, criaturas ingratas que os hemos crucificado, y que tantas veces hemos merecido el infierno!

Pero ¿cómo nos ama el adorable Corazón del Salvador? Escuchad: *Sicut dilexit me Pater*,¹ os amo como me ama mi Padre; os amo tan de Corazón, con el mismo amor con que mi Padre me ama á Mí.

¿Y cuál es ese amor con que Dios Padre ama á su Hijo? Es un amor que reúne cuatro grandes cualidades; cualidades que se hallan por consiguiente en el amor que Jesús nos tiene.

Es ante todo un amor *infinito*, es decir, sin límites y sin medida: amor incomprensible é inefable; amor tan grande como la esencia misma de Dios. Medid, si podéis, la extensión y grandeza de la divina Esencia, y mediréis la del amor del Padre á su Hijo Jesús; solamente entonces podréis medir la grandeza y extensión del amor que nos tiene Jesús.

En segundo lugar, el amor del Padre á su Hijo es *eterno*. La eternidad es la duración invariable, inmutable; la duración perpétua, sin principio ni fin. ¡Oh Jesús, Verbo eterno! bien merecéis este amor, que compensa del todo las defecciones de vuestras criaturas, ya rebeldes, ya simplemente débiles, tías, inconstantes.

Pues bien, con ese mismo amor eterno con que Jesús es amado de su Padre, nos cabe la dicha de ser amados de Jesús; porque, es preciso no alvidarlo, en su Encarnación, aunque hombre verdadero, continúa siendo la segunda Persona de la Santísima Trinidad, la Persona eterna del Unigénito de Dios. Jesucristo, pues, nos ama con amor verdaderamente eterno.

No bastará la eternidad para devolver amor por amor, un amor sin fin por un amor eterno. ¿Y qué hacemos nosotros en el tiempo? ¿Amamos á Jesucristo? ¡Ay! ¡cuán ingratos somos perdiendo este precioso tiempo, semilla de la eternidad, en amar la tierra y sus bagatelas!

En tercer lugar, el amor del Padre celestial á su

Hijo es *universal*, es decir, que llena todos los corazones del cielo y de la tierra. Llena el cielo; pues el Padre ama á Jesús con todos los Ángeles y Bienaventurados. Llena la tierra; porque ama también á Jesucristo en unión de los corazones de todos los fieles. En efecto, ¿qué es en el fondo ese divino amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, sino el amor sustancial y personal, el Espíritu de amor, el Espíritu Santo?

Con este mismo amor me ama mi Salvador. Ese mismo Espíritu es el que á todos se nos ha dado, y el que difunde ese amor en nuestros corazones.¹ Jesús me ama por el corazón y en el corazón de la Santísima Virgen, de San José, de cada uno de sus Ángeles y Santos. ¡Qué inmensidad! Me ama por el corazón y en el corazón de todos los miembros de su Iglesia, comenzando por el Papa, por mi Obispo, por todos los sacerdotes que aman y cuidan de mi alma, por todos mis bienhechores.

Más aún: por un efecto de este admirable y universal amor, prohíbe á todos los hombres, bajo pena de pecado y de condenación, que dañen á mi alma, á mi cuerpo, á mi reputación y á mis bienes; y además de esto les manda que sean verdaderamente hermanos míos, amándome como á ellos mismos. ¿Es posible llevar más lejos la solicitud del amor?

Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis. (*Rom.* V, 5.)

Así, como dice San Agustín, «el cielo y la tierra, y todo lo que contienen, no cesan de decirme que debo amar á mi Dios.»¹ ¡Dios amándome en todas partes; y yo, ingrato, ofendiéndole en todas! ¡Ah! no lo permitais ya más, bondadosísimo Salvador, antes bien haced que os ame y bendiga siempre.

Finalmente, el amor que el Padre tiene al Hijo es *esencial* y total, es decir, un amor de todo su sér. Este divino Padre ama á su Hijo Jesús con todo lo que es, siendo todo amor para con Él. El amor que Jesucristo se digna tenernos es igualmente un amor esencial, un amor total, pues nos ama con todo lo que es y con todo lo que tiene. Su divinidad, su humanidad, su alma, su cuerpo, su sangre, todos sus pensamientos, palabras y acciones; sus privaciones, humillaciones y sufrimientos; su vida y su muerte; sus méritos y su gloria; todo en Él está empleado en amarnos.

Pero, sobre todo, emplea en amarnos su sagrado Corazón, como lo ha declarado á muchos Santos, en particular á Santa Brígida, cuyas revelaciones gozan de gran crédito en la Iglesia, diciéndole que en la cruz aquel Corazón adorable se había abierto bajo la presión del dolor y del amor. «Mi Corazón, le dijo Jesús, estaba sumido en un océano de sufrimientos. Ví á mi Madre y aquellos á quienes yo amaba bajo el

¹ Cœlum et terra, et omnia quæ in eis sunt, non cessant mihi dicere ut amem Deum.

peso de la aflicción: mi corazón se partió bajo la violencia y el esfuerzo del dolor, y entonces fué cuando mi alma se separó de mi cuerpo.»

¡Gran Dios! y por mí se cumplieron estas divinas maravillas; yo indignísimo pecador, soy el objeto de aquel *exceso*¹ de que hablaban Moisés y Elías con Jesús glorificado en el Tabor! ¡Jesús me ama con el mismo amor con que le ama su Padre, amor infinito, eterno, universal, esencial!

¿Cuándo, pues, abriré los ojos para no perder de vista el amor que me tiene mi Salvador? ¿cuándo amaré con todo mi corazón á este buen Jesús, que se digna amarme tanto, y que para estar todavía más seguro de obtener mi corazón, me promete una eternidad bienaventurada, si consiento en devolverle amor por amor? Y como si esto no bastase, me amenaza con el fuego eterno del infierno si rehusó amarlo.

¡Oh Jesús! de hoy más quiero amaros como Vos me amais: totalmente, sin restricciones, con todas veras, con *todo* mi corazón. Tened piedad de mi flaqueza, que me hace desfallecer tan á menudo en este querer mío, no obstante ser muy sincero.

Ayudadme Vos, Virgen Santísima, á ser en lo sucesivo constante y enteramente fiel á vuestro divino Hijo.

1 Moyses et Elias. . . . dicebant excessum ejus, quem complecturus erat in Jerusalem. (*Luc. IX, 31.*)

XXI

Cuánto ha sufrido por nosotros el Corazón adorable
de Jesús en su Pasión

Toda la vida pasible y mortal de nuestro Salvador fué un continuo ejercicio de caridad, de misericordia y de sufrimientos por cada uno de nosotros; pero durante su santa Pasión es cuando nos testificó especialmente su amor, sufriendo terribles tormentos en su cuerpo y alma para librarnos de los horribles suplicios del infierno y alcanzarnos la felicidad eterna del cielo. Mira su cuerpo adorable todo cubierto de llagas y bañado en su sangre; su sagrada cabeza atravesada de punzantes espinas; sus piés y manos traspasados por los clavos; su carne divina toda desgarrada en sangrientos girones; su cuerpo pendiente y dislocado en la cruz; todos sus sentidos saciados de horrores y dolores, hasta que al fin la crueldad de los hombres, á fuerza de tormentos, le arranca el alma del cuerpo, y arremetiéndole, aún después de muerto, uno de sus verdugos le hunde una lanza en el costado y le abre el Corazón.

Pero si Jesús sufrió por nuestro amor tantos dolores en su cuerpo, mucho más horribles han sido los dolores de su alma, las llagas invisibles de su sagrado Corazón.

Podían contarse las llagas de su cuerpo; mas ¿quién podrá contar las de su Corazón? ¿Y cuáles son esas llagas misteriosas?

Son en primer lugar las llagas que le han abierto todos los pecados del mundo. Un día mostró Nuestro Señor á Santa Catalina de Génova, bajo una forma sensible y simbólica, la enormidad del menor pecado venial. Asegura la Santa que, aun cuando esta visión no duró más que un momento, cayó inmediatamente en una especie de agonía, y habría muerto en el acto si Dios no la hubiese sostenido sobrenaturalmente. «Aunque estuviese metida en el fuego, dice, y para salir de él me fuese preciso ver otra vez lo que se me ha mostrado en este día, preferiría quedarme en el fuego.» ¿Qué habría, pues, experimentado si la visión hubiese sido del pecado mortal?

Ahora bien, Jesucristo con una luz infinitamente mayor, puesto que era divina, veía desde el fondo de su agonía de lo alto de su cruz, *todos* los pecados, mortales y veniales, cometidos por todos los hombres y por cada uno de ellos en particular, y estos pecados le causaban un horror igualmente divino, es decir, perfecto y absolutamente incompresible. Cada uno de nuestros pecados ha sido una llaga profunda para el sagrado Corazón de Jesús. Contad, si podéis, todos los que se han cometido y se cometerán ¡ay! en toda la tierra y en todos los tiempos, desde Adány

Eva hasta el Anticristo; y contaréis las llagas del Corazón de Jesús.

En segundo lugar, las llagas de este divino Corazón son todas las que han atormentado los cuerpos de sus Mártires; son todos los sufrimientos y aflicciones de los fieles, que Jesús siente en su bondadosísimo Corazón más que los mismos que las sobrellevan. ¿No sufre el corazón de una madre todo lo que sufre su hijo, más, por decirlo así, que este mismo hijo? Pues bien, lleno por nosotros el Corazón de Jesús de una bondad y ternura verdaderamente infinitas, calculad la amargura y profundidad de los sufrimientos de amor que sobre Él descargaron, sobre todo durante su Pasión.

Jesús ha sufrido, pues, todos mis dolores, ha cargado con todas mis penas, sean cuales fueren, de espíritu, de corazón y de cuerpo: todas eran otras tantas heridas mortales para su sagrado Corazón. ¡Oh! ¡de cuántas he sido yo solo la causa, ya por mis pecados, ya por las mil penas que hayan amargado mi vida! ¡Cuán bueno sois, divino Jesús! ¡y cuán adorable es vuestro Corazón!

Postrado en espíritu ante vuestra cruz, árbol de mi salvación, hago firmemente dos resoluciones que vuestra gracia me ayudará á cumplir: la primera es velar más que nunca sobre mí, para no recaer en el pecado, sin lo cual sería yo del número de aquellos de quienes habláis, oh Salvador mío, por boca de vuestro Profeta: «Añadieron dolores á mis dolores, y he-

ridas á mis heridas.»¹ ¡Oh, que jamás vuelva á caer en tal desgracia!

La segunda resolución es unirme á Vos en todas mis penas, interiores ó exteriores, para santificarlas todas, y sacar consuelo y vida de donde por mi amor sacásteis Vos desconsuelo y muerte.

Misericordiosísimo Corazón de Jesús, os doy gracias y me reconozco, mil veces indigno de vuestras bondades.

XXII

Misericordias del Corazón de Jesús en el sacramento de la Penitencia

El sacramento de la penitencia puede llamarse maravilla del Corazón de Jesús. En este, más que en los otros Sacramentos, abre el Salvador á todos los hombres ese divino Corazón que tanto les ha amado. En este Sacramento brilla de un modo especialísimo la omnipotencia de su misericordia y bondad, todos los días y en toda la tierra, con prodigios de todo género.

La beata Margarita María veía al sagrado Corazón con sus llamas, su cruz y su corona de espinas,

¹ Super dolorem vulnerum meorum addiderunt. (*Psalm* LXVIII, 27.)

como en un trono resplandeciente de gloria. ¿No es este trono una hermosa figura del tribunal de la Penitencia, en el que la gloria de Dios no resplandece menos en milagros de misericordia que en el Sacramento del altar en prodigios de amor y santidad? ¿Cuál es, en efecto, en la tierra la gloria por excelencia de Dios sino la conversión de los pobres pecadores, la resurrección y la salvación de las almas?

Desde lo alto de este trono de compasión y de paciencia divinas, de inefables misericordias y de perdón inextinguible, el Corazón de Jesús, vivo y palpitante en el corazón de sus sacerdotes, arde de amor por los pobres pecadores y devora ávidamente sus pecados en sus divinas llamas. De allí irradia la esperanza; allí derrama á torrentes la sangre de la redención.

La sangre de Jesús, la sangre del Corazón de Jesús, es como el alma de este gran Sacramento. Este es un compuesto de celestial santidad que purifica, de ternura que alivia y consuela, de compasión que conmueve y ablanda los corazones, de ardores sagrados que abrasan, y en fin, y sobre todo, de amorosa caridad. Esto es la Confesión, esa Confesión que tanto espanta á los que no tienen la dicha de «creer en el amor que nos tiene Dios.»¹

1 Et nos cognovimus, et credidimus charitati, quam habet Deus in nobis. (I, Joan. IV, 16.)

Un día, después de confesarse, escribía Santa Catalina de Sena estas palabras llenas de profundidad: «He ido á la Sangre de Cristo: *Ivi ad sanguinem Christi.*» Ir á la Sangre de Jesús ¿no es ir á su Corazón, es decir, á la fuente y al foco de su amor? ¡Y hay hombres, hay cristianos que temen acercarse á este Sacramento! ¡Oh Sangre divina, Sangre de amor y de infinita misericordia! á tí vengo, precisamente porque soy pecador. Por mí fluyes; á mí me aguardas, como el padre del hijo pródigo aguardaba á su pobre hijo, ¡Sí, iré á tí, oh Sangre purificadora y santificante! ¡iré á tí con corazón contrito y humillado, pero lleno de confianza! ¡Qué gozo poseer este rico tesoro de la Confesión! ¡Y con cuánta verdad es la Esposa de Jesucristo esta misericordiosa Iglesia católica, que posee el trono de la misericordia del Corazón de Jesús!

Bien podemos decir sin reparo que el sacramento de la Penitencia es el triunfo del sagrado Corazón de Jesús. En él aparece mucho más misericordioso todavía que en el sacramento del Bautismo; pues en éste (al menos en el Bautismo de los niños,) la gracia del perdón no borra más que una mancha de la cual el pecador no es personalmente responsable; mientras en el de la Penitencia esta misma gracia se dilata, se extiende todavía más, y no conoce otros límites que los que le impone la mala voluntad de esos infelices sin juicio llamados pecadores impenitentes. Es de fe que en la Confesión el sacerdote puede

perdonarlo todo, absolutamente todo, sin excepción; y la Iglesia quiere que el sacerdote lo perdone todo, cuando el pecador da verdaderas señales de arrepentimiento. ¡Oh misericordia del Salvador! Ni para esto ofrecen obstáculo las recaídas, siempre que provengan de la fragilidad humana; pues Jesús llama al perdón á los débiles como á los fuertes, á los pobres como á los ricos, á todos los que tienen buena voluntad. Después del altar, que es el trono del santo amor, en ninguna parte es más grande ni más admirable el sacerdote católico que en el confesonario, trono de la divina misericordia.

Las llamas con que allí arde el sagrado Corazón no sólo aniquilan nuestros pecados, sino que además apagan las llamas eternas del infierno que por ellos merecíamos; y aún, si nuestra contrición es perfecta, la Iglesia nos enseña que las llamas del Corazón misericordioso de Jesús apagan también el fuego del purgatorio.

Con sus amorosas llamas el Corazón de Jesús abraza, dilata y derrite á la vez el Corazón del confesor, llenándolo de caridad y de dulzura, y el corazón del penitente, llenándolo de contrición, purificándolo hasta en sus menores escondrijos é inundándolo de felicidad y de alegría.

Y todo esto es el fruto de la cruz y de la corona de espinas; el fruto de la Pasión de Jesucristo, cuyos méritos infinitos se nos aplican en el sacramento de la Penitencia.

Dadme, pues, mi buen Salvador, que ame como debo este maravilloso Sacramento, y que á él recurra á menudo con vivísimos deseos de aprovecharme de las santas efusiones de vuestra sangre. Haced que me confiese siempre bien, que sea muy sincero en la manifestación de mis pecados, muy leal con mi conciencia, que huelle el orgullo y los respetos humanos, y que reciba siempre la absolución con las santas disposiciones que vuestro Corazón comunica á los corazones fieles, y que en ellos quiere que resplandezcan.

XXIII

El sagrado Corazón y el santísimo Sacramento

El sagrado Corazón de Jesús reside en medio de nosotros en la tierra, al mismo tiempo que en el cielo. Inseparable de la santísima y adorabilísima humanidad de Jesucristo, de la cual es como el centro y la vida, este divino Corazón, tan amante y tan amado, reside en cada una de nuestras iglesias bajo los velos eucarísticos, como es de fe.

A menudo olvidamos la realidad de esta viva presencia de Nuestro Señor en la tierra. En teoría todos creemos en ella (sin esto seríamos herejes), pero no todos en la práctica; y esta es quizá la causa principal de esa tibieza, de esas mil y mil faltas que so-

mos los primeros en lamentar. No tenemos, al menos en la medida que sería necesario, *el espíritu de fe* en la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía.

Lo mismo sucede relativamente á su sagrado Corazón. Le miramos muchas veces como una especie de abstracción celestial, bellísima contemplada de lejos, pero inaccesible. Si tuviésemos una fe más viva, le veríamos presente en el altar en medio del sagrado pecho de Jesús, y entonces ¡cuántas gracias esta fe viva atraería sobre nuestras almas!

Desde el fondo de su tabernáculo Jesucristo nos aguarda, nos llama: como á la beata Margarita María, nos muestra y á la vez nos abre su Corazón abrasado de amor: «¡Mirad, nos dice, ved aquí el Corazón que tanto ha amado á los hombres, y de los cuales en pago de mi amor no recibo más que ingratitudes y ultrajes!» El altar es, en efecto, el trono del divino amor, como el tribunal de la Penitencia es el trono de la divina misericordia. De lo alto de este el Corazón de Jesús se entreabre para perdonar y purificar: de lo alto de aquel se da sustancialmente, se abre para amar, para fortificar, para santificar.

En el altar el sacerdote de Jesús tiene en sus manos consagradas el Cuerpo y el Corazón del Hijo de Dios, y en el santo cáliz contempla y bebe la misma Sangre que partiendo del sagrado Corazón vivificaba la carne del Verbo humanado. Y como la Eucaristía es por excelencia el misterio del amor, puede

decirse que el sacerdote católico es verdaderamente el consagrante, el depositario y el dispensador del sagrado Corazón de Jesús.

Cuando comulga en la santa misa, recibe en su interior este divino Corazón y esta Sangre adorable. Le recibe, y le recibimos también nosotros cuando comulgamos, con todas sus llamas, con todos sus ardores. ¡Foco vivísimo de amor es la Comunión, donde se come y bebe el Amor eterno, Jesucristo, su carne, su Corazón y su Sangre gloriosos!

Lo que el amor de nuestro Salvador hace en el misterio de la Eucaristía presenta un cúmulo tal de prodigios, que en vez de hablar de ellos, siéntese uno inclinado, por respeto, á callar y adorar. Todo lo que de esto se puede decir es nada.

San Bernardo llama á este gran sacramento «el amor de los amores, *amor amorum.*» Ciertamente, el amor, sólo el amor impulsa á Nuestro Señor á encerrarse bajo esa humilde apariencia, despojado de todo esplendor, y á morar así en esta tierra de miserias, de lodo y de impurezas, expuesto á mil y mil ultrajes, y esto hace diez y nueve siglos, y hasta el fin de los tiempos, hasta su segundo advenimiento.

El amor es el que obliga á Jesús á vivir en medio de nosotros para cubrirnos á los ojos de su Padre celestial, como la gallina cubre y protege con sus alas á sus polluelos. Allí, sobre el altar, su divino Corazón, supliendo á la flaqueza de su Iglesia militante, hace subir incesantemente al cielo adoraciones, ala-

banzas, acciones de gracias, súplicas y oraciones dignas en un todo de la majestad divina. «Siempre vivo para interceder por nosotros,»¹ ama por nosotros y nos obtiene gracias. Nos bendice con incesantes bendiciones, según la bella expresión de San Pedro: «Dios os ha enviado á su Hijo para bendeciros.»²

El amor, sí, el amor le ha hecho resumir en el santísimo Sacramento todos sus misterios de misericordia y ternura,³ pues allí está, bajo los velos eucarísticos, como Criador y Señor eterno de los Ángeles y de los hombres, del cielo y de la tierra, santificador de todos los elegidos, Santo de los Santos, Cabeza y Soberano pontífice de la Iglesia, Rey de los Patriarcas y Profetas, Salvador y Redentor. Allí está con la gracia del misterio de la Encarnación, con su largo sacrificio de treinta y tres años, con todas sus palabras y todos sus milagros; allí con todo lo que ha obrado en el alma santa de su Madre, en su Iglesia y en todos sus elegidos; allí, en fin, con todo el mundo de la gracia y todo el mundo de la gloria, de que es principio, centro y vida. ¡Qué océano de amor encierra la Eucaristía!

1 Semper vivens ad interpellandum pro nobis. (*Hebr.* VII, 25.)

2 Deus suscitans Filium suum, misit eum benedicientem vobis. (*Act.* III, 26.)

3 Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus; escam dedit timentibus se. (*Ps.* CX.)

¡Y todo este misterio de los misterios, este Amor de los amores, no es en el fondo otra cosa que vuestro sagrado Corazón, oh dulcísimo Jesús! Y nosotros ingratos correspondemos á este prodigio de bondad olvidándole en el silencio de sus Tabernáculos, y mostrándonos con él más fríos, más duros, y más insensibles que el mármol de los altares!

·XXIV

Cómo en la sagrada Comunión el Corazón de Jesús nos purifica nos ilumina y nos deifica en su santo amor

Imaginad, si podéis, toda la caridad, todos los amorosos afectos habidos y por haber en todos los corazones que la omnipotente mano de Dios ha formado y puede formar; imaginadlos unidos y como condensados en un corazón bastante capaz para abarcarlos á todos; decidme, ¿no formaría esto un foco de amor verdaderamente incomprensible? Pues bien (y es de fe) esto no sería nada, por decirlo así, en comparación del amor *infinito* en que arde el Hijo eterno de Dios por nosotros, por cada uno de nosotros, en su sagrado Corazón, y por consiguiente en el Santísimo Sacramento del altar.

Así, pues, cuando comulgamos tenemos la dicha de recibir en nuestro cuerpo y en nuestra alma al divino Jesús con el tesoro infinito de su Corazón y de

su amor. Entra en nosotros todo abrasado, y ¿qué quiere sino abrasarnos también con el fuego sagrado en que arde? «Fuego vine á poner en la tierra, dice, ¿y qué quiero sino que arda?»¹

Para corresponder más fácilmente á este deseo del Corazón de Jesús, entiéndase que el fuego de que habla, es un fuego que purifica, que ilumina, que santifica, que transforma, que deifica: el fuego de su santo amor.

Es un fuego que *purifica*. Cuando tenemos la dicha de comulgar dignamente, las sagradas llamas del Corazón de Jesús purifican nuestra alma hasta de sus menores manchas. Como el oro en el crisol, nuestra alma se derrite de amor en el Corazón de Jesús, y las mil pajitas imperceptibles que alteraban su pureza son devoradas por el fuego del divino amor. La sagrada Comunión ha sido instituida, dice el Concilio de Trento, «para preservarnos de los pecados mortales, y para librarlos de nuestras faltas cotidianas.»² Estas faltas veniales que se ocultan á la humana fragilidad, lejos de apartarnos de la Comunión frecuente, deben por el contrario excitarnos más á ella, como la enfermedad nos hace desear el médico y el remedio. La sagrada Comunión es el remedio

1 Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? (*Luc. XII, 49.*)

2 Ut à peccatis mortalibus præservemur, et à culpis quotidianis liberumur.

directo que el Médico celestial nos ofrece para purificarnos, para desembarazarnos de nuestros pecados veniales; y en este Sacramento el fuego del amor es el que obra esta saludable purificación.

En segundo lugar, el fuego del Corazón eucarístico de Jesús *ilumina*. En la Eucaristía Jesús es como el sol, que da luz al mismo tiempo que calienta. La Comunión es un foco de amor que ilumina, que fortifica, que aumenta los esplendores de la fe, que disipa en nuestra alma las ilusiones y las tinieblas con que el infierno trata sin cesar de oscurecerla, y que nos hace entrar cada vez más en la admirable luz de Jesucristo,¹ en las espléndidas realidades de la fe. Al comulgar, sobre todo, es cuando debemos decir con toda confianza á Jesús: «Señor, aumentad nuestra fe.»² Y Él nos abrirá con amor los tesoros de luz celestial de que es sol y foco su divino Corazón.

En tercer lugar, el fuego del amor de Dios *santifica*. No sin fundamento el acto de recibir el sacramento de la Eucaristía, es llamado en la Iglesia «la *sagrada* Comunión, la *santísima* Comunión.» Ella nos santifica, es decir, nos desprende de la tierra uniéndonos más y más al Rey de los cielos. Hace que viva y crezca en nosotros Jesucristo, el Santo de los Santos; y alimenta en nosotros todas las virtudes que

1 De tenebris vos vocavit in admirabile lumen suum.
(1, Petr. II, 9.)

2 Domine, adauge nobis fidem. (Luc. XVIII, 5.)

constituyen la santidad cristiana. El amor de Jesús en la Eucaristía es el verdadero alimento de los imperfectos que desean alcanzar la perfección, de los pecadores penitentes que resuelven enmendarse y ser fieles siempre más, de los débiles que quieren hacerse fuertes. ¡Oh santísimo Cuerpo! ¡oh santísimo Corazón de mi Dios! haced que reporte de mis Comuniones todos los frutos de santidad que vuestro amor ha depositado ellas.

El fuego del Corazón de Jesús en la santa Comunión es también un fuego que *transforma*. Así como el fuego material transforma el oro, la plata, los metales más duros, y de sólidos los vuelve líquidos, de groseros y ásperos los convierte en sutiles, puros y brillantes; así también el fuego del santo amor de Jesucristo hace que nuestras Comuniones obren insensiblemente en nosotros una transformación maravillosa, como que de mundanos nos hacen cristianos y espirituales; de negligentes, tibios y disipados que éramos antes de frecuentar el sacramento del Amor, nos transforman poco á poco en hombres recogidos, fervorosos, llenos de celo; cambian nuestros gustos y la dirección de nuestra vida, nos vuelven mansos y humildes de corazón, castos, amantes de nuestros hermanos hasta el sacrificio; en una palabra, concluyen por transformarnos en otros tantos Cristos; y á fuerza de alimentarnos con la Bondad, la Pureza, la Santidad, que no son otra cosa que Jesucristo mis-

mo, nos hacen llegar á ser buenos, puros y santos de un modo sobrenatural.

Finalmente, el fuego del sagrado Corazón de Jesús que abrasa nuestras almas cuando recibimos á Jesucristo en la Comunión, es un fuego que *deifica*. Sí, la gracia y el amor de Dios llegan hasta el punto de hacernos partícipes de su naturaleza divina, como Él mismo lo declara: *Divinæ consortes naturæ*.¹ Y aunque la gracia comienza ya esta deificación en el Bautismo, debe comprenderse, no obstante, que sin la santa Comunión no podría desarrollarse, ni aún subsistir; como la vida que recibimos al nacer no podría desarrollarse ni subsistir sin el alimento que la nutre de continuo.

«Sois dioses é hijos del Excelso,»² nos dice el Señor: ¿es sorprendente que dioses, que hijos de Dios se alimenten con la carne y la sangre del Unigénito de Dios, que reside real y verdaderamente en la Eucaristía bajo las apariencias de pan?

¡Y todos estos prodigios, Salvador mío, no reconocen otra causa que vuestro adorable amor! todos manan de una fuente única, que es vuestro sagrado Corazón, presente y encendido en medio de vuestra celeste humanidad, y contenido juntamente con ella en el gran Sacramento del altar.

1 II. Petr. 1, 4.

2 Ego dixi: Dii estis, et filii Excelsi, (*Psalm. LXXX, 6.*)

¡Oh! haced que me abrase, que se abrasen también todos vuestros sacerdotes, todos vuestros fieles, hombres y mujeres, niños y ancianos, ricos y pobres, todos sin excepción, en vivas ansias de recibirnos en este Sacramento de amor! Hacednos comprender á todos que comulgar es amarnos; que comulgar con frecuencia y bien dispuestos es amarnos perfectamente.

¡Gloria y amor al Corazón de Jesús en el santísimo Sacramento del altar!

XXV

Que el Espíritu Santo une íntimamente nuestro corazón
al Corazón de Jesús

En el misterio de la gracia, Jesucristo, Rey de la Gloria, se digna unirse interior y espiritualmente á nosotros para comunicarnos su vida divina, sus virtudes y su santidad. La gracia es un misterio todo de amor; y como el amor tiende siempre á unir, es un misterio de unión.

Jesús, que nos ama, nos une á sí, no con unión material, grosera é imperfecta, sino toda celestial, espiritual y divina; y esta unión la verifica por el Espíritu Santo y en el Espíritu Santo. Por parte de su divino Padre, nos da por pura gracia, por pura bondad, ese Espíritu adorable que es el Amor y la *Unión*

en persona. Es muy natural que la unión junte: de manera que la primera cosa que hace en nosotros el Espíritu Santo, cuando se nos da en el Bautismo, es unirnos á Jesús, y por Jesús á Dios Padre. Esta unión de la gracia es una unión toda de amor, pues nace del amor de Dios y de Jesús; la verifica el amor mismo, que es el Espíritu Santo, y tiende soberanamente á hacernos amar con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas á Aquel que se digna amarnos tanto.

Esta unión es espiritual, interior, santificante, sobrenatural, celestial, deificante; es la vida de nuestra alma, el germen del cielo y el principio de la vida eterna.

«Nuestro corazón se encuentra así unido por el Espíritu Santo, Espíritu de amor, al sagrado Corazón de Jesús, que desea verle semejante á sí, es decir, todo celestial, todo divino. ¡Misterio de hermosura! Mi corazón se ve unido al corazón de su Dios; desde este mundo se ve atraído, arraigado, fijo en el cielo en el sagrado Corazón de Jesús, que le comunicará amorosamente la vida de la gracia, como prenda de la vida gloriosa que le prepara en el Paraíso! ¡Qué perpetuas adoraciones no debo yo á este divino Corazón que vive y palpita en el mío! ¡con qué amor no debo agradecer este tesoro de amor!

Mi corazón está unido al Corazón de Jesús como los sarmientos de la viña están unidos á la vid. Gracias á esta unión, la sávia de la vid pasa á los sar-

mientos, les vivifica y comunica sus propiedades. Separado de la vid, el sarmiento muere, no puede dar fruto. Unido á la vid, florece, se cubre de espeso follaje, y produce bellos y deliciosos racimos que el sol dora y hace madurar. El Corazón de Jesús es la vid, y mi pobre corazón el sarmiento. La sávia del Corazón de Jesús es el Espíritu Santo, el Espíritu de gracia y de amor. Del Corazón de Jesús pasa este divino Espíritu á mi corazón, y difunde en todas las potencias de mi alma las mismas disposiciones, los mismos sentimientos que llenan el Corazón de mi divino Maestro. Me comunica su luz, su fuerza, su bondad, su humildad, su dulzura, su paciencia, su pureza, su caridad adorable, su desprendimiento, su amor al sufrimiento, su perfecta santidad. Fecundiza mi corazón; le hace producir mil odorantes flores de buenos pensamientos, de piadosos afectos, de santos deseos; le hace producir frutos abundantes, es decir, toda suerte de buenas obras, de preciosos sacrificios, que el Sol de la Iglesia, el santísimo Sacramento del altar, dora y hace madurar maravillosamente. El misterio de la gracia es, en efecto, inseparable del misterio de la Eucaristía; la vida es inseparable del Pan de vida; el amor llama al Pan de amor. La Comunión hace madurar y consume los frutos de gracia.

En el fondo de mi corazón debo, pues, buscar el vuestro adorable para unirme á él en el amor, ¡oh mi Salvador Jesucristo! Allí encuentro el reino de Dios, vuestro reino, y á Vos mismo, que reináis en mí

en vuestro Espíritu.¹ ¡Oh qué tesoro! Este es el tesoro de la parábola del Evangelio. Para adquirirlo, para conservarlo venderé todo cuanto poseo, y compraré el campo en que está oculto. Este campo es vuestra gracia; es vuestro dulce y santo amor.

¡Oh Corazón de Jesús! Corazón adorable y adorado, quiero permanecer en Vos todos los días de mi vida y hasta en la vida eterna, en donde me hará entrar vuestra misericordia, no obstante mi indignidad.

¡Bendito sea Jesús de mi corazón! ¡Bendito sea el Corazón de mi Jesús!

XXVI

Admirable ejemplo de la unión del alma fiel
con el sagrado Corazón de Jesús

En el mismo siglo en que la Providencia suscitaba á la bienaventurada Margarita María para la glorificación del sagrado Corazón de Jesús, los misterios de este Corazón adorable eran manifestados á una santa Religiosa carmelita, sor Margarita del Santísimo Sacramento. Esta margarita del Carmelo era una flor no menos preciosa que la del jardín de la Visitación. Extendióse á lo lejos su buen olor, y San

1 Regnum Dei intra vos est. (*Luc.* XVII, 21.)

Vicente de Paul y otros santos varones le tenían singular veneración.

Sor Margarita del Santísimo Sacramento recibió de Nuestro Señor una gracia análoga á la de Santa Gertrudis y de la beata Margarita María. Juntaba en un mismo amor el Santísimo Sacramento y el sagrado Corazón, y este amor la absorbía toda.

Entre los numerosos favores sobrenaturales de que estuvo llena la vida de sor Margarita, refiere su historiador que uniéndosele un día Jesús más estrechamente aún que hasta entonces, le abrió su divino Corazón y la ocultó en aquel Santuario. «Mostrósele, dice, su Corazón como una inmensa hoguera de amor, en la cual la encerró de día y de noche por espacio de más de tres semanas. Allí bebió tantas gracias en su fuente misma y llegó á tal grado de santidad, que sus progresos parecieron mayores en un solo día que lo habían sido antes en años enteros.

«Algunas veces este Corazón divino, abrasándola toda como un fuego vivísimo, consumía sus imperfecciones; otras se hallaba sumergida en él como en un abismo de caridad que la abrasaba de tal suerte, que hasta su cuerpo sentía sus ardores: ora el amor de Jesús la arrobaba con tal impetuosidad, que se la veía levantada del suelo, hermosa é inflamada como un Serafín; ora parecía bañada en su arrobamiento como en una fuente de santidad: tan pronto se encontraba en él como sumergida en la inocencia misma; como, en fin, era allí toda embalsamada de pureza.

«Notó en el Corazón de Jesús un doble movimiento de dilatación y de compresión; y Jesús le hizo comprender que su sagrado Corazón se comprimía como para llenarse del divino Espíritu, para amar á su Padre celestial, para ofrecerse á Él en sacrificio, para anonadarse ante su infinita majestad, para entrar en su vida divina, para unirse á todas sus adorables perfecciones y tributarle los debidos homenajes; y que por el contrario se dilataba para difundir su Espíritu en todos sus miembros y comunicar á su Iglesia, que es su Cuerpo, el calor y la vida.

«En este Corazón adorable divisó un océano sin fondo y sin límites, océano de amor á Dios su Padre, una posesión y un goce de su divina bondad, un reposo en su infinita beatitud, una calma y una paz que sobrepujan toda inteligencia, un tesoro incomprendible de todas las virtudes, que brillaban allí con una belleza, una elevación, una extensión y un esplendor tan grandes, tan inefables, que había con que llenar una infinidad de mundos.

«Vió también cómo este divino Corazón, en medio de tantas riquezas y beatitud, había estado anegado en profundos abismos de amarguísimos sufrimientos; que bajo el peso de los pecados de los hombres había estado como quebrantado y reducido á la agonía; y que hubiera sucumbido á ella á no sostenerle la omnipotencia del Verbo increado.

«Esto no obstante, conoció en aquel Corazón benignísimo un transporte de amor tan admirable ha-

cia aquellos que le habían hecho tanto mal, que no se puede expresar; y la fuerza y la generosidad de este amor eran las que le habían causado el sudor de sangre en el huerto de Getsemaní.

«Vió á este adorable Corazón como el palacio sagrado donde habían nacido y se habían nutrido todos los sentimientos del Salvador, todas sus aflicciones, sus deseos, sus alegrías, sus tristezas. Pero entre tantos tesoros de virtud y santidad, sor Margarita fué hecha partícipe principalmente del amor, de la pureza de corazón y de la inocencia.

«La posesión que Jesús tomaba de ella la consumía cada día más, en tal grado que ya apenas tomaba alimento. En el Corazón de Jesús encontraba un suplemento sobrenatural que la sostenía y reparaba sus fuerzas con mayor eficacia que hubiera podido el fruto del árbol de la vida en el paraíso terrenal. Parecíale á veces que de este divino Corazón se destilaba en todos sus miembros un licor sagrado y vivificante, ya como un aceite suavísimo, ya como leche purísima, ya como un bálsamo que exhala un olor celestial, ya en fin como un maná delicioso que, no sólo fortificaba su cuerpo, sino que también producía en su alma efectos maravillosos.

«Esta vida enteramente oculta en el sagrado Corazón no era, téngase bien presente, un transporte sensible del cuerpo, sino solo del alma; y esta entrada que Jesús le dió en su Corazón era una amorosa

invención de su misericordia para asociarla más estrechamente á su divina inocencia.»

Tal fué la unión sobrenatural y milagrosa de la venerable sor Margarita del Santísimo Sacramento con el sagrado Corazón del Hijo de Dios. Aunque Jesús no conceda gracias tan extraordinarias á todos los fieles, es sin embargo cierto que todos aquellos que le aman sinceramente y con todo su corazón están verdaderamente unidos á su Corazón en el misterio de la gracia. El mismo espíritu que obra las uniones milagrosas de que nos ofrecen tantos ejemplos las vidas de los Santos, obra en nosotros, cuando somos fieles, una unión muy real, íntima, profunda y enteramente celestial con Nuestro Señor Jesucristo, y muy especialmente con su adorable Corazón.

Contentémonos humildemente con estar unidos á Jesús por medio de este lazo común de la Iglesia, que es el lazo de la fe; y cuando queramos amar ó adorar á Dios, concebir un verdadero dolor de nuestros pecados, cumplir con los deberes de religión que nuestro Padre celestial espera de nuestra fidelidad, volvámonos interiormente al divino Corazón de Jesús; unámonos á él con la oración y el amor; entremos, permanezcamos en él, no formando con él, más que una cosa, orando y adorando con él, amando todo lo que él ama, aborreciendo y rechazando todo lo que él reprueba.

¡Gloria, amor y acciones de gracias al Corazón

bondadosísimo y misericordiosísimo de nuestro Salvador, por todas las gracias y bendiciones que ha derramado y derramará, hasta el fin de los tiempos, en la tierra y en el cielo, en todos los corazones que le aman y que eternamente le amarán!

XXVII

Que Jesús nos da su Corazón para ser nuestro corazón

Nuestro adorable mediador Jesucristo, queriendo tributar á su eterno Padre en todos sus miembros místicos, y en cada uno de ellos en particular, los homenajes de una religión perfecta y verdaderamente digna de Él, se une interiormente á todos los cristianos, y les da su Corazón. Si, nos da este grande é inefable Corazón, á fin de que por él y con él podamos cumplir con todos los deberes que tenemos para con Dios, y satisfacer á todas nuestras obligaciones para con su divina Majestad.

Cinco son los grandes deberes á que estamos obligados para con Dios: 1º adorarle en sus infinitas grandezas; 2º darle gracias por los beneficios que hemos recibido y recibimos continuamente de su bondad; 3º satisfacer á su santísima justicia por nuestros innumerables pecados y negligencias; 4º amarle en retorno de de su amor incompresible; 5º, en fin, rogarle con humildad y confianza para obtener de su

soberana liberalidad todo lo que necesitamos, tanto para el alma como para el cuerpo.

Pero ¿cómo cumplir con todos estos deberes de una manera digna de Dios? Esto no lo podemos nosotros; pues solamente lo infinito es digno de lo infinito y lo divino de lo divino. Aun cuando tuviéramos á nuestra disposición todos los entendimientos, todos los corazones y todas las fuerzas de todos los Ángeles y de todos los hombres, y los empleáramos en adorar, dar gracias y amar al Señor, sería esto todavía muy poco, habida consideración á su santidad y bondad infinitas.

Mas ved aquí un medio, un medio infinitamente infinito para llenar enteramente todos estos deberes: este medio es el Corazón mismo de Jesús, que se nos da para que usemos de él como de nuestro propio corazón, para adorar á Dios tanto cuanto es adorable, para amarle tanto cuanto merece ser amado, y para cumplir con Él todos los deberes de la religión más perfecta, de una manera enteramente digna de su Majestad suprema.

Gracias eternas os sean dadas ¡oh mi querido Salvador Jesús! por el don infinitamente precioso de vuestro Corazón. Ayúdenme á bendeciros los Ángeles y la Reina de los Ángeles. ¡Oh! ¡cuán ricos somos! ¡qué tesoros poseemos!

El Corazón de Jesús hecho *nuestro* corazón, nos hace entrar en la participación del amor eterno con que el Padre ama al Hijo, y el Hijo ama á su Padre.

El Padre nos ama como ama á Jesús;¹ y á su vez Jesús nos ama con el mismo amor que le une á su divino Padre.² Y así en Vos, en vuestro Corazón, oh Jesús, somos también nosotros *consumados en uno*,³ como Vos y vuestro Padre sois consumados en uno por el amor y en el amor, por el Espíritu Santo y en el Espíritu Santo. ¡Oh qué abismos de divina ternura!

Además de lo dicho, encuentro en el Corazón de mi Dios el medio de amar perfectísimamente todo lo que debo amar fuera de Dios, pero según Dios: desde luego y ante todo á la Santísima Virgen, á quien no puedo amar dignamente sino con la ayuda del Corazón de su divino Hijo; y después á todos mis hermanos del cielo y de la tierra. Leemos en los sagrados Libros que los primeros cristianos no tenían más que «un corazón y una alma;»⁴ y este corazón único era el Corazón de Jesús hecho su corazón; era la reunión de sus corazones santos, puros, penitentes, caritativos, mansos y humildes en el sagrado Corazón de Jesús, que era así su único foco de amor y su celeste lugar de reunión. Para ellos era lo que es el centro de una esfera donde convergen, para no formar más que un solo punto, todos los ródios que de la superficie van á juntarse al centro.

1 Dilexisti eos sicut et me dilexisti. (*Joan.* XVII, 23.)

2 Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. (*Ibid.* XV, 9.)

3 Consummati in unum. (*Ibid.* XVII, 23.)

4 Cor unum, et anima una. (*Act.* IV, 32.)

Yo también, pobre rádio de la grande esfera de la Iglesia, me lanzo hacia Vos, á Vos me entrego y en Vos quiero permanecer siempre, Corazón adorable y adorado de mi Dios! En Vos encuentro con que amar superabundantemente todo lo que debo amar, en el cielo y en la tierra, en el tiempo como en la eternidad; en Vos estoy seguro de amar santamente, de amar perfectamente, y también de ser amado como debo ser amado, ni más ni menos.

Mas ¿qué he de hacer para permanecer así prácticamente en el Corazón de Jesús? ¿de qué manera, en lo que me concierne, mi pobre corazón y ese Corazón divino no formarán más que un solo corazón? Me aplicaré á dos cosas: primera, en las circunstancias diversas de mi vida, de mis deberes, de mis obras cotidianas, me esforzaré en renunciar á mí mismo, *abneget semetipsum*; en renunciar á las inclinaciones, no solamente culpables, sino también bajas y naturales de mi propio corazón, que desde el pecado original está instintivamente desviado de la verdad y del bien é inclinado al mal. Segunda, tendré gran cuidado de vivir en unión habitual é interior con Jesús, para dejar á su sagrado Corazón que viva, quiera, ame, sufra y se dilate en mi corazón, con mi corazón, y, por decirlo así, en lugar de mi corazón.

¡Oh Corazón todo amor de mi Salvador! seais de hoy más hasta mi último suspiro el verdadero corazón de mi corazón, el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu, la vida de mi vida; el único motor de to-

das mis potencias, de todos mis pensamientos, palabras y acciones.

¡Oh Jesús, amor de mi corazón! yo no quiero otro libro que vuestro Corazón divino.

XXVIII

Que el adorable Corazón de Jesús es nuestro refugio
y nuestro oráculo

Nuestro buen Salvador nos ha dado su Corazón, no solamente para que fuera objeto de nuestros homenajes, de nuestra adoración y de nuestro amor; sino también para que fuera nuestro refugio y nuestro oráculo.

El Corazón de Jesús es nuestro *refugio*. Gran necesidad tenemos de un refugio en este miserable mundo, en que todo son tempestades, borrascas, peligros, guerra á muerte. El mundo, es decir, el conjunto de criaturas que de una manera ú otra entran en la gran rebelión de Satanás contra Jesucristo y su Iglesia, semeja un mar embravecido á través del cual nos es forzoso navegar, y contra el cual debemos luchar para llegar al puerto de la eterna bienaventuranza. La barquilla de nuestra alma está á todas horas expuesta á naufragar. ¡Ay! ¡cuántas navecillas, después de haber resistido el choque de las olas, concluyen por zozobrar y hundirse!

Pues bien, en medio de esta tempestad la miseri-

cordia divina nos ha proporcionado un refugio, un puerto de salvación: tal es el sagrado Corazón de Jesús. Este Corazón santísimo y pacífico nos pone al abrigo de las olas y de las tempestades; en él encontramos una calma celestial que toda su furia no puede turbar; en él gustamos castas delicias sin la menor amargura; una alegría que ninguna tristeza puede alterar; una luz sin oscuridad; una dulzura suavísima; una serenidad sin nubes. Este Corazón es el principio de todo bien; el santuario divino del Espíritu Santo, la fuente primera de todas las alegrías y de toda la bienaventuranza del Paraíso.

Refugiémonos, pues, en este puerto de salvación y de gracia, al cual nos guía amorosamente la Estrella del mar, es decir, la santísima é inmaculada Virgen María. Recurramos al Corazón de Jesús en todas nuestras dificultades, en todas nuestras cosas. Allí encontraremos «la paz de Dios que sobrepaja todo sentido, la paz de Jesucristo que dilata y regocija los corazones;»¹ allí consuelo en nuestras tristezas, fortaleza en nuestras pruebas, fidelidad y perseverancia en el bien en nuestras tentaciones; allí la santificación de nuestras alegrías. Pongámonos en él á cubierto contra la maldad de los hombres, contra los asaltos de nuestras pasiones, contra las celadas del infierno. Ocultémonos, abriguémonos en este

1 Pax Dei, quæ exsuperat omnem sensum. . . . Pax Christi exultet in cordibus vestris. (*Philip. IV, 7; Colos. III, 15.*)

sagrado refugio, donde la misma justicia divina pierde sus derechos y se transforma en misericordia.

El Corazón de Jesús es también nuestro *oráculo*. En el tabernáculo de Moisés había sobre el arca de la alianza, entre los dos Querubines que la cubrían con sus alas, una grande tabla de oro puro maravillosamente pulimentada y brillante, que se llamaba el Oráculo ó el Propiciatorio. Allí reposaba «la gloria del Señor,» es decir, el Verbo, la palabra de Dios; desde allí hablaba el Señor á Moisés, manifestándole su voluntad, iluminándole, sosteniéndole, consolándole en sus dificultades de todos los días.

Este *oráculo* del antiguo templo era el símbolo profético de Jesucristo, y en particular de su santísimo y divinísimo Corazón. Nuestro «oráculo,» el oráculo de los cristianos, no es una plancha de oro fría é insensible, sino más bien la humanidad viviente, el Corazón vivo y todo celestial del Hijo de Dios, de ese mismo Verbo que hablaba antiguamente en el *Sancta Sanctorum* del Tabernáculo. En la Ley de gracia todo vive, todo es «espíritu y vida.»¹

¡Oh Jesús, verdadero Santo de los Santos, qué «oráculo» presentais á vuestros fieles! Vuestro sagrado Corazón, este es nuestro Oráculo, nuestro Propiciatorio. El del antiguo Israel no estaba más que en un lugar; el nuestro está en todo lugar donde estais

1 Verba, quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt. (Joan. VI, 64.)

Vos; está en cada una de nuestras iglesias, en cada hostia consagrada; llena todo el mundo. Mas aún; cada uno de nosotros, cuando os es fiel, puede tocarlo en el fondo de su propio corazón con las poderosas manos de la fe y del amor; puede llegar hasta él en el cielo por medio de la oración: puede no separarse jamás de él por la unión y la vida de la gracia, por el recogimiento habitual, por la pureza de corazón y por la adoración.

El Oráculo de Israel duró sólo un tiempo limitado; el nuestro durará una eternidad. En el Oráculo del templo, el Verbo divino hablaba á Moisés por el ministerio de los Ángeles;¹ pero Vos, Jesús mío, Vos en persona desde el fondo mismo de vuestro Corazón, os dignais hablarnos cara á cara y corazón á corazón, como un amigo á su amigo.

Desde allí, por medio de las secretas inspiraciones de su gracia, nuestro buen Dios ilumina y dirige nuestra conciencia, nos hace conocer su voluntad, sosiega nuèstros temores y consuela nuestras tristezas, cuando recurrimos á él con humildad y confianza.

Recurramos, pues, en toda ocasión al Corazón adorable de Jesús; implorémosle, consultémosle. Celebraremos, si somos sacerdotes; hagamos celebrar, si no lo somos, la santa misa en honor suyo; comulgue-

1 Lex . . . ordinata per Angelos in manu Mediatoris.
(Galat. III, 19.)

mos con esta misma intención, y sentiremos infaliblemente los efectos de su bondad.

Adorémosle siempre, como aquellos dos querubines de oro que inclinados sobre el Oráculo del templo, mostraban con esta santa actitud lo que debían ser un día los dichosos adoradores del Corazón divino de Jesús.

XXIX

Cómo el sagrado Corazón de Jesús es el modelo al cual debe ajustarse nuestro corazón

Es una verdad indudable que el Rey de la gloria, Jesucristo, nos ama tan misericordiosamente, que cada uno de nosotros puede decir con toda seguridad: «El Corazón de mi Jesús es mío; yo poseo el Corazón de mi Salvador.»

Sí, ese vivo tesoro de amor es mío. Mío, porque su Padre eterno me lo ha dado; mío, porque la santísima Virgen, su Madre, me lo ha dado; mío, porque el Espíritu Santo me lo ha dado y me une íntimamente á él en el inefable misterio de la gracia; mío, en fin, porque el mismo Salvador me lo ha dado mil y mil veces.

Me lo ha dado, no sólo para que sea mi refugio y mi oráculo, sino también el modelo y la regla de mi vida y de mis acciones. Este modelo santísimo quie-

ro cotemplar y estudiar continuamente para imitarle con fidelidad.

Ahora bien, ¿qué encuentro en el Corazón adorable de Jesucristo? Es de suma importancia que lo sepa claramente para que pueda amar lo que él ama y detestar lo que él detesta. Hé aquí lo que acerca de esto me enseñan el Evangelio, la Iglesia y los Santos.

El Corazón de Jesús nunca ha aborrecido ni rechazado sino el mal, es decir, el pecado en todas sus formas. ¿Tuvo el menor odio á sus perseguidores y verdugos? De ningún modo; al contrario, excusóles ante su Padre celestial en el momento mismo de su horrible deicidio: «Padre mío, perdónalos, pues no saben lo que hacen.»¹ Esta es la regla que debo seguir en adelante, oh mi buen Maestro. Como Vos y con Vos no quiero aborrecer sino el pecado; por amor vuestro amaré á los que me aborrecen, les perdonaré con todo mi corazón, y les devolveré siempre bien por mal.

El Corazón de Jesús ha detestado con toda la energía de su divina santidad á los fariseos, á los hipócritas, á los enemigos de la verdad y á los seductores de las almas. Con él y como él detestaré á los impíos y á los blasfemos, á los enemigos de la fe, de la Iglesia y de la Santa Sede; amaré sus almas, y

¹ Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. (*Luc.* XXIII, 34.)

rogaré por su conversión; pero mientras permanezcan en su maldad «les odiaré con odio perfecto;»¹ les detestaré y combatiré como Jesucristo les combate y detesta. ¿No es, en efecto, en el Corazón de Jesús tan vivo el santo horror al mal y á los que lo hacen, como el santo amor al bien y á los que lo practican? Obrar de otro modo no sería caridad, sino debilidad, cobarde complacencia.

Siendo el divino Corazón mi modelo, debo, según el precepto de San Pablo, «tener en mi corazón todos los sentimientos que llenan el de Jesús.»² Sin esto no tendría su Espíritu, ni sería de Él.»³

¿Cuáles son estos sentimientos?

Son en primer lugar los sentimientos de inefable amor que Jesús tiene á su Padre y á la santísima voluntad de su Padre. Tiene tanto amor á esta divino voluntad, que nunca, durante su vida, hizo su voluntad propia, aun cuando era impecable, sino única y amorosamente la voluntad de su Padre celestial. «Yo hago siempre, decía, lo que agrada á mi Padre; y mi comida es hacer la voluntad de Aquél que me envió.»⁴

1 Odio perfecto oderam illos. (*Psalm. CXXXVIII, 22.*)

2 Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu. (*Philip. II, 5.*)

3 Si quis Spiritum Christi non habet, hic non est ejus. (*Rom. VIII, 9.*)

4 Quæ placita sunt ei, facio semper. Meus cibus

Es, en segundo lugar, el sentimiento de horror y abominación, de que acabamos de hablar, relativamente al pecado, y que le hizo preferir toda suerte de humillaciones y sufrimientos antes que dejarle reinar en el mundo. Combatido á todo trance por Jesucristo y sus fieles, aun cuando el pecado triunfe momentáneamente, está vencido de antemano, se aproxima el día en que será completamente extirpado de la tierra. A ejemplo de Nuestro Señor y con el socorro de su gracia, en adelante lo sufriré todo antes que cometer voluntariamente un solo pecado, ni aun venial.

En tercer lugar, son los sentimientos de amor que tiene á la cruz y á los sufrimientos. Su sagrado Corazón ha sido, por decirlo así, más crucificado aún, que su carne: el Corazón de Jesús crucificado es lo más profundo de las profundidades de la cruz. Además, Jesús ama tanto los sufrimientos, que el Espíritu Santo, hablando del día de su Pasión, le llama «el día de la alegría del Corazón de Jesús.»¹ No ama los sufrimientos y las humillaciones en sí mismas, pues son un mal; sino que las ama, las busca y las soporta con alegría á causa de los efectos divinos que producen. Así quiero, Jesús mío, amar la cruz por vuestro amor.

est ut faciam voluntatem ejus qui misit me. (*Joan.* VIII, 29; IV, 34.)

1 In die letitiæ cordis ejus. (*Cant.* III, 11.)

Son además los sentimientos de amor que tiene á su amadísima Madre, á la cual ama, como tengo dicho, más que á todos sus Ángeles y Santos juntos.

Son también los sentimientos de caridad, de bondad y de compasión que tiene para con nosotros, y de una manera muy especial para con los pequeños y humildes, los niños, los desgraciados, los pobres y los afligidos.

Por último, lo que la fe me descubre en el Corazón adorable de Jesús, es un profundo sentimiento de desprecio y odio, á la corrupción, á las vanidades y locuras del mundo. Es tanto lo que detesta al mundo, es decir á los hombres que se unen á Satanás contra Dios, que le maldice formalmente: «¡Ay del mundo á causa de los escándalos!»¹ Declara que el mundo es para Él, como un excomulgado! «No ruego por el mundo.»² Dice á sus Discípulos que «no son del mundo, así como Él tampoco es del mundo.»³ Y esto es muy natural. ¿Qué es, en efecto, el mundo sino un compuesto satánico de orgullo y de vanidad, de concupiscencia y de curiosidad, de impureza y de sensualismo?⁴

1 Væ mundo à scandalis! (*Matth.* XVIII, 7.)

2 Non pro mundo rogo. (*Joan.* XVII, 9.)

3 De mundo non sunt, sicut et ego non sum de mundo. (*Ibid.* XVI.)

4 Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ. (*I Joan.* II, 16.)

Tales son los sentimientos de que está lleno el Corazón de Jesús; sentimientos que Él quiere y yo debo querer también que llenen mi corazón. ¡Dios mío, Dios mío! concededme la gracia de comprender bien estas reglas de verdad y de santidad en que se resume vuestra ley; haced que las medite sin cesar y que las practique siempre. ¡Oh Salvador mío! vuestro Corazón es mi regla por excelencia; y cuanto más me conforme á ella, más reposarán en mí la paz y misericordia de Dios.¹

XXX

De la inefable dulzura y mansedumbre del Corazón de Jesús

¿Quién no se acuerda de las palabras verdaderamente celestiales que salieron un día de los labios, ó más bien, del divino Corazón de Jesús, cuando en un raptó de amor exclamó: «Gracias os doy, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque escondísteis vuestros secretos á los sabios y prudentes, y los revelásteis á los pequeños. ¡Sí, Padre mío! Vos lo habéis querido así Venid á mí todos los que padecéis y estais cargados, y yo os aliviare. Tomad

¹ Quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. (*Galat. VI, 16.*)

mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.»¹

¡Qué lenguaje! En dos palabras nos revela todo el secreto de la predestinación, de la verdadera santidad, del verdadero consuelo y de la más pura felicidad. ¿De qué modo? Revelándonos las dos principales cualidades del Corazón de Jesús: la *dulzura* y la *humildad*.

Para comprender este doble secreto, es preciso ser sencillo de entendimiento, sencillo de corazón. Para alcanzar esa paz divina y bienaventurada, es preciso ir á buscarla á su fuente, al Corazón de Jesús, de donde brotan la dulzura y la humildad.

¿Qué es la dulzura? La dulzura de Jesús, que debe ser nuestra dulzura, es un estado lleno de fuerza y de suavidad, que constituye al alma en un profundo y tranquilo amor á Dios; en una caridad del todo apacible y benévola hacia el prójimo, principalmente

1 Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te . . . Venite ad me omnes, qui laboratis et owerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve. (*Matth.* XI, 25-30.)

en medio de las contradicciones; y, en fin, en una paz purísima y profundísima consigo mismo.

La dulzura es la perfección de la bondad, de la misericordia y de la caridad. Es un aceite delicioso que destila del Corazón entreabierto de Jesús, y que viene á introducirse en todas las potencias de nuestra alma, mezclándose á nuestros pensamientos, nuestros juicios, nuestras palabras, nuestros afectos, nuestras obras diarias, grandes y pequeñas, para derramar en ellas no sé qué paz celestial, qué suavidad de amor, qué fuerza tranquila, gozosa y santificante.

Nada tan fuerte como la mansedumbre de Jesús en nuestro corazón: de todo triunfa, y domina en los corazones. «Bienaventurados los mansos; porque ellos poseerán la tierra.»¹ «La tierra,» es decir, lo que no es el cielo, lo que es malo ó imperfecto, las voluntades rebeldes, en las que no reina Jesús. ¿Y qué medio hay para hacerle reinar en ellas? ¿Qué medio para hacerle reinar la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo, *sicut in caelo et in terra*? El mismo Salvador nos lo indica: es la dulzura de su sagrado Corazón.

La dulzura es la fuerza por excelencia. Todo movimiento de cólera es una debilidad. Cuanto más dulce sea uno, cuanto más verdadera y santamente

¹ Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram. (*Matth.* V, 4.)

manso de corazón, de espíritu, de tono, de lenguaje, tanto más fuerte será. La mansedumbre es la grande arma de los cristianos en medio de sus tribulaciones y de las contradicciones del mundo, temple nuestras alegrías conservándonos en la atmósfera de la paz y de la santidad, y preservándonos de la disipación; temple y santifica nuestra indignación en presencia del mal y de los malos, guardándonos de toda amargura, de toda pasión, de todo sentimiento humano y desordenado; y en fin endulza nuestras lágrimas, ya de sí tan amargas.

La mansedumbre nos eleva y mantiene en la atmósfera sobrehumana de esa paz de Dios, de la que dice San Pablo «que domina toda emoción, guardando nuestras inteligencias y nuestros corazones en Jesucristo.»¹ Es profunda, es á la vez grave y alegre, poderosa y tranquila, como el azul del cielo.

Esta encantadora y suave dulzura que emanaba del Corazón de Jesús, como la luz y el calor emanan del sol, impregnaba todos los pensamientos del Salvador, todas sus palabras y acciones. Hasta cuando se indignaba contra los fariseos, conservaba siempre este carácter celestial de paz y de dulzura. Nuestra indignación, aún en los casos que es más legítima, toma frecuentemente un celo duro y amargo. No así

1 Pax Dei, quæ superat omnem sensum, custodiat corda vestra et intelligentias vestras in Christo Jesu. (*Philip. IV, 7.*)

la indignación de Jesús, porque partía de su Corazón divino, modelo de mansedumbre.

¡Oh dulzura del Corazón del Niño Jesús, que no responde sino con lágrimas y bendiciones á la ingratitud de Belén y á las persecuciones de Herodes!

¡Oh dulzura del Corazón de Jesús en Nazaret, que en la humillación del trabajo y en las privaciones de la pobreza santifica incesantemente á María y José, es la admiración de los Ángeles, y á todos nos da ejemplo de verdadera santidad!

¡Oh dulzura del Corazón de Jesús, que le hizo soportar durante tres años y medio la tosquedad de sus Apóstoles y Discípulos, que nada todavía comprendían de su doctrina, y á quienes debía mil veces explicárselo y repetírselo todo, y que aún después parecían no comprenderlo mejor que antes! ¡Sublime dulzura que le hizo soportar al traidor y sacrilego Judas! «Amigo, ¿á qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?»¹ Dulzura que no le dejó un momento en su santa Pasión! Seguidle á presencia de Caifás, de Pilatos, de Herodes, de los verdugos, de los blasfemos del Calvario y de los ladrones que le insultan, y de sus labios no oiréis palabra alguna que no respire mansedumbre, paz, bondad! «Padre mío, perdónalos, pues no saben lo que hacen,» tal es el grito de su Corazón; y este grito fué tan dulce y pe-

1 Amice, ad quid venisti? . . . Osculo Filium hominis tradis? (*Matth.* XXVI, 50; *Luc.* XXII, 48.)

netrante, que convirtió á uno de los dos malhechores crucificados á sus lados.

¡Santa mansedumbre del Corazón de mi Jesús! ¡ah! en adelante reinad en mí como soberana durante toda mi vida; transformadme, cambiadme. Como aceite en el mecanismo de una pesada cerradura, vuestra dulzura, Jesús mansísimo, suavizará las asperezas de mi carácter; os hará reinar sobre mis primeros impulsos; os hará dueño de mi voluntad y de mis sentimientos; imprimirá su sello y vuestra celestial imagen hasta en mi rostro, en mi fisonomía y en todo mi exterior.

Entonces, y solamente entonces, me reconoceréis, oh santísima Virgen, por vuestro verdadero hijo, y veréis en mí á vuestro querido Jesús, caritativo, benévolo, manso y humilde de corazón.

XXXI

De la profundísima humildad del Corazón de Jesús

«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» Jesús no es solamente «manso de corazón, *mitis corde,*» es también «humilde de corazón, *humilis corde;*» tan perfectamente humilde como manso.

Podemos comprender la perfección de esta santa humildad considerando, primero, el anonadamiento de su Corazón en presencia de la grandeza y santi-

dad infinitas de Dios; luego sus sentimientos con relación á los honores y gloria del mundo; y por último, sus sentimientos con relación á las humillaciones, ultrajes y desprecios.

La santa humanidad del Hijo de Dios no ha perdido jamás de vista la majestad infinita de Dios que le daba la existencia y la vida, de la cual dependía totalmente y sin la cual nada era ni tenía. Esta clara visión de su nada como criatura, y del todo de Dios su Creador, á quien estaba hipostáticamente unida, la conservaba en una humildad incomparable. La humildad, en efecto, consiste ante todo en reconocer con alegría que Dios lo es todo en nosotros y fuera de nosotros, y que de nosotros mismos nada tenemos, nada somos, ni siquiera somos. «Yo soy El que es, y tú eres la que no es,» decía un día Jesús á santa Catalina de Sena. Esta verdad es la base de la adoración.

No lo olvidó jamás el Corazón santo de Jesús. Estaba delante de Dios como el que no es, y de aquí aquella sumisión absoluta, universal; aquella adoración incesante, aquellas alabanzas, aquella total entrega, aquellos deberes inefables de una Religión perfectísima. Además, como á pesar de su inocencia infinita el Salvador había tomado sobre sí todos los pecados de los hombres,¹ á fin de alcanzarles el perdón de ellos y expiarlos. Él mismo, se veía siempre,

1 *Peccata nostra sua esse voluit. (S. Aug.)*

ante la justicia de Dios, como súbdito del pecado, como pecador universal: «Hízose por nosotros, dice San Pablo, objeto de maldición.»¹ Lo que es el pecado ante Dios, era Jesús á sus propios ojos. Aunque era Hijo de Dios, «no tenía en sí mismo ninguna complacencia.»² Siempre anonadado en su Corazón, primero ante la majestad y luego ante la santidad de Dios, era tan perfectamente humilde como perfectamente santo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de Corazón.»

¡Oh Jesús, qué ejemplo y qué lección! ¿Y me atreveré, yo pecador, yo miserable, á abandonarme todavía á las ilusiones de la vana complacencia! ¡Oh! no, jamás, mi divino Dueño! Como Vos, con Vos y por Vos quiero «permanecer en la verdad;» y no me dejaré seducir por el padre del orgullo, que «no supo permanecer en la verdad, *in veritate non stetit.*»³ Con vuestra gracia no olvidaré jamás que por mí mismo nada soy sino un miserable pecador; y el grito de mi corazón será en adelante el del publicano del Evangelio: «¡Señor, tened piedad de mí, pobre pecador!»⁴

El segundo signo y á la vez el segundo efecto de la humildad profundísima del Corazón de Jesús, es

1 Christus factus pro nobis maledictum. (*Galat. III, 13.*)

2 Christus non sibi placuit. (*Rom. XI, 3.*)

3 Joan. VIII, 44.

4 Deus, propitius esto mihi peccatori. (*Luc. XVIII, 13.*)

su absoluta aversión á la estima y á la gloria del mundo. Érale, sin duda, debida la gloria, porque es Dios en unidad del Padre y del Espíritu Santo; y cuando á su segunda venida se presente al mundo con toda la majestad de su gloria, los Ángeles y los hombres le adorarán con el rostro en tierra. Sí, pero en su primera venida vino á matar el orgullo que perdió al hombre; y reservando para más tarde la esplendorosa manifestación de su divinidad, nos muestra únicamente en su vida mortal lo que es el hombre pecador, lo que debe hacer, lo que debe querer, lo que debe evitar para «mantenerse en la verdad.»

Por esto, dando á Dios lo que sólo á Dios pertenece, el honor, la estimación, la soberanía, la majestad de la gloria y de las alabanzas, su santa humanidad rehusó todo esto como indebido á la nada y al pecador. Si alguna vez, como en el Tabor, el domingo de Ramos y después de sus principales milagros, tolera en torno de su persona cierto esplendor, no es por sí, sino por nosotros, para fortificar nuestra fe; y en ese esplendor reluce con mayor brillo su caritativa humildad.

¿Qué vienen á ser ante Jesús, tan humilde de corazón, mis miserables pretensiones á la estimación y á las alabanzas, mi sed de vanagloria y de triunfo, mis aspiraciones á brillar y ser aplaudido, mis ambiciosos deseos y todo ese absurdo cortejo de ilusiones y de vanidades, hijas todas del orgullo? Jesús manso y humilde, enseñadme la humildad, y apartad

mi pobre corazón de las perversas inclinaciones que le arrastran á la vanagloria.

Finalmente, la humildad del sagrado Corazón de Jesús se nos manifiesta por el amor que la justicia y la verdad le inspiraban al silencio, á la vida oscura, á los desprecios, á los ultrajes y todas las humillaciones que brillan en torno de su pesebre y de su cruz.

Recordad las humillaciones de todo género que nuestro adorabilísimo Salvador quiso sufrir: en su Encarnación, cuando su infinita grandeza se rebajó hasta tomar la forma de un pobre niño, de un humilde esclavo, encerrado en el seno de su criatura, y recibiendo de ella la vida; en su nacimiento, en medio de la pobreza y de la miseria; en toda su infancia, perseguido, desterrado y despreciado por los hombres; en su adolescencia y en aquella larga oscuridad de Nazaret, pasadas en un grosero trabajo y en el más humilde silencio; en su vida pública, en su penitencia en el desierto, en sus ayunos, en sus predicaciones, objeto siempre de las calumnias y persecuciones de los judíos; y finalmente, en su dolorosa Pasión, en la que fué atormentado por los demonios y por los hombres, abofeteado, escupido, tratado como un blasfemo y como un loco, escarnecido por todo su pueblo, condenado á muerte y clavado en cruz como el peor de los malhechores. ¡Qué humillaciones, qué profundo anonadamiento! ¡Y era Dios!

Su adorable Corazón las aceptó con gozo, porque

eran debidas al pecador universal, al pecador de los pecadores. Mis pecados merecían todos esos golpes; y Él llevaba todos mis pecados.

¡Y qué de abatimientos, oh Jesús, en vuestro sepulcro, donde ya no érais más que un cadáver; en vuestra Eucaristía, donde velando vuestros eternos esplendores bajo las especies sacramentales, tanto os anonadais por mí y os exponéis á todos los sacrilegios y ultrajes que hace diez y ocho siglos han manchado vuestro tabernáculo; en vuestra Iglesia, tan desconocida; en vuestros Mártires y en vuestros miembros odiados y perseguidos! Pues bien, tantas humillaciones Jesús ha querido sufrirlas todas, las ha amado todas.

¡Y yo, pecador, yo las temo como el fuego, y hujo de ellas con todas las fuerzas de mi amor propio y de mi ceguedad! ¡Cuán diferente es mi corazón del Corazón de mi divino Maestro, abismado voluntaria y gozosamente en las ignominias que reparaban el deshonor que á su Padre harían mis pecados; que me libraban de las eternas confusiones del infierno; que me merecían las glorias del Paraíso; que eran remedio divino y omnipotente de mi detestable orgullo, principio de todos mis pecados; que me traían del cielo la santa humildad, fundamento de todas las virtudes.

Corazón de Jesús, modelo y origen de la humildad, os adoro, os amo y me consagro á Vos para siempre. Humildísima y dulcísima Virgen María

alcanzadme del sagrado Corazón de vuestro divino Hijo la gracia de las gracias, que es la santa humildad.

XXXII

**Cuán misericordioso se ha mostrado el Corazón de Jesús
con los pobres y los pequeñuelos**

Con la humildad y la mansedumbre, brillan sobre todo en el Corazón de Jesús la misericordia, la ternura, la compasión y la bondad. Y esta misericordia se ha extendido principalmente sobre los niños y los desgraciados.

¡Cuán tierno espectáculo ofrece el Hijo de Dios humillándose con tanto amor hasta á los niños! Su inocencia, sencillez y candor enajenaban su divino Corazón, y le atraían con encanto irresistible. ¡Ah! es que la inocente sencillez del niño no es en el fondo sino una humildad purísima, inconsciente de sí misma; como la inocencia del niño no es sino una pureza perfecta que se ignora á sí misma y se dilata en la alegría. Jesús amaba sobre todo esta humildad y esta inocencia.

Queriendo un día dar á sus Apóstoles una lección de humildad perfecta, llamó á un niño, le colocó en medio de ellos, abrazóle con divina ternura, y les dijo: «En verdad os digo, que si no os volvéis y ha-

céis semejantes á los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiere á uno de esos niños en nombre mío, á mí me acoge. Mas quien escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una piedra de molino, y así fuese sumergido en lo profundo del mar.»¹

En otra ocasión, «como le presentasen unos niños para que les impusiera las manos, sus Discípulos reñían á los que venían á presentárselos. Viendo esto Jesús lo llevó á mal, y les dijo: «Dejad que vengan á mí los niños, y no se lo impidais, porque de ellos es el reino de Dios.» Y abrazándoles é imponiéndoles las manos, les bendecía.»² Así amaba el

1 Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. (*Matth. XVIII, 2-6.*)

2 Et offerebant illi parvulos ut tangeret illos. Discipuli autem comminabantur offerentibus. Quos cum videret Jesus, indigne tulit, et ait illis: Sinite parvulos venire ad me, et ne prohibueritis eos; talium est enim regnum Dei. . . . Et complexans eos, et imponens manus super illos, benedicebat eos. (*Marc. X, 13-17.*)

Hijo de Dios á los niños, les colmaba de sus santas caricias, y se complacía en su humilde compañía.

Sí, el Corazón de Jesús estaba lleno de dulzura, de benignidad y de ternura para con los niños. Lo que en ellos amaba debemos nosotros amarlo como Él y con Él; y la infancia, que Él ama y bendice, debe ser, para todo buen cristiano, objeto de religioso respeto. El santo amor á los niños es uno de los más dulces tesoros del Corazón de Jesús y una de las señales del Espíritu de Jesucristo. Todos los Santos los han amado.

Nuestro Señor hizo objeto especial de su misericordia y ternura todo lo que era pequeño y despreciable para el mundo. Amó especialmente á los pobres, á los afligidos, á los débiles, á los enfermos, á los desgraciados; en una palabra, á todos los que sufren; y quiere que nosotros les amemos como Él y por amor de Él; que, compadeciéndonos de sus trabajos, les hagamos bien. Su divino Corazón, que se ha hecho corazón nuestro, rebosa por ellos de caridad tan ardiente como tierna, tan fuerte como dulce; y no seríamos de Jesucristo, si fuésemos duros con los pobres y rechazásemos á los que Él ama.

¡Oh mi buen Salvador! sí, quiero parecerme á Vos en vuestra tierna misericordia con los niños y los desgraciados. El mundo les desdeña como á Vos, y precisamente por esto yo, discípulo vuestro, que no soy del mundo, quiero amarles como á Vos, y hacerlos bien en su persona. «Todo lo que habéis hecho

al menor de estos pequeños, á mí me lo hicisteis,»¹ nos decís en vuestro santo Evangelio. ¡Qué regla tan admirable! ¡Qué luz para saber cuál debe ser mi conducta para con los niños, los huérfanos, los desamparados, los que sufren; con todos aquellos que recurren á mí en sus penas! ¡Infeliz de mí si mi corazón no es para ellos lo que el bondadosísimo Corazón de Jesús! ¡Infeliz si maltrato á mi Dios, ó simplemente le contristo por mi culpa, en la persona del menor de estos pequeñuelos!

¡Oh Corazón adorable, manantial de bondad! dignaos llenar mi corazón de vuestra bondad y ternura, como lo habéis hecho en el corazón de vuestros Santos.

XXXIII

Que el inmaculado Corazón de María forma una sola cosa con el adorabilísimo Corazón de Jesús

Por el *Corazón* de María debe entenderse tanto el Corazón material de su cuerpo, como el Corazón espiritual de su alma, y lo que podríamos llamar su Corazón divino, es decir, el Amor eterno y substancial, el Espíritu Santo, del que la bienaventurada Virgen estuvo total y divinamente llena.

¹ Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. (*Matth.* XXV, 40.)

Bajo este triple punto de vista, el Corazón inmaculado de María es todo de Jesús, y tiene relaciones tan íntimas é indisolubles con el Corazón del Hijo de Dios, que esta unión les consuma á los dos en una especie de unidad; *consummati in unum*.

El Corazón material de Jesús viene todo entero del Corazón virginal de su Madre, la cual sola ha proporcionado al Verbo encarnado la substancia de su humanidad, y por consiguiente la substancia del más noble y principal órgano de esta humanidad adorable, que es su Corazón. La fe nos enseña que cuando el Padre celestial engendró en el tiempo, en el seno de la Virgen, á Aquél á quien engendra eternamente en los cielos, el Espíritu Santo, Espíritu de amor y de unión, obró este inefable misterio de la Encarnación del Verbo tomando la más pura flor de la sangre inmaculada de María para formar de ella el cuerpo adorable de Jesús. Ahora bien; todos saben que la sangre y el corazón forman una sola cosa en el cuerpo humano: el corazón es el principio, el origen de la sangre; la difunde por todos los miembros para vivificarlos; y la sangre vuelve á él fielmente como á su primer principio, para ser nuevamente difundida por el cuerpo. El Corazón divino del Niño Jesús fué, pues, formado todo de la substancia misma y de la sola substancia de la Virgen su Madre: si es obra del Espíritu Santo, es igualmente obra de María; y pertenece todo á su Madre lo mismo que á su divino Padre. Si San Agustín dijo y pudo decir

«La carne de Cristo es la carne de María, *caro Christi, caro Mariæ,*» con no menos verdad se puede decir: No por efecto de una confusión, sino en virtud de una íntima unión, el Corazón de Jesús es el Corazón de María, y el Corazón de María es el Corazón de Jesús.

El Corazón espiritual de María y el sagrado Corazón de Jesús no hacen igualmente más que un corazón á consecuencia de una indisoluble unión de espíritu, de voluntad, de sentimientos y de afectos. Si se ha dicho de los primeros cristianos que no tenían «más que un corazón y una alma, *cor unum et anima una,*»¹ ¿con cuánta más razón se puede y debe decir del Hijo único de María y de esta 'su santísima Madre?

Si San Bernardo ha podido decir que, siendo Jesús su cabeza, el Corazón de Jesús es su corazón, y que así «no tiene verdaderamente más que un corazón con Jesús: *ego vere cum Jesu cor unum habeo;*»² ¿con cuánta más verdad no puede decir la immaculada Virgen María: «El Corazón de mi Cabeza y de mi Hijo es mi corazón, y no tengo con Él más que un mismo corazón?»

Por esto dijo un día á su querida hija y sierva Santa Brígida: «Sábeta que he amado á mi Hijo tan ar-

1 Act. IV, 32.

2 Ex tract. *De Passione Domine*, super istud Joannis: *Ego sum vitis vera*, III.

dientemente, y que Él me ha amado tan ciertamente, que Él y yo éramos como un sólo corazón; *quasi cor unum ambo fuimus*.

«Mi Hijo, añadió, era verdaderamente para mí como mi corazón; cuando Él sufría, era como si mi Corazón sufriese sus penas y tormentos. Su dolor era mi dolor, y su Corazón era mi Corazón.»

Esto mismo enseñó por su parte Nuestro Señor á la misma Santa Brígida, cuando apareciéndosele un día y conversando familiarmente con ella, le dijo: «Yo que soy Dios é Hijo de Dios desde toda eternidad, me hice hombre en el seno de la Virgen, cuyo Corazón era como mi Corazón: y por esto mi Madre y Yo hemos obrado la salvación del hombre, por decirlo así con un mismo Corazón, *quasi cum uno corde*.»

Así, pues, el Corazón de la santísima Virgen y su alma inmaculada, impecable, perfectamente santa, humilde, dulce y obediente, formaba una sola cosa con el Corazón y el alma de su adorable Hijo.

Finalmente, debe decirse con precisión todavía más absoluta, que el Corazón divino y eterno de Jesús, que es el Espíritu de amor y el Amor mismo, era verdaderamente el Corazón divino de María y el principio único de su vida, de sus pensamientos, de sus afectos y de todos sus movimientos.

El Espíritu Santo, que es en nosotros el Espíritu de Jesucristo, *Spiritus Christi*,¹ lo era con plenitud

¹ Rom. VIII, 9.

en el alma de la santísima Virgen, y la unía de una manera tan perfecta y divina á Jesús, y por Jesús al Padre celestial, que esta unión, que es la gracia, la alegría y la corona de la Madre de Dios, constituye un misterio insondable en cuyas santas profundidades sólo Dios puede penetrar, y en el cual veía San Buenaventura «algo infinito.»

Así, pues, el Corazón de María y el Corazón de Jesús son uno solo en el Espíritu Santo. ¡Oh! sean también uno solo en nuestro amor y en nuestros homenajes!

Sí, Jesús es el corazón y la vida de su bienaventurada Madre; y le comunica su vida divina con tal sobreabundancia, que es hasta imposible comparar esta vida de Jesús en María á la vida de Jesús en sus mayores Santos y en sus Ángeles más encumbrados. «Vivo yo, exclamaba San Pablo, ó más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí.»¹

«Vivo yo, nos dice desde lo alto del cielo la Reina de los Ángeles y de los Santos, la Madre de la vida, la celestial Madre de Dios; vivo yo, mas ya no soy yo, es Jesús, es mi Hijo, mi Señor y mi Salvador quien vive en mí. Vive en mi alma, en mi cuerpo, en todas las potencias de mi alma y en todos los sentidos de mi cuerpo.»

Jesús está enteramente vivo en María, es decir, todo lo que es comunicable en Jesús, vive en Maria:

1 Galat. II, 20.

su Corazón vive en su Corazón, su alma en su alma, su espíritu en su espíritu.

«Lo que Dios ha unido no lo desuna el hombre,» dice Nuestro Señor.¹ Habiendo Dios, en su plan divino, unido íntimamente á Jesús y María, el Corazón del Hijo y el Corazón de la Madre, no los separe nadie en su propio corazón. Al adorar al Corazón de Jesús, veneremos y bendigamos el Corazón de María; y al tributar ese culto de *hiperdulce*, es decir, de *super-veneración* al inmaculado Corazón de la Madre de Dios, tributemos al sacratísimo Corazón de su Hijo el culto de *latría*, es decir, de adoración propiamente dicha, que le deben el cielo y la tierra. En el cielo continuaremos eternamente este doble culto en unión de los Ángeles y Bienaventurados. ¡Qué dicha será bendecir allí á Jesús y María, contemplarles cara á cara, sentir nuestro corazón junto á su Corazón y embriagarnos de su santo amor.

¡Oh Corazón sacratísimo de Jesús! tened piedad de nosotros! *Cor Jesu sacratissimum, miserere nobis!*

¡Oh Corazón inmaculado de María, rogad por nosotros! *Cor Marice immaculatum, ora pro nobis!*



² Quod Deus conjunxit, homo non separet. (*Matth. XIX*, v. 6.)

LETANIA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS

Kyrie, eleison.

Christe, eleison.

Kyrie, eleison.

Jesu, audi nos.

Jesu; exaudi nos.

Pater de cœlis Deus, miserere nobis.

Fili Redemptor mundi
Deus,

Spiritus Sancte Deus,
Sancta Trinitas unus
Deus,

Cor Jesu, Verbo Deisub-
stantialiter unitum,

Cor Jesu, Divinitatis
sanctuarium,

Cor Jesu, sanctæ Trini-
tatis templum,

Cor Jesu, sapientiæ abys-
sus,

Cor Jesu, bonitatis ocea-
nus,

Cor Jesu, misericordiæ
thronus,

Señor, tened piedad de nos-
otros.

Cristo, tened piedad de nos-
otros.

Señor, tened piedad de nos-
otros.

Jesús, oidnos.

Jesús, atendednos.

Dios Padre celestial, tened pie-
dad de nosotros.

Dios Hijo, Redentor del
mundo,

Dios Espíritu Santo,
Santa Trinidad que sois
un solo Dios,

Corazón de Jesús, uni-
do substancialmente al
Verbo de Dios,

Corazón de Jesús, San-
tuario de la Divinidad,

Corazón de Jesús, tem-
plo de la Santísima
Trinidad,

Corazón de Jesús, abis-
mo de sabiduría,

Corazón de Jesús, océano
de bondad,

Corazón de Jesús, trono
de misericordia,

MISERERE NOBIS.

TENED PIEDAD DE NOSOTROS.

Cor Jesu, thesaurus nunquam deficiens,
 Cor Jesu, de cujus plenitudine omnes nos accepimus,
 Cor Jesu, pax et reconciliatio nostra,
 Cor Jesu, virtutum omnium exemplar,
 Cor Jesu, infinite amans et infinite amandum,

 Cor Jesu, fons aquæ salientis in vitam æternam,
 Cor Jesu, in quo sibi Pater bene complacuit,

 Cor Jesu, propitiatio pro peccatis nostris,

 Cor Jesu, propter nos amaritudine repletum,

 Cor Jesu, usque ad mortem in horto tristissimum,
 Cor Jesu, opprobriis saturatum,
 Cor Jesu, amore vulneratum,
 Cor Jesu, lancea perforatum,
 Cor Jesu, in cruce sanguine exhaustum,
 Cor Jesu, attritum propter scelera nostra,

Corazón de Jesús, tesoro inagotable,
 Corazón de Jesús, cuya plenitud se derrama sobre nosotros,
 Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra,
 Corazón de Jesús, modelo de todas las virtudes,
 Corazón de Jesús, infinitamente amable é infinitamente digno de ser amado,
 Corazón de Jesús, fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna,
 Corazón de Jesús, objeto de las complacencias del Padre celestial,
 Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados,
 Corazón de Jesús, lleno de amargura por causa de nosotros,
 Corazón de Jesús, triste hasta la muerte en el huerto de Getsemaní,
 Corazón de Jesús, saciado de oprobios,
 Corazón de Jesús, herido de amor,
 Corazón de Jesús, atravesado de una lanzada,
 Corazón de Jesús, desangrado en la cruz,
 Corazón de Jesús, rasgado de dolor por causa de nuestros pecados,

MISERERE NOBIS.

¡TENED PIEDAD DE NOSOTROS.

Cor Jesu, etiam nunc ab
ingratis hominibus in
sanctissimo amoris Sa-
cramento dilaceratum,

Cor Jesu, refugium pec-
catorum,

Cor Jesu, fortitudo debi-
lium,

Cor Jesu, Consolatio af-
flictorum,

Cor Jesu, perseverantia
justorum,

Cor Jesu, cordis nostri
gaudium.

Cor Jesu, cordis nostri
paradisus,

Cor Jesu, vita cordis nos-
tri,

Cor Jesu, Rex cordis nos-
tri,

Cor Jesu, salus in te spe-
rantium,

Cor Jesu, spes in te mo-
rientium,

Cor Jesu, cultorum tuo-
rum dulce præsidium,

Cor Jesu, deliciae Sanc-
torum omnium,

Cor Jesu, adjutor noster
in tribulationibus quæ
invenerunt nos nimis,

Agnus Dei, qui tollis peccata
mundi, parce nobis, Jesu.

Corazón de Jesús, ultra-
jado todos los días por
hombres ingratos en el
Santísimo Sacramento
de vuestro amor,

Corazón de Jesús, refugio
de los pecadores,

Corazón de Jesús, forta-
leza de los débiles,

Corazón de Jesús consue-
lo de los afligidos,

Corazón de Jesús, perse-
verancia de los justos,

Corazón de Jesús, alegría
de nuestros corazones,

Corazón de Jesús, paraíso
de nuestros corazones,

Corazón de Jesús, vida
de nuestros corazones,

Corazón de Jesús, Rey
de nuestros corazones,

Corazón de Jesús, salud
de los que en Vos es-
peran,

Corazón de Jesús, espe-
ranza de los que en
Vos mueren,

Corazón de Jesús, dulce
apoyo de vuestros ado-
radores,

Corazón de Jesús, delicia
de todos los Santos,

Corazón de Jesús, nues-
tra ayuda en los gran-
des males que han cai-
do sobre nosotros,

Cordero de Dios, que borrais
los pecados del mundo, per-
donadnos, oh Jesús.

MISERERE NOBIS.

<p>Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, exaudi nos, Jesu.</p> <p>Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.</p> <p>Christe, audi nos.</p> <p>Christe, exaudi nos.</p> <p>✠. Jesu, mitis et humilis corde,</p> <p>℞. Fac cor nostrum secundum Cor tuum.</p>	<p>Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, escuchadnos, oh Jesús.</p> <p>Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, tened misericordia de nosotros, oh Jesús.</p> <p>Cristo, oidnos.</p> <p>Cristo, escuchadnos.</p> <p>✠. Jesús, manso y humilde de corazón.</p> <p>℞. Haced nuestro corazón semejante al vuestro.</p>
--	--

OREMUS

Omnipotens sempiterne Deus, respice in Cor dilectissimi Filii tui, et in laudes et satisfactiones quas in nomine peccatorum tibi persolvit, at que misericordiam tuam petentibus tu veniam concede placatus in nomine ejusdem Jesu Christi Filii tui, qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus, per omnia sæcula sæculorum. Amen.

ORACION.

Omnipotente y eterno Dios, poned los ojos en el Corazón de vuestro amadísimo Hijo, ved las satisfacciones que os ofrece en nombre de los pecadores, escuchad las alabanzas que os tributa por ellos, dignaos apaciguaros por sus divinos homenajes, perdonadnos nuestros pecados, y usad de misericordia con nosotros, en nombre del mismo Jesucristo, vuestro Hijo, que con Vos vive y reina juntamente con el Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. Así sea.



LETANIA

DEL

SANTO CORAZON DE MARIA

Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.
Christe, eleison.	Cristo, tened piedad de nosotros.
Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.
Christe, audi nos.	Cristo, oídnos.
Christe, exaudi nos.	Cristo, atendednos.
Pater de cœlis Deus, miserere nobis.	Dios Padre celestial, tened piedad de nosotros.
Fili Redemptor mundi Deus, miserere nobis.	Dios Hijo, Redentor del mundo, tened piedad de nosotros.
Spiritus Sancte Deus, miserere nobis.	Dios Espiritu Santo, tened piedad de nosotros.
Sancta Trinitas unus Deus, miserere nobis.	Santísima Trinidad, que sois un solo Dios, tened piedad de nosotros.
Cor Jesu sacratissimum, miserere nobis.	Corazón de Jesús, sacratísimo, tened piedad de nosotros.
Cor Mariæ sanctissimum, ora pro nobis.	Corazón de María santísimo, rogad por nosotros.
Cor Mariæ, gaudium Patris æterni, ora pro nobis.	Corazón de María, gozo del Padre eterno, rogad por nosotros.
Cor Mariæ, deliciae Filii Dei, ora pro nobis.	Corazón de María, delicias del Hijo de Dios, rogad por nosotros.

Cor Mariæ, organum
Spiritus Sancti,

Cor Mariæ, sanctuarium
divinæ Trinitatis,

Cor Mariæ, arca Testa-
menti,

Cor Mariæ, ab origini
immaculatum,

Cor Mariæ, forma inno-
centiæ,

Cor Mariæ, paradus
mansuetudinis,

Cor Mariæ, obysus hu-
militatis,

Cor Mariæ, templum pa-
cis,

Cor Mariæ, thronus glo-
riæ,

Cor Mariæ, gratia ple-
num,

Cor Mariæ, holocaustum
divini amoris,

Cor Mariæ, inter omnia
corda benedictum,

Cor Mariæ, hortus flo-
rum celestium,

Cor Mariæ, reclinato-
rium aureum veri Sa-
lomónis,

Cor Mariæ, clavis cœles-
tis Thesauri,

Cor Mariæ, Christo cru-
cifixo cruci confixum,

Corazón de María, órga-
no del Espíritu San-
to,

Corazón de María, san-
tuario de la Trinidad
divina,

Corazón de María, arca
de la alianza,

Corazón de María, pre-
servado de la mancha
del pecado original,

Corazón de María, tipo
de la inocencia,

Corazón de María, paraí-
so de dulzura,

Corazón de María, abis-
mo de humildad,

Corazón de María, tem-
plo de la paz,

Corazón de María, trono
brillante de gloria,

Corazón de María, lleno
de gracia,

Corazón de María, holo-
causto perfecto de
amor divino,

Corazón de María bendi-
to entre todos los co-
razones,

Corazón de María, jardín
de las flores del cielo,

Corazón de María, trono
de oro del verdadero
Salomón,

Corazón de María, llave
del tesoro celestial,

Corazón de María, cla-
vado con Jesús en la
cruz,

ORA PRO NOBIS.

ROGAD POR NOSOTROS.

Cor Mariæ, opus Excelsi,

Cor Mariæ, refugium
peccatorum,

Cor Mariæ, consolatio
afflictorum,

Cor Mariæ, fons perennis
benedictionum,

Cor Mariæ, spes et læti-
tia cordis nostri,

Cor Mariæ, sedes miseri-
cordiæ,

Cor Mariæ, unitum Cor-
di Christi,

Agnus Dei, qui tollis peccata
mundi, parce nobis, Domi-
ne.

Agnus Dei, qui tollis peccata
mundi, exaudi nos, Domi-
ne.

Agnus Dei, qui tollis peccata
mundi, miserere nobis.

Ÿ. Maria immaculata, mitis et
humilis corde,

R. Fac cor meum secundum
Cor Jesu.

OREMUS.

Clementissime Deus, qui ad
peccatorum salutem et mise-
rorum perugium Cor inmacu-
latum beatæ Mariæ Virginis
divino Cordi Filii tui Jesu
Christi, charitate et misericor-

Corazón de María, obra
maestra del Altísimo,

Corazón de María, refu-
gio de pecadores,

Corazón de María, con-
suelo de los afligidos,

Corazón de María, fuen-
te perenne de bendi-
ciones,

Corazón de María, espe-
ranza y alegría de
nuestros corazones,

Corazón de María, asien-
to de la misericordia,

Corazón de María, unido
al Corazón de Jesús,

Cordero de Dios, que borrais
los pecados del mundo, pe-
donadnos,

Cordero de Dios, que borrais
los pecados del mundo, es-
cuchadnos,

Cordero de Dios, que borrai
los pecados del mundo, te-
ned misericordia de nos-
otros,

Ÿ. María immaculada; tierna
y humilde de corazón,

R. Haced mi corazón seme-
jante al Corazón de Jesús.

ORACION.

Dios de bondad, que llenas
teis el santo immaculado Cora-
zón de María de sentimientos
de misericordia y de ternu-
ra para nosotros, y quisisteis
que fuese semejante en dichos

ORA PRO NOBIS.

dia simillimum esse voluisti; concede ut qui hujus dulcissimi et amantissimi Cordis memoriam agimus, ejusdem beatæ Virginis meritis et intercessione secundum Cor Jesu inveni mereamur. Per eundem Dominum nostrum Jesum Christum qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus per omnia sæcula sæculorum. Amen.

sentimientos al Corazón de vuestro divino Hijo, conceded á los que honran ese corazón virginal que conserven hasta la muerte una perfecta conformidad de inclinaciones con el Corazón sagrado de Jesucristo que vive y reina con Vos y con el Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. Así sea.

ACTO DE DESAGRAVIO AL CORAZON DE JESUS

¡Oh Corazón amantísimo de Jesús! penetrado, del más vivo dolor á vista de las ofensas que habéis recibido y recibís aún todos los días en el Sacramento del altar, me postro en vuestra presencia para desagraviaros de ellas. ¡Ojalá pudiera, con mi veneración y respeto, reparar cumplidamente vuestro honor menospreciado! ¡Ojalá me fuese dado borrar con mi sangre tantas irreverencias, tantas profanaciones, tantos sacrilegios como se cometen contra Vos! ¡Cuán bien empleada estaría mi vida si lograrse darla por tan digno motivo! ¡Otorgadme, Dios mío, el perdón que imploro para los impíos que os blasfeman; para los infieles que os desconocen; para los herejes y

cismáticos que os deshonran; para tantos católicos ingratos que profanan el misterio de vuestro amor; y finalmente para mí, que con tanta frecuencia os he injuriado! Trocad mi corazón delincuente; dadme un corazón contrito y humillado; un corazón puro y sin mancha; un corazón consagrado á vuestra gloria, y víctima de vuestro amor. Por mi parte os prometo reparar en adelante tantas irreverencias y sacrilegios con mi modestia en el templo, con mi solicitud en visitaros, con mi devoción en recibirlos. Señor, concededme esta gracia, aumentando mi amor hacia Vos. Amen.

ACTO DE CONSAGRACION AL CORAZON DE JESUS

Oh Jesús mío, postrado en vuestro acatamiento me entregó á vuestro divino Corazón, en agradecimiento de todos los beneficios que habéis dispensado á los hombres, y particularmente de la inestimable merced que nos habéis hecho quedándoos en el Santísimo Sacramento. Quiero dedicarme á dilatar la gloria de este Corazón adorable, á fin de reparar en cuanto dependa de mí los ultrajes que os han hecho y os harán los pecadores hasta el fin del mundo. Os amo, Jesús mío, por todos los que no os aman. Os

conozco por todos los que no quieren conoceros. Os adoro por todos los que no os adoran. Os alabo, bendigo, honro y glorifico por todos los que os desprecian.

Aceptad, oh Corazón sagrado, todos mis pensamientos, mis deseos, mi voluntad, mi memoria, mi libertad y toda mi vida. No puedo ofreceros más: ¡ojalá fuese yo dueño de los corazones de todos los hombres para poder presentároslos en homenaje! Oh Señor, todos los instantes de mi vida os pertenecen, y todas mis acciones son vuestras; no permitais haya en ellas ninguna cosa que les haga indignas de vuestro adorable Corazón. Oh Jesús mío, reinad en mí como soberano dueño, y haced que encuentre en vuestro sagrado Corazón, modelo perfecto de santidad, mi fuerza, mi consuelo y esperanza. Amen.



DIÁLOGO

ENTRE JESUS Y EL ALMA DEVOTA

Jesucristo. Ábreme tu corazón, hija mía, esposa mía amada.

El alma. ¿Es á mí á quién os dignais dirigir estas palabras, oh Dios mío? No soy más que un abismo de miserias, y os dignais llamarme esposa vuestra amada: yo no me atrevía á levantar los ojos á vuestro Corazón tan puro y tan santo, y en cuanto me presento á Vos me prodigais los más insignes favores. Soy bastante feliz para atraer sobre mí vuestras miradas. ¡Qué gloria y qué dicha, oh Dios mío! ¿Es posible que no desechéis á una criatura tan culpable como yo? ¡Ah! puesto que os dignais sufrirme en vuestra presencia, puesto que hasta me mandais que os ofrezca mi Corazón, obedezco: mi corazón está abierto para Vos. Lejos de mí, vanas criaturas; dejadme conversar con mi Dios y beber en su Corazón el verdadero amor.

1 *Mensajero del sagrado Corazón de Jesús*, tomo XVII.—
Barcelona, Viuda é hijos de J. Subirana, calle de la Puerta-
ferrisa, número 16.

Jesucristo. Heriste mi Corazón, hija mía querida; heriste mi Corazón.

El alma. ¿Cómo puede ser, oh mi Dios, que vuestro amor os haya hecho tomar un corazón semejante al mío?..... Lo comprendo. Vos habéis tomado ese Corazón para sentir todas mis miserias; habéis permitido que fuese atravesado en la cruz delante de todo el mundo á fin de que nadie ignorase el exceso de vuestra ternura. Hasta en el cielo ostentais aquella gloriosa llaga: jamás se cerrará la cicatriz de vuestro Corazón; ella será siempre la señal triunfante de vuestro amor. ¡Oh divino Corazón! herid el mío; haced en él una llaga tan profunda que se abra todo á Vos: heridle con el mismo hierro que atravesó el vuestro, á fin de que manen de él las aguas de una sincera penitencia. Mas ¡ay! esta criminal os ha abierto una infinidad de llagas dolorosas por su ingratitud y su infidelidad. Yo he herido vuestro Corazón con mi dureza, y lo he atravesado abriendo el mío al criminal afecto de las criaturas. ¡Oh Esposo celestial! arracad de mi corazón esta vergonzosa flecha, y atravesadlo con la de vuestro amor.

Jesucristo. No partas ya más tu corazón con otros objetos; dámelo todo entero; yo lo quiero.

El alma. ¿Hasta donde os humillais, oh Señor? ¡Cómo! ¿no os desdeñais de pedir el corazón de la que no se ha avergonzado de rehusároslo á Vos para dárselo al pecado? ¡Cuánta ternura por vuestra parte! Mas, ¿qué es, oh Dios mío, en la actualidad

ese corazón que me pedís? ¡Ay de mí! estando como está lleno de manchas, ¿cómo podréis sufrirlo Vos que sois la santidad misma? ¡Ah! Dios mío, ¡cuántos desórdenes siento en este corazón miserable! ¡cuánto amor propio, cuánto apego á mi voluntad! ¡qué inclinaciones hacia la tierra, qué disgusto por las cosas del cielo, qué de tibieza en vuestro servicio, qué de delicadeza para este cuerpo que debe perecer! Mas ya, Señor, que os dignais pedírmelo, yo os lo ofrezco, oh Jesús, único objeto de mi ternura. Recibidme, pues, en vuestro Corazón sagrado para que sea toda vuestra. Echadme en ese horno ardiente, para ser completamente consumida en vuestro amor. Hacedme comprender cuánto debo amaros; concededme la dicha de gozar siempre de vuestra presencia, pues no deseo más que á Vos. ¡Oh amor de mi Salvador! Vos sois esa agua viva de que tengo sed; mi corazón vuela hacia Vos con un ardor que hace su tormento. Abridme vuestro amable Corazón: aquí tenéis el mío: os lo ofrezco por toda la eternidad: dadme en cambio, oh buen Jesús, el vuestro.

Jesucristo. Sí, hija mía, yo te doy mi Corazón; estúdialo y copia fielmente sus virtudes.

El alma. Oh alma mía, recibe ese Corazón, abrasado en amor, y esfuérazate en parecerle á él..... Mira atentamente á tu divino Modelo; contéplalo elevado sobre la montaña y clavado en la cruz; penetra en el Corazón: ha sido abierto por una lanza á fin de que puedas entrar en él: imita su amor, su manse-

dumbre, su humildad, su caridad. Baja en seguida los ojos al suelo del Calvario, y lo verás regado con su sangre, y á la vista de esa sangre derramada comprende por fin que el amor se manifiesta más por las acciones que por los sentimientos.

Vos queréis, oh Salvador mío, que imite vuestras virtudes, y esto es lo que deseo ardientemente; mas haced que haga lo que me mandais. Oh Jesús, vuestro Corazón es puro; séalo igualmente el mío: vuestro Corazón es humilde; sea humilde el mió: vuestro Corazón es paciente; que el mío lo sea también: vuestro Corazón es dócil; haced que el mío lo sea: vuestro Corazón es todo amor; que se abraze el mío en amor vuestro, y que sea todo para Vos. ¡Ay que no siempre os ha estado consagrado! Desde este momento es todo vuestro, oh Dios mío, y espero que será para siempre.

Jesucristo. El amor es fuerte como la muerte: sus lámparas son lámparas de fuego que las aguas más abundantes no bastan á apagar.

El alma. Vuestro amor por mí, oh Salvador mío, ha sido mucho más poderoso que el infierno, puesto que me ha librado de él, y que ha despedazado sus puertas para abrirme las del cielo. Ha sido mucho más fuerte que la muerte, puesto que la habéis desarmado para darme la vida. ¡Oh fuerza admirable del amor! á pesar de ser Vos invencible, oh mi Dios, os desarma, detiene vuestro brazo levantado sobre los pecadores, los sustrae á vuestra divina justicia

para entregarlos á vuestra infinita misericordia. Lo reconozco ahora; si vuestra grandeza se dignó humillarse hasta querer unirse á nuestra naturaleza, fué por nuestro amor; y por lá fuerza de este mismo amor puede la criatura subir hasta Vos, y tiene el privilegio de poder entrar en vuestro Corazón.

¡Hé aquí, alma mía, cómo nos ha amado Jesús! Las humillaciones, los sufrimientos, las espinas, los clavos, la cruz, el derramamiento de toda su sangre, he aquí las pruebas de su amor. Las llamas de ese amor son tan ardientes, que no bastarían á apagarlas todas las aguas de nuestras iniquidades. ¿Mas dónde están, oh alma mía, las señales de tu amor á Jesús? ¿Qué has hecho por él? ¿Dónde están las victorias que has alcanzado sobre tus malas inclinaciones? ¿Dónde los trabajos que has emprendido, los sufrimientos que has sobrellevado para su gloria?

¡Ay, Dios mío! cuán débil es mi celo y cuán lánguido mi amor! Vuestros intereses se hallan más que nunca abandonados, y aumenta de día en día el número de vuestros enemigos. ¿Héme levantado para defender vuestra causa?

Jesucristo. ¿Existe, hija mía un dolor semejante al mío? He alimentado á mis hijos y se han levantado contra mí: les he llevado en mi corazón, y lo han despedazado, ultrajado, abandonado: hanme cercado los dolores de la muerte, y se han desencadenado contra mí los furores del infierno.

El alma. ¡Ah Señor! ¿puedo pensar en ello sin mo-

rir de dolor? Inteligencias celestiales, ángeles de paz, llorad amargamente los oprobios de que es víctima nuestro Dios, llorad nuestra ingratitud para con un Corazón que nos ha amado tanto. Vos vinisteis á este mundo, oh divino Jesús, para buscar á los hombres y salvarlos: los ingratos huyen de Vos y os abandonan. Vos los colmais de beneficios, y no sólo abusan de ellos, sino que los emplean contra Vos y contra ellos mismos. Vos estais siempre en medio de ellos, y parece como que ignoran vuestra presencia ó que la reconocen tan solo para ofenderos. Vos les abris vuestro Corazón, y ellos no entran en él sino para atravesarlo con mil dardos cada vez más crueles. ¡Ay, amable Salvador mío! ¿acaso no soy yo misma culpable de todos esos crímenes? ¡Ah! ¿cuántas heridas no he hecho á vuestro Corazón yo, vuestra hija?..... ¡Qué ingratitud, qué perfidia, oh Salvador mío! ¿Cómo dejais impunes tantos crímenes? ¿Cómo vuestro Corazón ultrajado no se cierra para desconocernos y rechazarnos? ¿Cómo no se arma vuestro brazo vengador contra los culpables, para exterminarlos y perderlos? ¡Ah! ¿era necesario que bajáseis á la tierra para ser en ella tan indignamente tratado? Dios ultrajado, volveos al cielo: allí recibiréis las adoraciones de los Ángeles y de los Santos. Mas no, Señor; permaneced siempre en medio de nosotros. ¡Ah! ¿qué sería de nosotros si abandonáseis la tierra? Vuestro Eterno Padre no tardaría en derramar sobre nosotros la copa de sus enojos; y ¿cómo esca-

par entonces á los golpes de su justicia? Corazón de Jesús, vengaos como conviene hacerlo al Dios de las misericordias: covertidnos, perdonadnos.

Jesucristo. Me he obligado á permanecer entre vosotros hasta la consumación de los siglos; pero en medio del dolor que me aflige ¿no tengo derecho á esperar que venga alguno á compadecerme siquiera en mis sufrimientos? Y sien embargo nadie se presenta.

El alma. No, amable Salvador mío, Vos no seréis por más tiempo olvidado: yo me haré un deber de imitaros y adoraros. ¡Oh Corazón de Jesús! siempre encendido de amor por nosotros, siempre dispuesto á la misericordia, perdonadme el olvido de que me he hecho culpable para con Vos; perdonadme mi poco celo en hacer que seais conocido y amado; perdonadme sobre todo los dolores que os he causado con mis irreverencias en el lugar santo, con mis Comuniones tibias y sin preparación, con el abuso que he hecho de vuestras gracias y de vuestra preciosa sangre: sea mi corazón anonadado si debe ser aún insensible para Vos. Corazón de Jesús, yo os consagro el resto de mis días. Quisiera que todas las criaturas tuviesen corazones de Serafines para amaros; que todas las bocas resonasen en vuestras alabanzas; que los espíritus todos no se ocupasen más que en vuestras grandezas. Yo me asocio á todos los homenajes que recibís de los Ángeles, de los Santos y de los justos que viven sobre la tierra. Quisiera que

todos los que os aman y os adoran se multiplicasen al infinito. Yo sacrificaría todo cuanto poseo, y hasta mi vida, si preciso fuese, para impedir una sola ofensa contra Vos.

Jesucristo. Acepto tus deseos, hija mía; pide á mi Padre en mi nombre todo cuanto quieras y te será concedido.

El alma. ¡Oh Jesús, única esperanza mía! haced que sea fiel á la devoción á vuestro Corazón adorable. Manifestad vuestra misericordia haciendo que mi alma redima, por el ardor de su amor, el tiempo que pasó en la tibieza en vuestro servicio. Quiero reparar con continuos homenajes la ingratitud de los hombres para con Vos, y daros nuevas pruebas de amor á cada instante.

El amor que me tenéis hace que vuestro Corazón esté siempre abierto para mí, á fin de que habite en él para siempre, que el amor me introduzca en él, que el amor fige en él para siempre mi morada, y que en él reciba el amor mi último suspiro!

Puesto que mi Dios no me rechaza de su presencia continuaré hablando, aunque no sea más que ceniza y polvo. Dios de mi corazón, prestad oídos á mi voz: amad á los que no os aman; abrid vuestro Corazón á los que no llaman á vuestra puerta, y sanad á los que, en vez de pedir os la salud, se complacen en enconar sus llagas. ¿Nos decís, Señor, que vinisteis al mundo á buscar á los pecadores? esos son, oh divino Jesús, los verdaderos pecadores. ¡Ah! no

consideréis nuestra ingratitud, nuestra ceguedad; tomad únicamente en cuenta la sangre que habéis derramado por nuestra salud. Haced brillar vuestra clemencia; miradnos como la obra de vuestras manos; salvadnos por vuestra misericordia: grandes son nuestros males. Levantaos, pues, oh Señor; considerad los progresos que hacen todos los días vuestros enemigos, y detenedlos, ¡oh mi Jesús! Puesto que ellos no quieren venir á Vos, id Vos mismo á ellos: os lo pido por vuestras sagradas llagas y por vuestra preciosa sangre.

¡Oh mi Salvador! haced que tengan fin los pecados que cometen los hijos de Adán. Que vuestros gritos sean tan poderosos que vuelvan la vida á tantos y tantos pecadores endurecidos. Sacadles del abismo profundo en que han caído. Lázaro no os pidió que le resucitáseis, é hicisteis este milagro en favor de una pecadora: poned, Señor, vuestros ojos en vuestra hija; oid mi oración: os lo suplico por las lágrimas que derramásteis sobre Lázaro: acordaos que corrió vuestro llanto por todos los pecadores que duermen en el pecado: os lo pido por vuestra preciosa sangre. ¡Ah! puesto que perdonásteis á los que la derramaron, perdonadnos también á nosotros, Salvador del mundo.

Haced, oh Jesús, que triunfe vuestra Iglesia de todos sus enemigos; aumentad el número de sus hijos; dadle la paz, y haced que bendiga para siempre vuestro santo nombre y adore vuestro Corazón divino.

Amoroso Redentor, tened también misericordia de las almas del purgatorio; dejaos ablandar por sus sufrimientos. Ellas son precio de vuestra sangre; abridles vuestro Corazón, escuchad sus gemidos, y concededles con el perdón de sus penas la dicha de glorificaros en el cielo. Acordaos en particular de las que en la tierra fueron devotas de vuestro divino Corazón y celosas por la gloria de María: no permitais que estén privadas por más tiempo de vuestra presencia: ¡son tan gratas á vuestro Corazón! Por este Corazón lleno de clemencia os suplico, pues, que les pongais en posesión de la felicidad eterna.

Perdonadme, oh Dios mío, las faltas que he cometido al pié de vuestros altares. ¡Ay! ¿no podríais echarme en cara, como lo hicísteis con vuestros discípulos en el huerto de Getsemaní, el no haber podido velar con Vos ni una hora sola? ¿Será posible que este tiempo pasado en vuestra presencia se me haya podido hacer muy largo? ¿No debería por el contrario hallar mis delicias en estar siempre con Vos? ¡Oh Jesús! ¿Por qué está tan frío mi corazón cuando os ruego? ¿Por qué mi espíritu se distrae tan fácilmente? Perdón, Señor, yo no quiero vivir sino para Vos. Sí, toda mi vida será una adoración perpetua de vuestro divino Corazón; no quiero pensar, obrar y hablar más que para amarle y glorificarle. Así sea.

Alabado, bendito y adorado sea para siempre el Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento del altar.

CANTARES

Cercadito de espinas
y á cubierto del frío,
pájaro solitario
tiene oculto su nido.

Yo soy el pobre pájaro,
tu Corazón mi nido,
cercadito de espinas
y á cubierto del frío.

Tu Corazón me alienta;
¡qué temeré, Señor?
tu Corazón es mío....
ya no quiero otro amor!

Cuando salgo, Vida mía,
de la santa Comunión,
decir no sé lo que pasa
dentro de mi Corazón.

¡Palpita de amor!.... ni sé
si es el mío ó si es el tuyo,
ni puedo decir si son
dos corazones ó uno.

Lloro, mi Jesús, de ver
tu abandono en el sagrario....
¿Era acaso más cruel
en la cruz tu desamparo?

Tu Corazón amante
 ¿á quién lo diste?
 ¡Al amigo ó al ingrato
 que le resiste?
 ¡Que á mí me dejas,
 y tras él, desalado,
 no oyes mis quejas!

—
 Cercadme de manzanas y de flores,
 desfallezco de amor
 ¡Jesús, Jesús! Jesús de mis amores,
 que matas sin dolor!

—
 Quiero tu Corazón dentro del mío,
 quiero mi corazón dentro del tuyo
 que tu vida vivir tan solo ansío,
 y por tu amor morir á todo el mundo.

. —
 Cercado el uno de espinas,
 cercado el otro de flores
 ¡Jesús, María! ¡qué paz
 juntito á esos Corazones!

